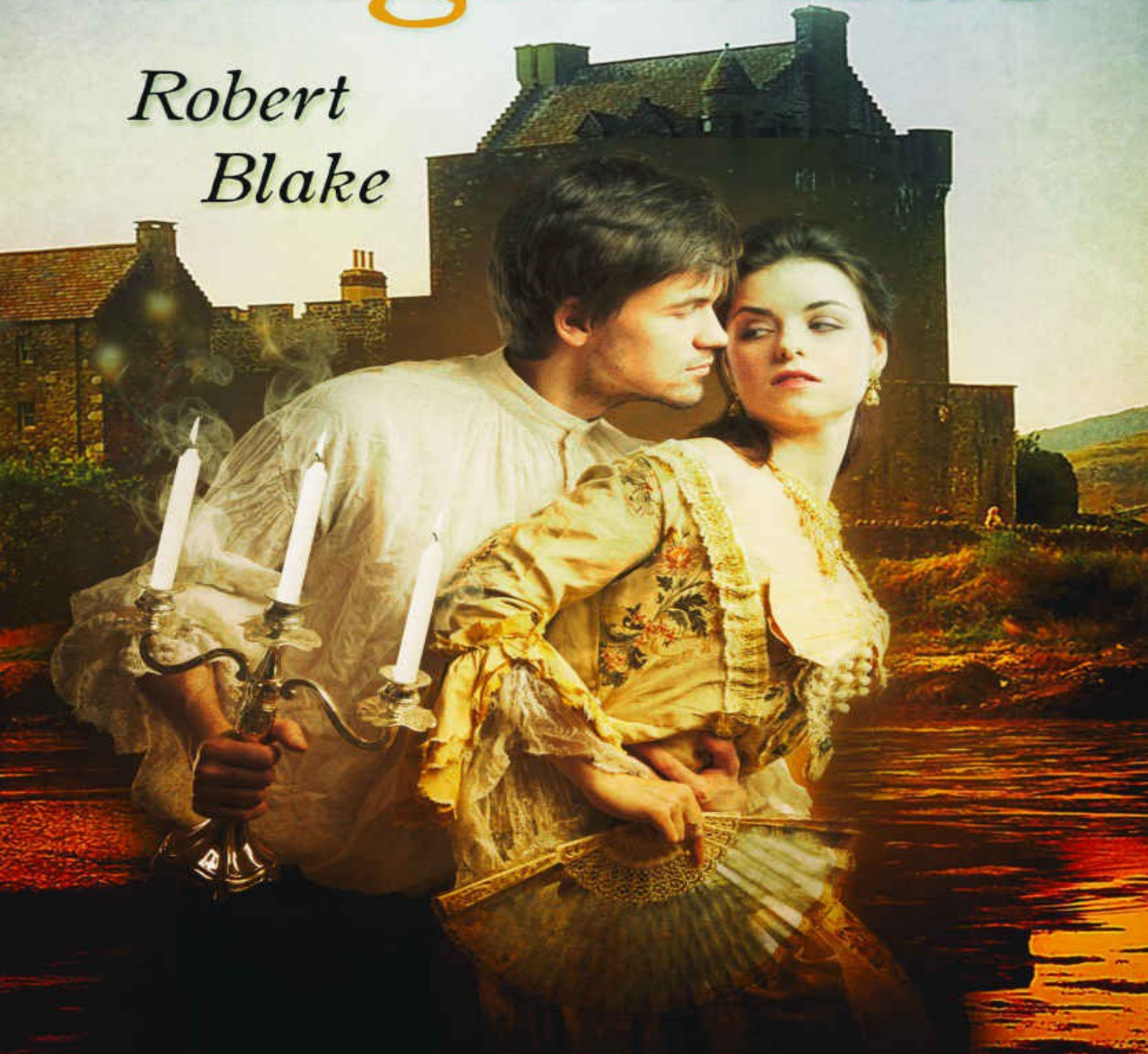


Pasión en las Highlands

*Robert
Blake*



**Pasión
en las
Highlands**

Robert Blake

Título: Pasión en las Highlands

© 2019 Robert Blake

© Imagen de Portada: Alexia Jorques

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Índice

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[EPILOGO](#)

Capítulo I

Diciembre, 1305. Avimore, Escocia

En una fría mañana el gallo despertó a Mary McPherson con las primeras luces del alba. Estiró los brazos, se levantó de la cama somnolienta y fue hasta una pequeña jofaina que había sobre un vetusto aparador. Tras refrescarse la cara, se acercó a la ventana y contempló aquel impresionante valle que amaba con todo su corazón.

Con una enorme sonrisa divisó como unos tenues rayos de luz intentaban abrirse paso entre negros nubarrones que presagiaban un intenso aguacero.

A sus pies se extendía un profundo valle encajonado entre varias montañas, en la pequeña localidad de Avimore donde Mary había nacido veinte años atrás.

A un lado pequeñas granjas diseminadas en varias millas a la redonda, donde los campesinos plantaban maíz, nabos y avena.

En el centro el río Spey descendía desde las altas montañas del norte con rápidos saltos de agua sobrepasando su habitual caudal en aquellas fechas. Aquel invierno no estaba siendo de los más fríos hasta tal punto que la nieve comenzaba a derretirse en amplias franjas del terreno.

Al otro lado se hallaba un inmenso paramo dominado por el castillo de los McAllyster, donde la cebada crecía con fuerza y en una improvisada destilería se fabricaba uno de los whiskies con más solera de las Highlands.

Mary McPherson tan solo llevaba un ligero camisón blanco que apenas le resguardaba del frío, pero aquella mañana todo carecía de importancia, al día siguiente contraería matrimonio con Ryan McAllyster en la parroquia de Greyfriars Kirk.

Ryan era el hijo mayor de Brendan McAllyster, el jefe del clan que llevaba su mismo nombre, y por tanto el soltero más codiciado en varias millas a la redonda.

Mary conocía perfectamente su historial, de sobra era conocido que no era ningún santo, había mantenido relaciones con varias chicas de los alrededores, pero desde el día en que se habían conocido se quedó prendado de su incomparable belleza.

Mary era una pelirroja de largo cabello ondulado y, de profundos ojos azules como el océano, de una sedosa piel blanca y una boca sensual. La

mayoría pensaba que era el vivo retrato de su madre, solo unos pocos se atrevían a contradecirla, asegurando que poseía el mismo carácter de su padre.

Hacia un par de meses que acababa de cumplir los veinte años, para muchos de sus amigos y familiares había esperado demasiado tiempo para contraer matrimonio, incluido Ryan. Sin embargo, sus abuelos se hicieron cargo de su educación desde pequeña y habían hecho la solemne promesa de que solo se casaría cuando consideraran que estaba completamente preparada para ello.

Mary se vistió con una falda de vuelo de color azul marino, un suéter blanco y un chaleco rojo, y bajó las escaleras como alma que lleva el viento.

—¿Cómo está mi abuela preferida esta mañana? —preguntó a Naomi McPherson, levantándola en vuelo mientras la besaba en la mejilla.

Un fuerte olor a gachas recién hechas recorría la estancia.

—Vas a derramar el desayuno —le recriminó ella con una sonrisa.

Naomi McPherson, era una anciana de baja estatura de pómulos sonrosados y nariz respingona que había pasado unos duros años tras una larga enfermedad.

Sin embargo, había sacado fuerzas de flaqueza desde que se hizo cargo de aquella hermosa niña pelirroja que acabo siendo la razón de su existencia.

Siempre se había sentido orgullosa de su nieta, y aquella mañana compartía su enorme felicidad, Mary estaba a punto de convertirse en la primera dama de tan distinguido clan.

—No te preocupes, no derramare nada —le contestó, ayudándola a poner la mesa del desayuno—. No puedo describir con palabras como me siento, es una sensación indescriptible.

—Lo sé, cariño. El matrimonio es una sola vez en la vida, y mañana es el gran día.

—¿Dónde está el abuelo? —le preguntó mientras cortaba un suave queso de oveja que se deshacía en el paladar.

—Pasada la destilería hay una pequeña vereda donde la nieve ha desaparecido. Ha llevado el ganado a pastar antes de que vuelva a nevar.

Mary pensó que su abuelo trabajaría incluso la misma mañana de la boda.

Ella y su abuela habían tenido que insistir durante varias semanas para que el sastre le confeccionara un traje adecuado para el enlace. Al final acabó accediendo a regañadientes, pero mientras el señor Mc Namara le tomaba las medidas aseguro:

«Que sí parecía un fante no se lo pondría ni el día de su funeral».

—¡Hum! que bien huele este pan, abuela. Echare de menos tus guisos —se acercó a ella y la abrazó.

—Alguien sabrá cocinar en ese castillo —respondió ella con una carcajada mientras llenaba su cuenco de gachas.

Ambas se sentaron en la mesa del comedor y dieron cuenta de un succulento desayuno a base de queso, gachas y bacón.

Tras fregar los cuencos Mary y su abuela se dirigieron a la parroquia para ultimar los preparativos con el padre Mc Collum.

Al atravesar la arteria principal de Avimore, una calle de casas bajas de piedra grisácea con techos de paja encontraron a Stella Hamilton y Susan Cadwell dos de sus mejores amigas desde la infancia que le dieron la enhorabuena.

Mary sabía que todo era fachada, ambas sentían una profunda envidia por ella, unos años atrás Ryan había invitado a ambas a uno de los bailes que se celebraban en Inverness.

A ello se añadía las burlas que desde pequeña sufría de los niños del pueblo por su excesiva palidez, la mayoría pensaba que estaba enferma y que no llegaría a cumplir los siete años de edad. Sin embargo, todos se equivocaron, con el paso de los años, su palidez dio paso a un bello rostro que dejaba en agua de borrajas a la más delicada de las porcelanas, y se acabó convirtiendo en una preciosa joven.

El padre Mc Collum, era un vicario enérgico y huraño que se había formado en la localidad de Chartres, fiel defensor de la reforma gregoriana, odiaba a todo el que se opusiera a ella. Desde que llegó su talante altivo le hizo ganarse la antipatía de la mayoría de los feligreses del pueblo, incluso en varias ocasiones tuvo problemas con el clan de los McAllyster al oponerse a sus decisiones, pero al final todos terminaron acatando sus normas, el miedo a la excomunión era tan grande que la mayoría quedaba petrificado con tan solo oír aquellas palabras.

—¿Te has confesado de tus pecados? —le preguntó a Mary frente al altar tras recibirla frunciendo el ceño.

La falta de vanos en las iglesias románicas hacía que se respirara un aire viciado acompañado de una fuerte humedad.

—Lo hizo usted ayer mismo —respondió ante la perplejidad de ambas.

—Desde ayer ha pasado demasiado tiempo —contestó elevando el tono de voz—. Los pensamientos impuros tienen lugar a cualquier hora del día. El

diablo nos incita a pecar una y otra vez y nadie está a salvo de su larga sombra.

Mary le acompañó hasta el confesionario, y allí escuchó las mismas preguntas que le había formulado día tras día. Tras recibir las mismas respuestas, el sacerdote le mandó como penitencia dos aves maría que recitó arrodillada frente a la talla de un Cristo hierático que sufría en la cruz.

De camino a casa Mary se topó con su prometido Ryan McAllyster que acudía a cobrar la renta de los comerciantes del pueblo.

Se decía que traía mala suerte cruzarse con la novia poco tiempo antes del enlace, pero a Ryan todo aquello le parecían supersticiones absurdas de campesinos analfabetos.

Se acercó hasta Mary le besó la mano y saludó a su abuela. Ella se fijó en que tenía las botas recubiertas de barro y estiércol lo que producía un intenso olor, dedujo que habría pasado un buen rato en los establos.

—Estoy impaciente porque llegue nuestra boda —le aseguró.

Mary asintió con una sonrisa.

—Tendréis que disculparme pero necesito solucionar un asunto de suma importancia. Los Stewart se niegan a pagar la renta.

Completamente ajena a los asuntos financieros del clan a Mary le resultaba sorprendente que alguien se negara a pagar a los McAllyster.

—¿Y no lo puedes dejar para después de la boda? —le preguntó sorprendida.

—Si lo pasamos por alto, hoy serán los Stewart, mañana los Mc Gregor y al final el resto del pueblo.

Su segundo asintió con la cabeza, Mary desvió la mirada, una profunda cicatriz recorría su rostro y lo había dejado tuerto, su aspecto era repulsivo.

A pesar de su ignorancia en aquel asunto Mary comprendió que llevaba razón.

Ryan cruzó la embarrada calle junto a los miembros del clan que le acompañaban y desapareció calle abajo.

Mary no podía dejar de mirarle mientras se alejaba, su cabello moreno ondulado, sus profundos ojos verdes, su mentón prominente y aquella seguridad que desprendía la habían hechizado desde el primer día. Lo que menos le agradaba es que miraba a las personas de arriba abajo como si debieran pasar un examen continuo.

Desde pequeño a Ryan McAllyster le habían concedido todos los caprichos

, y nadie con excepción de su padre le contradecía, aquello había formado un carácter soberbio y vanidoso aunque tuviera enfrente al mismísimo rey de Inglaterra, a pesar de ello sabía adular a las mujeres que solían pasar por alto aquel rasgo de su personalidad.

Mary y su abuela regresaron a casa y terminaron de preparar el ajuar que llevaría en su boda. Al día siguiente se trasladaría al castillo que los McAllyster poseían al otro lado del paramo.

Cuando acabaron de introducir todos los enseres en el baúl, Mary se pasó toda la tarde tumbada sobre las rodillas de su abuela con una enorme sonrisa de oreja a oreja, estaba convencida de que era la mujer más afortunada de toda Escocia. Solo una cosa la atormentaba, su abuela había sido como una madre y era muy duro apartarse de ella, a partir de ese momento tan solo podrían verse cuando las circunstancias lo permitieran, ser una McAllyster conllevaba numerosas obligaciones de las que desconocía la mayor parte.

Mary pasó toda la noche sin conciliar el sueño, se preguntaba si Ryan estaría tan nervioso como ella, al fin y al cabo también era su primera boda, y aunque estaba acostumbrado a las pomposas fiestas que se celebraban en el castillo, imagino que al menos un ligero cosquilleo recorrería su estomago.

La boda se celebraba a las once de la mañana en la parroquia de Avimore. El padre Mc Collum siempre la había atormentado, odiaba quedarse a solas con él en aquella sombría iglesia que amedrentaba al más osado.

Se levantó de la cama de un salto y olvidó aquellos pensamientos, ni siquiera aquel viejo cascarrabias sería capaz de arruinar el día más feliz de su vida.

Mary se vistió con una elegante salla de color burdeos que la madre de Ryan McAllyster había llevado en su boda.

Ryan iría vestido con el kilt —el típico traje escocés—, pero no con uno cualquiera, el suyo había sido confeccionado especialmente para aquella gran ocasión, junto a la falda cuyo tartán simbolizaba los colores de su clan —verde y lila—, un enorme cinturón del mejor cuero sueco atravesaba una deslumbrante camisa blanca de volantes y una gorra a juego con la falda.

Mary salió de la casa a las diez y media, su abuelo la esperaba en la puerta subido a la carreta, el suelo estaba embarrado después de haber estado jarreando durante toda la noche y por nada del mundo quería manchar el vestido.

A la salida los vecinos se amontonaban en la puerta para contemplarla.

Su abuela subió a la parte trasera, con sus mejores galas y ella se sentó junto a su abuelo que vestía un kilt confeccionado por el sastre.

Más de medio valle estaba invitado al enlace, la parroquia se había quedado pequeña para un acontecimiento tan importante; en muchas zonas de Francia e Inglaterra el gótico había dejado atrás a las pequeñas iglesias románicas, ahora las grandes vidrieras y los altos techos ganaban la partida a las oscuras iglesias de antaño.

Sin embargo, en Escocia continuaban anclados en las viejas tradiciones y sus iglesias con excepción de la catedral gótica de Glasgow continuaban siendo las mismas de hacia trescientos años.

Los ciudadanos que no habían sido invitados salieron a la calle y saludaron a Mary a su paso, su familia siempre había gozado de gran simpatía en aquella localidad, por ello muchos creían que su carácter alegre chocaría con el austero del clan.

En la puerta de la iglesia Ryan esperaba junto a su padre, la saludó con una gran sonrisa y le cedió su mano para que bajara.

—Le agradezco que la haya cuidado durante tantos años —le dijo con un tono solemne a su abuelo—. Ahora ha llegado mi turno.

Su abuelo gruñó y bajó ligeramente la cabeza.

A diferencia de Mary y su esposa tenía serias dudas de que aquella unión fuese lo más conveniente para su nieta, sabía de la fama de los McAllyster, y aunque nadie en su sano juicio hubiese rechazado un enlace con el clan que dirigía aquellas tierras, él había sido feliz durante años con su esposa sin vivir en la opulencia y pensaba que otro pretendiente la haría más feliz.

El viejo saltó de la carreta y ayudó a su esposa a bajar, mientras el resto de los invitados entraba en la parroquia tras los novios.

Al fondo el viejo Mc Collum esperaba con rostro solemne, con sus profundas cejas enarcadas observaba como los novios se acercaban al altar, ni siquiera aquel día en que celebraba la boda más importante en Avimore parecía contento.

Mary y Ryan llegaron a su altura, y esperaron a que el resto de los invitados se situara sobre los bancos de madera.

Cuando todo estuvo dispuesto el párroco pronunció las primeras palabras.

Capítulo II

Diciembre de 1306, Normandía, Francia.

Alan Daglish embarcó aquella mañana en el puerto de Ruan en un galeón que lo llevaría de regreso a Londres.

Volvió a casa tras una larga ausencia. Había formado parte de las huestes que lucharon contra los sarracenos en la VIII cruzada junto al rey Luis IX de Francia donde trágicamente perdió la vida.

Fruto de la amistad que había trabado con algunos caballeros —que lucharon de incognito en la cruzada fruto de la persecución que años atrás se había decretado contra ellos— paso a formar parte de los caballeros del Temple, aun a riesgo de perder su vida.

Con la llegada del nuevo rey de Francia el acoso a los templarios se recrudeció, y aunque había pasado sus últimos años en la Guyena, territorio que pertenecía al rey de Inglaterra, las múltiples luchas entre ambos reinos hacían que un territorio pudiera cambiar de manos de la noche a la mañana; por ello Alan decidido regresar a Escocia donde los caballeros templarios aun mantenía su poder.

Sin una embarcación en aquellos momentos que lo transportara directamente a suelo escocés, tuvo que viajar hasta Londres, y desde allí atravesar Inglaterra hasta llegar a su tierra natal.

Le acompañaba Jofrey O neill, un viejo camarada de armas con el que había luchado codo con codo en mil batallas durante aquellos años, a diferencia de Alan, un fornido escocés de más 1, 90 de altura, de espesa barba y cejas pobladas cuyo cabello pajizo comenzaba a ralear, el irlandés era un tipo de mediana estatura, corpulento como un toro, algo rudo y un poco cabeza hueca, pero fiel compañero de sus amigos.

Al atardecer del segundo día de navegación la galera llegó al puerto de Londres, el fuerte viento hizo que Jofrey tuviera que vomitar un par de veces por la cubierta. El irlandés odiaba navegar desde que una fuerte tormenta estuvo a punto de hacer naufragar el navío que atravesaba el Mediterráneo hasta Túnez para luchar en la cruzada.

Al bajar del barco, esperaron con paciencia a que sus caballos

descendieran relinchando desde el interior de las bodegas, aquella travesía les había trastornado más que a sus dueños.

Alan y Jofrey prepararon las monturas a la salida del puerto y cargaron las alforjas. Desde allí enfilaron el camino real que les llevaría atravesando Nothingam y York al norte de Inglaterra y desde allí a Escocia.

Durante la travesía Alan Daglish se fijó en que muchas zonas del país los campesinos continuaban malviviendo bajo el yugo de la servidumbre.

Los señores les otorgaban una pequeña porción de tierra a cambio de una serie de impuestos en su mayoría en especies y otra serie de prestaciones que satisficieran las necesidades del feudo.

Los más afortunados habían conseguido huir a la ciudad y empezar una nueva vida alejados de los abusos de los señores, que en muchas ocasiones también imponía la ley en sus feudos.

Aquella noche montaron el campamento en las cercanías de Sunderland.

Jofrey fue a conseguir comida a un oscuro bosque mientras Alan buscaba leña en las cercanías y encendía el fuego. Sabían el riesgo que corrían, los ingleses habían invadido Escocia años atrás y en aquellos momentos eran sus enemigos, pero la noche era tan fría que si no se calentaban se congelarían antes de llegar a su destino.

Jofrey regresó poco después tras cazar un joven cervatillo que se había alejado de la manada.

Le arrancó la piel con un cuchillo, cortó unas ramas y lo ensartó en un palo. La carne no tardo mucho en hacerse, un rato después ambos cenaban tranquilamente frente al fuego.

—Después de tantos años todavía me sorprendes —le dijo Alan mientras daba cuenta de un buen muslo— ¿Con que lo has aderezado esta vez?

—Algo aprendí de los sarracenos durante nuestra estancia en Túnez —le contestó satisfecho—. Lo preparé con unas especies que guardo en las alforjas.

Alan lo miro con sorpresa, se podían contar con los dedos de una mano los cruzados que hacían alabanzas de sus enemigos, pero a Jofrey jamás le había importado la religión, era un pagano que se haba enrolado en la cruzada por su afán de aventuras.

—¿Sabes a quien pertenecen estas tierras?

—Ni lo sé, ni mi importa —respondió Alan mientras avivaba el fuego y un intenso humo negro nublaba su visión.

—Podrían pertenecer a la corona. Si la caza continua prohibida nos

veremos envueltos en un buen lio.

—No te preocupes, mañana estaremos lejos de aquí.

Antes de acabar de pronunciar la última palabra le hizo un gesto a Jofrey para que guardara silencio y corriera hacia los matorrales; había oído partirse una rama en las cercanías.

Sin tiempo para reaccionar un grupo de seis hombres sucios y malolientes les atacaron por la espalda, dos de ellos corrieron hacia los caballos, Alan giró la cabeza y de inmediato supó cuáles eran sus intenciones.

—Quieren los caballos —le dijo a Jofrey.

El irlandés agarró por la espalda al tipo que intentaba robar las alforjas y lo derribó de un golpe.

Alan sacó su espada y con un rápido movimiento cruzó el pecho del primer atacante; al levantar su brazo dejó al descubierto parte de la malla inferior.

—¡Corred! —Gritó el jefe de los bandidos—. ¡Son templarios!

El resto no lo pensó un instante, era extraño encontrar templarios en aquellos días, pero la fama de la orden continuaba siendo legendaria en toda Europa.

—¿Se han llevado algo? —le preguntó Alan a Jofrey acercándose a los caballos.

—Todo está a buen recaudo —respondió mientras bajaba las alforjas y las dejaba junto al fuego—. La próxima vez podríamos mostrar la cruz desde el principio. Nos ahorraríamos problemas.

—No estaremos a salvo hasta llegar a Escocia —le aseguró Daghish—. Los normandos tampoco ven con buenos ojos a los templarios.

Antes de que despuntara el alba montaron en sus caballos, si corría la voz de que había dos templarios en las cercanías tendrías problemas en el camino de regreso.

Al llegar a las cercanías de York, Alan Daghish veía tan próximo el regreso a casa que no podía dejar de pensar en su pasado, después de tantos años no sabía si alguien le reconocería a su vuelta, recordaba las tardes paseando de la mano de su joven esposa por el valle donde creció, y el día en que se conocieron.

«Alan había ido a reparar una azada a la granja de su padre para arar la porción de tierra que tenían plantada de avena.

Mientras esperaba a que el herrero acabara su pieza una chica pelirroja de largos cabellos ondulados fue al pozo a recoger agua, aunque vivía a unas

cinco millas de distancia jamás la había visto en el pueblo, poco después supo que su padres conscientes de su belleza la tenían recluida en la granja para evitar que ningún señor se encaprichara de ella; los ingleses habían restaurado el derecho de pernada y se llevaban a todas las novias casaderas poco antes de la boda.

Alan cogió la piel de oveja que llevaba en su caballo, derramó a conciencia todo el agua que aun quedaba en su interior y fue hasta al pozo a recoger agua fresca.

Al encontrarse ambos se quedaron sin palabras, ella sorprendida de toparse con un extraño y el por su deslumbrante belleza.

—¿Te puedo ayudar? —le preguntó Alan casi sin poder articular palabra.

—¿Quién eres? —contestó Jane un tanto intimidada y soltó el cubo del que cayeron numerosas gotas de agua.

Alan la ayudó a depositar el cubo sobre la húmeda hierba.

—Vivo en una pequeña granja a unas cinco millas de distancia —explicó señalando una escarpada colina—, en dirección al camino hacia Inverness.

—¿La de los Darglish? —respondió.

—¿Como sabes quién vive allí? —preguntó Alan perplejo—. Jamás te había visto —añadió y se aclaró la garganta—. Si lo hubiese hecho no te habría apartado de mi mente. Si las leyendas son ciertas las hadas deben poseer tu belleza.

Jane bajó la cabeza y se ruborizó, era la primera vez que alguien de fuera de su entorno la adulaba.

—He ido un par de ocasiones a Inverness —le explicó—. Y mi padre siempre nos explica a quien pertenece cada granja. Si no me has visto antes es porque no me dan permiso para salir —repuso con una enorme frustración.

En ese momento su madre salió de la granja y comenzó a llamarla.

—Debo volver a casa —contestó y salió corriendo.

Ambos se miraron fijamente con un intenso brillo en los ojos.

—¿Volveremos a vernos? —le preguntó Alan esperanzado.

Ella se giró y sonrió.

Alan se quedó mirando cómo se alejaba como si el mismísimo arcángel San Gabriel se hubiese cruzado en su camino.

Regresó a la granja y le dijo al padre de Jane que volvería al día siguiente para recoger la azada con la esperanza de volver a verla una vez más.

A la mañana siguiente regresó ansioso a la granja, el herrero le entregó la pieza, y Alan le ofreció un trago de su mejor whisky intentando ganar tiempo

para volver a verla, pero aquel día Jane no apareció.

Cabizbajo volvió a su granja, pero lejos de rendirse Alan no se dio por vencido, regresaba todas las tardes cuando acababa su dura jornada de trabajo, hasta que un día volvió a coincidir con ella. Desde aquel momento comenzaron a verse a escondidas casi a diario hasta que su padre les sorprendió y estuvo a punto de matarle de una paliza.

Aun así Alan no conseguía quitársela de la cabeza y acabó regresando. Algunos días los pasaba en cuclillas junto al pozo tiritando de frío empapado por la fuerte lluvia.

La madre de Jane lo observaba desde la ventana, mientras su hija era incapaz de burlar su vigilancia.

Perpleja por la insistencia de aquel extraño joven, una tarde llamó a su marido.

—Mira —dijo señalando hacia el pozo—. Lleva viniendo todas las tardes desde hace dos meses aunque llueva o nieve.

El herrero la miró sin mover un musculo.

—No pongas esa cara Ian McPherson ¿Ya has olvidado cómo nos conocimos?

Su marido la escudriñó fijamente y recordó los problemas que había tenido con su suegro.

Aquella tarde la madre de Jane lo convenció de que Alan era un buen chico y el herrero dio su bendición para que se casaran al año siguiente».

—¡Alan Daghish! —exclamó el irlandés elevando el tono de voz en repetidas ocasiones al comprobar que su amigo estaba sumido en sus pensamientos—. Estamos llegando a Inverness.

Alan reaccionó como si acabara de salir de un sueño y divisó desde lo alto de la colina la bella capital de las Highlands, desde allí apenas le separaban un par de jornadas a caballo de su destino.

A la salida de Inverness encontraron una mugrienta posada, cenaron unas gachas acompañadas de un buen vaso de whisky.

Aquel día fue consciente de que había pasado demasiado tiempo fuera de su tierra; cuando el posadero le hizo unas preguntas en gaélico, tuvo serias dificultades para recordar su lengua materna, sin embargo, solo con oírlo fue como si aquel idioma regresara de inmediato desde lo más recóndito de su mente.

—He pasado demasiado tiempo fuera de casa —le dijo a Jofrey mientras

ambos brindaban con sus cervezas.

El irlandés asintió, pensaba igual que su amigo.

Jofrey O neill era un segundón de una familia noble, desde su nacimiento sabía que estaba abocado a una vida de vasallaje como caballero de armas o dentro del orden eclesiástico. Nunca había hecho buenas migas con la iglesia, por lo que a la tierna edad de nueve años entro a formar parte como escudero del duque de Cork.

Sus inicios no fueron fáciles, de su formación se encargo un estricto caballero que había participado en las cruzadas, aunque al final consiguiera su amistad. Pero sus problemas llegaron por donde menos lo esperaba, a la edad de catorce años se enamoró de la hija del conde. Ella prometida desde que tenía siete años al conde de Inisfree nunca correspondió su amor, aunque le pidió que se escapasen juntos y durante algunas semanas estuvo tentada de hacerlo por la avanzada edad de su prometido, pero finalmente sus deberes conyugales y su rígida educación jugaron un papel determinante en su decisión final.

Cuando llegó a la edad adulta, solo había oído historias de batallas contra los musulmanes en tierra santa. En una razzia que los cristianos de Hattin lanzaron sobre los musulmanes del sultanato del Rum se pidieron caballeros para formar parte de la hueste. El duque intervino apoyando el bando cristiano, pero al morir en la batalla todos su caballeros quedaron liberados de sus obligaciones por lo que Jofrey decidió consagrarse al servicio de los caballeros templarios.

Poco después conoció a Alan y ambos comenzaron una amistad que duraba más quince años.

En la parte final del viaje, Alan Daglish, comenzó a recordar cada sendero, cada valle, y cada granja de los alrededores.

A media mañana tras atravesar una alta colina azotada por el viento diviso la ciudad donde había nacido.

Desde allí distinguió un enorme revuelo en el centro del pueblo. De inmediato comprendió cual era el motivo, sus fuentes le habían informado mal.

Alan espoleó el caballo con todas sus fuerzas implorando que aun no fuera demasiado tarde, cruzó al galope la calle principal, y entró a la carrera en la parroquia.

Al fondo observó a dos jóvenes a punto de casarse.

En ese instante escuchó la atronadora voz del padre Mc Collum:

—Si alguien de los presentes tiene algo que objetar a la boda de Ryan McAllyster y Mary McPherson que hable ahora o calle para siempre.

—¡Yo! —exclamó Alan Daghish dando un grito que hizo temblar los cimientos de la parroquia por el fuerte eco.

Todos, sin excepción se giraron atónitos ante las palabras del cruzado.

Al llegar a la altura de los novios Alan se quitó la capucha y todos pudieron distinguir su rostro.

La abuela de Mary abrió los ojos como platos y cayó desmayada sobre los brazos de su marido.

Capítulo III

El padre McColum endureció el semblante más de lo habitual, no le gustaba que nadie interrumpiera la homilía, y mucho menos un extraño.

Desde la primera bancada el clan McAllyster asistía atónito a la escena, todos menos el jefe del clan, Brendan McAllyster, que escudriñaba al extraño con un profundo odio. Cuando Alan se dio cuenta, ambos cruzaron miradas desafiantes, pero ninguno de los dos abrió la boca.

Mientras tanto, los novios no salían de su asombro esperando una explicación de aquella inesperada interrupción.

El abuelo de Mary intentó reanimar a su esposa que se había desmayado.

—¿Se puede saber quién demonios eres? ¿Y con qué derecho osas interrumpir mi boda? —dijo al fin Ryan rompiendo el enorme murmullo que se había formado en la parroquia. Muchos señalaban a Alan y chismorreaban en voz baja.

—Soy Alan Daglish, joven McAllyster —respondió con condescendencia, a Ryan no le gusto nada el tono, se llevo la mano al cinto donde guardaba la espada y dio un paso al frente, no estaba acostumbrado a que nadie le contradijera.

—¡Y la joven con la que pensabas casarte es Mary Daglish McPherson! —sentenció—. ¡Mi hija!

Al oír sus palabras Mary que permanecía atenazada por el miedo, sintió una neblina en los ojos y cayó redonda al suelo.

Alan fue hasta ella, y la cogió en brazos.

El murmullo en la iglesia se transformo en algarabía, todos los que habían señalado a Alan, asintieron con la cabeza, muchos tenían su misma edad y aunque llevaban más de veinte años sin verle le habían reconocido. Su cabello había comenzado a ralear, y parte de su cabeza se había tenido de un manto blanco que dejaba a las claras su edad, no obstante su forma física continuaba siendo envidiable.

—Si alguien osa entrometerse en mi camino se las verá de inmediato con la orden del temple —afirmó señalando hacia la puerta donde Jofrey había desenvainado la espada al comprobar como todo el clan McAllyster se aproximaba hacia él.

Sus abuelos fueron los únicos que no se amedrentaron y le siguieron a corta

distancia mientras Alan sacaba de la iglesia a su hija en brazos.

—Dale un poco de agua —le dijo Alan a Jofrey a las puertas de la iglesia—. Se repondrá enseguida.

Todo el pueblo permanecía a las puertas de la iglesia mientras Alan ensillaba el caballo y montaba junto a su hija que comenzaba a recobrar el conocimiento.

—Os agradezco el trabajo que habéis hecho durante todos estos años. Se ha convertido en toda una mujer —le aseguró a sus abuelos mientras tomaba las riendas de su caballo—. Pero jamás debisteis permitir que se casara con un McAllyster.

La abuela de Mary fue a responder algo, pero su marido le apretó el brazo y asintió levemente con la cabeza sabía que su padre llevaba razón.

—No tenéis de que preocuparos —les tranquilizo antes de espolear el caballo—. Estará en buenas manos.

Jofrey que se encontraba frente a las puertas de la iglesia con la mano en el cinto de la espada subió a su caballo cuando Alan le dio la señal.

Ambos espolearon sus caballos y enfilaron al galope la calle principal mientras todo el pueblo asistía perplejo al inusual espectáculo al que habían asistido aquella mañana.

A las puertas de la iglesia Ryan incitaba a sus hombres a seguirles y darles caza antes de que salieran de sus tierras, pero su padre se negó.

—No cometas ninguna estupidez —le gritó a las puertas de la iglesia—. Son templarios, mataran a la mitad de tus hombres si logras alcanzarlos.

—¿Y qué pretendes que me quede de brazos cruzados mientras arrebatan a mi esposa delante de mis narices?

—Alguna vez has visto a tu padre quedarse de brazos cruzados —le recriminó—. Nadie deja en ridículo a Bredan McAllyster. Conozco bien a los Daglish y se adonde se dirigirán.

Su hijo se quedó pensativo ante aquella afirmación.

—Pero antes necesitamos averiguar algo más sobre él.

Mary que iba a la grupa del caballo de su padre aun permanecía aletargada, se encontraba en un estado de narcolepsia. Aun mantenía la esperanza de que aquello no fuera más que una horrible pesadilla de la que su abuela la despertaría el día de su boda.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su padre cuando habían abandonado el pueblo camino del este.

Ella volvió la cabeza y lo miró fijamente con un profundo odio, en ese instante se dio cuenta de que tenía sus mismos ojos.

—¿Cómo quieres que me encuentre? —le gritó echa una furia—. Has arruinado el día más importante de mi vida.

Alan asintió sin pestañear, sabía que aquella decisión le acarrearía numerosos problemas, su hija le odiaría después de veinte años sin verle, el clan McAllyster se levantaría en armas y lo perseguirían hasta darle caza, y los abuelos maternos de Mary jamás volvieran a dirigirle la palabra.

Aun así no mostraba arrepentimiento por lo que había hecho, sus razones eran de peso, y las soportaría el resto de su vida.

—Creo que nadie nos ha seguido —le aseguró Jofrey llegando a su altura a lomos de un frisón castrado; se mantuvo todo el camino vigilando la retaguardia ante la posible represalia de los McAllyster.

—No lo harán de momento. Estarán preparando una estrategia —le respondió Alan que conocía a la perfección a Brendan McAllyster, ambos tenían la misma edad, y aunque nunca habían sido amigos se habían cruzado en varias ocasiones.

—Os aseguro que vendrán a por mí —afirmó Mary desafiante—. Ryan me quiere, y no se dará por vencido hasta que os encierre en una oscura mazmorra.

—Curiosa forma de hablarle a un padre —intervino Jofrey ante aquel desplante de niña mimada—. En Irlanda nadie osaría hablarle de ese modo a su progenitor.

—Esa sucia isla —contestó Mary henchida de rabia—. Seguro que lo harían si su padre se hubiese ausentado durante más de veinte años.

Alan detuvo las riendas del caballo, se bajó, y le ofreció su mano a Mary para que hiciese lo mismo.

—Puedo bajar sola —respondió descendiendo de un salto—. Se montar a caballo desde que tenía siete años.

—Comprendo tu enfado —le aseguró su padre—. Deberíamos mantener una charla entre padre e hija.

—No tenemos nada de qué hablar —sentenció Mary—. Me has secuestrado contra mi voluntad.

—Soy tu padre. Y tengo todo el derecho a llevarte conmigo —dijo Alan endureciendo el tono de voz.

—Tú ya no eres mi padre, dejaste de serlo el día en que me abandonaste. Mis abuelos han sido mis padres durante todo este tiempo.

Alan comprendió en aquel momento de frustración que sus abuelos jamás le habían explicado nada del pasado, quizá no se habían atrevido o simplemente pensaban que era lo mejor para ella. Mary había vivido todos aquellos años pensando que sus padres habían muerto, y quizás fuera lo mejor, de ese modo consiguieron que su nieta creciera feliz a pesar de no tener una figura paterna a su lado, ambos se habían bastado para suplir aquel cariño que le habían arrebatado.

—Se que tienes derecho a estar enfadada —le aseguró invitándola a sentarse en unas grandes rocas en la vereda que atravesaba el camino, Mary se negó en rotundo y paseaba de arriba abajo sin querer mirarle a la cara.

—Comprendo que me odies con todas tus fuerzas —siguió explicando—. Pero te aseguro que tengo sólidos motivos para actuar de este modo.

—No puede haber ningún motivo para arruinar el día con el que todas las mujeres sueñan. Llevaba meses preparando el vestido, el ajuar y el anillo. Y estoy enamorada de Ryan —dijo mientras las venas se marcaban en el cuello.

—Veo que no eres como tu madre. No atiendes a razones —afirmó Alan con rotundidad—. Algún día cuando estés preparada sabrás el motivo.

—No tienes derecho ni a pronunciar su nombre. Tú nos abandonaste a las dos.

Alan se acercó a ella y le propinó una fuerte bofetada.

—No vuelvas a repetir esas palabras en mi presencia —le ordenó con un dedo acusador.

Mary comenzó a llorar desconsolada, mientras Jofrey asistía a la escena a un par de metros de distancia. No había podido oír toda la conversación, pero creía que su amigo se estaba equivocando, además de haber raptado a su hija, no conseguiría respeto de aquella manera. En aquellos momentos se alegró de no haber tenido descendía o al menos ninguna que el conociera.

—No tenemos nada más de que hablar —dijo Alan—. Vuelve a subir a caballo.

Al principio Mary negó con la cabeza pero tras sopesarlo durante unos instantes obedeció, sabía que su padre la obligaría a la fuerza, y no quería

volver a ganarse otra bofetada.

—¿Adónde vamos? —preguntó tras montar a caballo.

—Lo sabrás a su debido tiempo —afirmó Alan—. Pero antes tenemos que hacer una parada en el camino.

Mary pasó todo el día sin abrir la boca, aquellas dos personas eran dos desconocidos, y consideraba aquello como un rapto más que como una orden paternal. Imaginó que su padre podía estar diciendo la verdad ya que sus abuelos no habían abierto la boca cuando decidió llevársela, pero de ahí a sentir afecto por una persona a la que no recordaba distaba un abismo.

Cuando divisaron Inverness, Alan le hizo un gesto a Jofrey y el grupo dejó de lado la ciudad más importante de las Highlands, Mary se giró un instante hacia atrás con perplejidad, pero no dijo nada, estaba convencida de que era allí adonde se dirigían ya que jamás había viajado más lejos ¿adónde pensaba llevarla su padre? ¿Es que se había vuelto loco?

En ese momento recordó sus palabras «cuando llegue el momento lo sabrás», por lo que decidió no hacer más preguntas, ya había visto como se las gastaba el templario, y prefería no ganarse una nueva bofetada, cada vez que lo recordaba se sentía furiosa, no había recibido ninguna desde que era una niña, sus abuelos siempre la habían tratado con cariño y respeto, quizás demasiado a juicio de algunos vecinos ya que Mary estaba bastante consentida, en eso se parecía a Ryan, siempre se salía con la suya. Su abuela no se atrevía a contradecirla, y se había formado un carácter que en algunas ocasiones rallaba la insolencia.

El camino era largo, Alan y sus acompañantes tuvieron que hacer noche en desolados paramos donde no podían refugiarse del fuerte viento que azotaba la zona oeste de las Highlands; atravesaron multitud de aldeas donde se detenían lo imprescindible, no querían llamar la atención.

—No se parece en nada a su madre —le confesó Alan a Jofrey mientras ambos se calentaban a la lumbre de una hoguera y Mary dormía unos metros más allá.

—A alguien debe parecerse —respondió Jofrey con una ligera sonrisa en su rostro.

Alan enarcó las cejas pero no contestó nada, quizás el irlandés llevara razón, aquel carácter rebelde le recordaba al que poseía en su juventud, aunque se resistía a admitirlo, con los años aquella rebeldía se habían transformado en rectitud, y si algo odiaba en su vida era encontrar personas

que se negaran a cumplir lo que se les ordenaba. Existían obligaciones en aquella dura vida que le había tocado vivir que odiaba cumplir, pero con el paso de los años había aprendido a sobrellevarlas lo mejor posible, pasar los malos tragos formaba parte del día a día.

—Espero que no creé demasiados problemas, y entré en razón.

—Solo tiene veinte años y se ha llevado un duro golpe. Deberías pensar en ello.

Alan gruñó de mala gana. Había esperado mucho tiempo para volver a estar a su lado, pero jamás lo reconocería en público y mucho menos delante de ella. Era su hija la que le debía respeto y por tanto la que debía dar el primer paso si querían mantener una buena relación.

Giró la cabeza y la miró fijamente, sabía que cada vez se le hacía más difícil reprenderla, era la viva imagen de su madre, y por muchos años que hubieran pasado aun continuaba enamorado de ella. Cada vez que la veía era como retroceder en el tiempo, no habían podido pasar mucho tiempo junto, la vida había sido injusta con ellos.

En los años posteriores había mantenido relaciones esporádicas con algunas mujeres, la mayoría en burdeles de mala muerte, salvo con una viuda en una aldea de Normandía, pero por ninguna de ellas había sentido lo mismo que por la madre de Mary.

Ryan McAllyster regresó enfadado al castillo, no entendía como había sufrido aquella humillación delante de todo el pueblo; seguro que aquello acarrearía problemas, los campesinos se negarían a pagar la renta y los arrendatarios el alquiler.

Continuaba sin entender porque su padre no hizo nada para resolver el asunto, siempre había sido un tipo enérgico con el que nadie jugaba, si tomaba una decisión no había marcha atrás y todos en el condado lo sabían. No obstante había decidido que no era el momento para intervenir.

Todos en el clan habían acatado su decisión, todos menos Ryan que no se conformaba con perder a Mary para siempre.

Mientras tanto Brendan McAllyster había enviado a Edimburgo a uno de

sus representantes, el jefe del clan necesitaba obtener información antes de dar ningún paso. No sabía hasta que punto Alan continuaba implicado con la organización templaria o si la había abandonado para volver a formar parte de la vida de su hija.

Sin embargo, Ryan desobedeciendo sus órdenes no se había quedado de brazos cruzados y había enviado a sus hombres a rastrear cada pueblo y aldea en cincuenta millas a la redonda. Los McAllyster tenía ojos y oídos en todas las poblaciones cercanas, y en las que no pertenecían a su dominio siempre existían informadores que por una buena cantidad de dinero delatarían a cualquiera.

Ryan estaba acostumbrado a hacer lo que le viniera en gana, desde pequeño su padre lo había educado dándole todo los caprichos, y aquello había forjado un carácter egoísta y autoritario que distaba de lo que debía ser un buen jefe de clan.

En cuanto su padre se marchó a Edimburgo, Ryan McAllyster anunció que una partida saldría en busca de Alan DGLISH y su hija.

Ryan sabía que aquello enfurecería a su padre, pero se negaba a esperar más tiempo, no se podía dudar en un momento como aquel, si abandonaban las tierras altas sería complicado localizarles.

Capítulo IV

El grupo atravesó colinas y valles de un paisaje agreste donde escaseaban las poblaciones, y las pocas que jalonaban el camino intentaban evitarlas viajando de noche. Alan sabía que Brendan McAllyster no se quedaría de brazos cruzados y que intentaría recuperar a Mary lo antes posible.

Tras varios días a caballo, el grupo divisó la isla de Mull. En la costa pagaron el peaje de una vieja barcaza que conectaba la isla con tierra firme.

Tras media jornada de un paisaje repleto de riscos abruptos vieron un monasterio a la orilla de un riachuelo enclavado en lo alto de un alto peñasco al que solo tenían acceso las águilas.

—¿Es esto lo que tenías preparado para mí? —preguntó Mary a su padre hecha una furia cuando se detuvieron frente al monasterio—. Encerrarme en un convento para el resto de mi vida.

—No cariño, no se trata de eso —respondió Alan—. Traigo un mensaje desde el continente que debo entregar sin demora al prior de esta comunidad.

Mary se quedó desconcertada al escuchar aquellas palabras, era la primera vez que la trataba con dulzura desde que se habían vuelto a reencontrar. No sabía si algo había cambiado en su interior o era una forma de evitar discusiones mientras continuara aquella precipitada fuga.

—El monasterio lo fundaron los templarios hace varias generaciones. Hemos pensado pasar un tiempo entre sus muros hasta que las aguas vuelvan a su cauce —mintió Jofrey—. Los McAllyster nos andarán buscando. Puede incluso que nos estén pisando los talones.

—De eso no le quepa la menor duda —le aseguró Mary—. Ryan no descansara hasta que vuelva a su lado.

—Eso ya lo veremos —contestó Alan con un tono desafiante.

Mary se giró y escupió en el suelo maldiciendo en voz baja el día en el que había vuelto a reencontrarse con su progenitor; durante unos momentos pensó que la actitud de su padre había cambiado pero enseguida supo que aquello era tan solo una artimaña para apaciguarla. Cada día lo odiaba con más fuerza, deseaba que hubiera muerto en las cruzadas atravesado por la espada de algún sarraceno.

El grupo rodeó el perímetro del monasterio, pero para su sorpresa no había

ningún camino o vereda por la que subir.

Alan recordó lo que un mercenario veneciano le había contado sobre unos monasterios que existían en el interior de Grecia a los que solo se podía acceder subidos a una pequeña cesta —como en las que transportaban fruta— elevadas por una polea desde lo alto del monasterio. De esa forma se convertían en inexpugnables, ni el más capacitado de los ejércitos podría tomarlos, se necesitarían meses o quizás años para que un asedio fuera efectivo y sus habitantes se rindieran por la falta de víveres.

Jofrey oyó desde la izquierda del sendero a un numeroso grupo de mulas que acarreaban varios fardos de mercancías, al frente iba un párroco de cabello grisáceo acompañado por un par de novicios, regresaban de tierra firme de una aldea que les proveía de víveres durante el duro invierno.

Alan se percató de su presencia y se acercó a ellos con presteza; tras una breve charla explicó al eclesiástico de donde provenían y el asunto de suma importancia que les traía desde Francia.

—Solo hay una forma de subir al monasterio ¿veis aquellas rocas de allí? —dijo señalando un promontorio donde a simple vista no se divisaba nada—. Entre ellas existen unas cestas en las que subimos al monasterio. Es el lugar más seguro de toda Escocia.

—No subiré en ese artilugio —afirmó Jofrey tozudo—. Ya tengo suficiente con los barcos ¿Que ocurrirá cuando estemos a medio camino y mire hacia abajo?

—Menudo cruzado —se rió Mary disfrutando de cada segundo. Un novicio rió en voz baja.

A Jofrey le hirvió la sangre por dentro, le importaba muy poco que aquella fuera la hija de su mejor amigo, nadie se reía de él, y menos una niña que tan siquiera había salido de su aldea.

Alan habló con el sacerdote, y este asintió con la cabeza. En primer lugar subieron al irlandés en la barquilla. Los eclesiásticos ya habían tenido ese problema con anterioridad cuando llegaba gente de fuera o los novicios subían por primera vez.

Los monjes se dispusieron a subir la barquilla desde lo alto de las murallas. El método era sencillo, pero bastante rudimentario, un grupo de tres novicios tiraba desde las almenas que rodeaba la abadía y las mercancías iban subiendo fardo por fardo. La parte más difícil llegaba cuando subían las personas, a los tres novicios se sumaban los eclesiásticos más fuertes y entre todos los subían uno a uno. El método era seguro, pero demasiado lento, en el

transporte de mercancías se tardó algo más de una hora. Era una forma de extremar las medidas de seguridad.

Unos días después Alan comprobó que el método era eficaz, solo transportaban mercancías una vez a la semana, y las visitas eran prácticamente inexistentes, aquel antiguo monasterio era casi autosuficiente.

Al llegar a la cima se quedaron fascinados por aquel espectáculo de la naturaleza, desde las almenas se podía contemplar todo el conjunto de montañas que habían atravesado desde la costa, y un inmenso valle donde la vegetación y la vida salvaje cubrían hasta el más recóndito de los rincones. Era un espectáculo digno de ser observado al menos una vez en la vida, incluso Jofrey se alegró de haber subido tras recuperarse del susto inicial.

El padre Stauton acompañó al grupo a unas pequeñas celdas que había en la parte posterior del monasterio que servían de alojamiento para los jóvenes novicios, no sin antes recriminar a Alan la presencia de una mujer. En aquel monasterio existía el voto de silencio y estaba convencido de lo poco recomendable que sería para la vida seglar la presencia de una mujer. Alan explicó al prior el motivo de su presencia, y acabó aceptándola siempre y cuando la estancia no excediese de un par de semanas.

La misión de Alan solo era entregar el encargo que le habían encomendado desde Francia y abandonar el monasterio, pero las circunstancias habían cambiado y debería ocultarse durante un tiempo, aunque su idea continuaba siendo regresar a su verdadera casa.

Mary se quedó encerrada a regañadientes en el interior de una pequeña celda donde solo se divinizaba una inmensa roca que cubría la parte posterior del atrio del monasterio, mientras su padre y Jofrey fueron recibidos por el prior con urgencia.

Ambos desconocían la verdadera razón que les había llevado hasta allí, la huida de los McAllyster tan solo era una pretexto. Alan pensó que unos días alejados de los caminos sería una buena solución, pero el principal motivo de su presencia nada tenía que ver con su hija, los cruzados habían atravesado Francia e Inglaterra con la misión de entregar un objeto del que desconocían su contenido.

Alan había recibido la orden en Aubernia, por el camino habían pasado por innumerables abadías, pero ahora comprendían porque era aquel el lugar más seguro de toda la cristiandad.

El prior los recibió en el salón principal con gesto solemne, sin embargo, sus ojos resplandecieron de felicidad cuando Jofrey sacó de una de las

alforjas el paquete que habían preparado con sumo cuidado en Aubernia. Al sostenerlo en sus manos comprendió lo que significaba para su congregación, aunque debería guardar el secreto de tan preciada reliquia, algo no demasiado complicado dado el voto de silencio de la congregación.

Alan al igual que Jofrey querían averiguar que objeto transportaban, pero el prior no se digno a mostrarlo, parecía el secreto mejor guardado por la cristiandad. Habían oído rumores de que podía tratarse de la sábana santa, pero aunque lo preguntaran el prior lo negaría.

No les quedo más remedio que acatar el voto sagrado que hicieron cuando fueron nombrados templarios, y obedecer las órdenes de sus superiores.

El prior les despidió con una sonrisa, no sin antes recordarles que su hija no podría salir de la celda mientras estuviesen en el monasterio.

—¿Se ha vuelto loco padre? —le preguntó Mary con los ojos desorbitados —, Primero me secuestra y ahora me tiene prisionera en una diminuta celda.

—Comprendo que estés enfadada, pero no admiten mujeres en este lugar. Antes de venir no conocía sus normas.

—¿Y entonces para que hemos venido? No había otros lugares en Escocia.

—Tenemos que escondernos de los McAllyster durante un tiempo y este es el mejor lugar.

—¿Y después adonde iremos?

—A casa.

—¿Volveremos a Avimore?

El negó con la cabeza.

—Mi padre se mudo a Avimore cuando conoció a tu abuela, pero mi familia es originaria de Aberdeen, y allí continúa viviendo el resto de mi familia. Los clanes de las Highlands apenas tienen influencia en aquella zona. Allí no nos buscaran.

A Mary no le agradó la noticia, había oído hablar de aquella ciudad, pero quedaba demasiado lejos de donde había nacido. Deseaba que Ryan la estuviera buscando y la encontrara lo antes posible, aunque estaba convencida de que no sería en aquel monasterio. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que los McAllyster recorrerían el país en su búsqueda.

En los días posteriores los templarios pidieron permiso para hacer uso de la biblioteca del monasterio, allí descubrieron el libro de Kells, una copia que los monjes irlandeses llevaron durante la evangelización de las tierras altas donde se podían consultar los cuatro evangelios del antiguo testamento,

además de notas preliminares escritas en latín en el año 800. El libro también conocido como gran evangeliario de San Columba, fue introducido por este santo celta a su llegada a territorio escocés cuatro siglos antes.

Jofrey estaba encantado con aquella obra maestra que siempre había querido tener en sus manos, su idea era visitar la mismísima ciudad de Kells a su regreso a Irlanda, sin embargo, nunca espero que el destino le deparara aquella sorpresa.

Así pasaron los días hasta que los cruzados fueron llamados por el prior tras la misa de matines que se oficiaba en la parroquia.

—Tengo malas noticias para vosotros —anunció con voz solemne—. Hemos recibido una misiva del obispo de Glasgow en la que ordena el arresto de unos templarios por un asunto concerniente a las Tierras Altas.

Alan miró a Jofrey desconcertado, jamás imaginó que los clanes tuviesen tanto poder en Escocia, cuando se marchó siendo un muchacho su poder se limitaba a la región circundante, ahora tenían representación en el consejo real y el peso que jugaban en el sistema político escocés había crecido hasta límites insospechados.

—Pero no temáis —les aseguró el prior con un gesto apaciguador—. La misiva ha sido enviada a todos los monasterios del reino. No saben que estáis aquí —y comenzó a pasear por la sala—. Aunque no me fio de ese viejo carcamal. No me extrañaría que enviara algún emisario con la excusa de recaudar impuestos.

—Gracias excelencia —respondió Alan—. Recogeremos nuestras pertenencias y nos marcharemos de inmediato.

—Sera mejor que esperéis a que llegue la noche, así tendremos la certeza de que nadie vigila los alrededores —contestó el prior—. Siento que estéis inmersos en problemas. Habéis servido bien a la congregación y no merecéis este trato, pero no puedo interceder por vosotros. Hace años me enfrente públicamente al obispo en un conclave y aun no lo ha olvidado.

—Podríamos regresar a Francia o tal vez a Irlanda —intervinó Jofrey—, llevo años sin pisar mi tierra.

—Puede que más adelante —le aseguró Alan mientras atravesaban el pórtico que daba lugar a las celdas.

El fuerte tañido de las campanas rompía el profundo silencio del monasterio.

—¿Y qué podemos hacer? —le preguntó Jofrey perplejo, Alan sabia de la sensatez de su amigo.

—Enfrentarnos a ellos si es necesario —respondió con contundencia—. Hace años tuve que abandonar mi tierra, pero ya no tengo veinte años. Ha llegado el momento de asentarme en un lugar apacible. Te dije que iríamos a Aberdeen y no pienso cambiar de idea. Sé que mi hermano me acogerá bien.

Mary se encontraba apoyada sobre el camastro contemplando las ornamentaciones del libro de Kells que tanto le fascinaban; no sabía leer latín, pero se entretenía escudriñando las viñetas. Su padre le había prometido la tarde anterior que la enseñaría a hablar latín, fue la primera vez que Mary le sonrió, siempre había soñado con viajar a Roma.

—Prepárate Mary —dijo Alan tras abrir la puerta—. Nos vamos esta noche.

Ella volvió a sonreír como no lo había hecho hasta el momento, era más fácil que la encontraran en Aberdeen que en aquel monasterio. Jofrey quedó encantado, parecía que por fin dejaba de hacer reproches.

Mary había pensando en aquella posibilidad durante días, al principio no le gustaba demasiado, pero con el paso del tiempo pensó que no sería tan mala idea. Aunque Aberdeen se encontraba fuera de las Highlands solo estaba a una semana de distancia, y estaba segura de que Ryan iría a buscarla, solo era cuestión de tiempo que los McAllyster la encontraran.

Había oído que era una de las ciudades más bonitas de Escocia, tenía puerto de mar y llegaban barcos repletos de las más suntuosas telas del continente.

Sin ofrecer resistencia Mary asintió con la cabeza.

—Lo que usted ordene, padre —aseguró al fin

Jofrey y Alan se volvieron hacia ella perplejos. Alan estaba convencido de que algo tramaba, debería vigilarla de cerca sino quería llevarse una sorpresa.

Aquella misma noche emprendieron la marcha, la luz de la luna brillaba resplandeciente sobre un cielo estrellado, y no necesitaron ni siquiera una tea para iluminarse en la bajada, de la que Jofrey se alegró que estuviese tan oscuro, de forma que su vértigo apenas fue perceptible.

Una vez llegaron a tierra ensillaron los caballos y tomaron rumbo a Aberdeen. Se encontraban a dos semanas a caballo. Sin embargo, Alan fue más precavido y decidió tomar el camino de la costa, era más largo, pero también más seguro, si alguien los vigilaba nunca imaginaria que tomarían aquel itinerario.

En el trayecto apenas encontraron pequeñas aldeas de pescadores en las que se alimentaron por unos pocos chelines, sus habitantes no tenían contacto

con extranjeros, y mucho menos con dos caballeros que parecían proceder de alto linaje, y a los que la mayoría más por miedo que por respeto parecía rendir pleitesía.

Capítulo V

El camino hacia Aberdeen estaba jalonado de grandes señoríos que con mano dura ejercían su dominio. A pesar del auge que había experimentado el crecimiento de los burgos en Aberdeen, Edimburgo o Glasgow, en la mayor parte del territorio los campesinos seguían sobreviviendo en la más absoluta miseria.

Tras varias semanas de viaje llegaron a lo alto de una colina desde donde se divisaba el mar, Mary se quedó atónita ante el fuerte balanceo de las olas, jamás había contemplado aquella inmensidad de agua salada que parecía rugir de forma incontrolada. En un primer momento se sintió abrumada, pero al mismo tiempo cautivada ante aquella maravilla de la naturaleza con la que siempre había soñado.

La gran ilusión de su vida era visitar Roma y los lugares santos, y para ello debería atravesar el canal de La Mancha, sin embargo, jamás lo imaginó de aquella manera, en sus sueños el mar era un lugar tranquilo y sosegado como los lagos de las Highlands, pero aquel día encontró un gigante que rugía y bramaba henchido de rabia.

En un primer momento sintió miedo y pensó que jamás sería capaz de montar en un embarcación y enfrentarse a su furia, pero poco después mientras avanzaban hacia la costa oyó el graznido de las aves revoloteando sobre la pleamar, y la invadió una serenidad que no podía describir con palabras, era como si aquella inmensa masa de agua en lugar de asustarla la calmara, le producía una paz interior que jamás había experimentado; sintió como una atracción fatal de la que no puedes escapar por mucho que intentes alejarte, aquella sensación tan placentera le llevó a olvidar durante un rato que su padre le había arruinado la vida al oponerse a su boda.

Las marismas que se extendían por la costa este de Aberdeen cortaban el paso hacia la ciudad y tuvieron que dar un rodeo por unos enormes acantilados de los que Mary se sintió tan impresionada como al divisar el mar.

Alan divisó a un pequeño grupo de hombres escondido tras las rocas por las que se abría paso el sendero, pensó que se trataba de algún grupo de proscritos; los había en las proximidades de las ciudades más importantes, y aprovechaban cualquier ocasión para obtener el botín de los grupos que atravesaban los caminos.

Le hizo un gesto con la mano a Jofrey y en el momento en que se disponían a azuzar los caballos el grupo les corto el paso.

Alan y Mary descubrieron por su vestimentas que se trataba del clan de los McAllyster, incluso a Alan uno de ellos le resultaba familiar.

En las Highlands estaban acostumbrados a amedrentar por la fuerza a todo el que se oponía a sus designios y la superioridad numérica les había envalentonado, pero no llevaban caballos y en campo abierto no lo tendrían nada fácil contra dos experimentados cruzados.

Lo que Alan desconocía es que aquellos hombres habían luchado contra los ingleses junto a William Wallace y sabían cómo derrotar a una caballería. Uno de ellos sacó una larga lanza que habían recortado en los bosques y la puso delante del caballo de Jofrey, este se encabrito y estuvo a punto de caer al suelo.

Alan aprovecho el momento de debilidad para lanzarse al galope contra el resto y ensartar su espada sobre el que encabezaba el grupo, de tal forma que el resto huyó y el que amenazaba a Jofrey quedo de espaldas a Alan que sin pensarlo dos veces atravesó su cuello por la yugular y cayo inerte en un charco de sangre.

Fue en ese momento cuando un chico que se hallaba caminando por los acantilados acudió en su ayuda, solo portaba un cuchillo de grandes dimensiones, pero parecía valiente y decidido.

El resto de los McAllyster huyeron despavoridos por el bosque. En un primer momento intentaron darles caza, pero se arriesgaban a que hubiese más hombres escondidos en el bosque.

—Te debo una, amigo —le dijo Alan al chico cuando el grupo se alejo.

—Ha sido un placer, señor —replicó—. No iba a permitir que unos proscritos robaran a una familia decente.

Alan guardo silencio, sabía que no eran ladrones, pero no iba a dar explicaciones al primer desconocido que se acercara.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Malcom DGLISH.

—¡El pequeño Malcom! —exclamó Alan sorprendido—. La última vez que te vi apenas sobrepasabas un palmo del suelo.

Malcom le miró perplejo.

—Soy tu tío Alan, y esta es tu prima Mary.

—¡El cruzado! —respondió esbozando una gran sonrisa y estrecho su mano con fuerza—. Padre siempre habla de vos. Se llevara una grata sorpresa.

—Yo también deseo ver a ese viejo gruñón —tragó saliva e hizo la pregunta que tanto temía hacer—. ¿Y cómo está tu abuela?

Malcom bajo la cabeza.

—Falleció hace un par de años —contestó con un hilo de voz—. Que dios la guarde en su santa gloria.

—Amen —añadió Jofrey al ver que su amigo era incapaz de articular palabra.

Mary se acercó y puso la mano encima del hombro de su padre.

El agradeció el gesto con una mirada de complicidad.

—Me hubiera gustado conocerla —reconoció Mary con la voz entrecortada.

Alan asintió con la cabeza pensativo, si algo le recordaba su hija a los Daghish es que había sacado su fuerte carácter; aunque poseía la belleza de su esposa.

El incidente se saldo con la huida en tropel del pequeño grupo de los McAllyster, Alan no tuvo ni la más mínima duda de que volverían a intentarlo, pero para entonces ya estarían protegidos bajo los muros de aquella ciudad que tanto añoraba.

Por un instante pensó que alguien les había traicionado en el monasterio de Mull, pero luego desecho la idea. Lo más probable es que los McAllyster hubiesen apostado hombres en la entrada de las ciudades más importantes y enseguida reconocieron a Mary.

Sin más dilación recogieron los bártulos que habían caído durante la lucha y continuaron por el sendero de la costa hacia Aberdeen.

Alan volvió a recordar cada detalle de aquel hermoso sendero y el inconfundible olor a salitre y pescado que el viento arrastraba desde la costa. Poco a poco comenzó a reconocer cada recodo, cada pequeña ondulación del terreno, no en vano a aquella pequeña caleta era donde iba a jugar cuando era niño, poco antes de que su padre se volviera a casar y llevara a su familia a vivir a las Highlands. Por un momento pensó que jamás debería haber abandonado aquella ciudad en la que había sido tan feliz, pero las circunstancias lo llevaron a cambiar de localidad. En realidad Alan había tenido dos infancias: una en su ciudad de origen y otra en las tierras altas, y se sentía un privilegiado por ello.

Desde aquella caleta se podía divisar los grandes acantilados que finalizaban en una ensenada donde estaba situada la ciudad portuaria de Aberdeen. Uno de los burgos con mayor pujanza, hábitat natural de pescadores

y de una floreciente industria de mercaderes y astilleros que comerciaban con todas las áreas del Báltico, incluidas Flandes y Normandía. Debido a su crecimiento acudían mercaderes italianos a vender tejidos en las ferias.

Justo antes de entrar a la ciudad existía un espléndido estuario donde grandes bandadas de aves se lanzaban empicadas sobre la orilla para alimentar a sus crías. El terreno estaba compuesto de pequeñas cabañas de pescadores diseminadas a lo largo de la costa, donde vivían familias en circunstancias parecidas a los siervos de los señoríos; salvo en un hecho fundamental: eran hombres libres y no debían soportar las cargas de la servidumbre.

La ciudad de Aberdeen no era demasiado grande, pero si era un burgo de primer orden en el concierto de las ciudades escocesas, cada año su población aumentaba, los gremios crecían, y la ciudad había prosperado tanto que llego a ser la envidia de la mismísima Edimburgo.

El último rey escocés había otorgado cartas de franquicia a los campesinos para que se instalaran libremente, aquello supuso el abandono voluntario de muchos siervos de los señoríos sin que los señores pudieran hacer nada para oponerse.

Capítulo VI

La ciudad de Aberdeen estaba dividida en barrios, con un sinfín de calles estrechas y sinuosas donde apenas llegaba la luz del sol. Solo la calle principal estaba empedrada; el resto solía estar recubierta de barro.

En el centro destacaba el mercado, donde los campesinos vendían cereales, frutas y carnes. La ciudad carecía de alcantarillado y los desperdicios eran arrojados por las ventanas, lo que producía un desagradable olor al que ya estaban acostumbrados. La gente se abastecía de agua en pozos y canales.

Las casas solían tener dos pisos. El primero era de piedra y servía de taller o tienda y el segundo se usaba como vivienda y era de madera.

Tras la pelea en los acantilados Mary experimentó el sentimiento más contradictorio de toda su vida: le hubiera gustado regresar con los McAllyster, pero no quería que le hiciesen daño a su padre. A partir de ese día esa contradicción le acompañaría durante su estancia en Aberdeen.

A pesar de ello, se olvidó de todo y comenzó a disfrutar de aquella ciudad, miraba con pasión cada recodo, cada edificio, era una ciudad alegre donde la gente campaba a sus anchas; se sorprendió mucho de encontrar aquella felicidad, la prosperidad de la urbe ayudaba a ello.

Aquel era el lugar donde viviría a partir de ese momento aunque esperaba que fuera por poco tiempo. Conociendo a Ryan no tenía ni la menor duda de que los McAllyster volverían a intentarlo.

Tras atravesar el extremo oriental de la ciudad donde se situaban los grandes astilleros llegaron al barrio situado junto a la catedral donde los DGLISH habían vivido durante generaciones.

Desde allí se divisaba el gran castillo de Facade con su gran torre que podía verse desde cualquier punto de la ciudad.

—No recuerdo nada de estas nuevas construcciones —reconoció Alan a su sobrino mientras pasaban por la calle donde se erigía el gremio de artesanos.

—Yo pasé un año en Edimburgo y cuando regresé me ocurrió igual que a vos —contestó su sobrino—. La ciudad se transforma a pasos agigantados y eso es bueno para todos.

—Salvo que vuelvan los ingleses y lo reduzcan todo a escombros.

Los incesantes golpes de la herrería no dejaban oír con claridad las palabras de su sobrino.

—Ya lo hicieron hace unos años, y la ciudad volvió a resurgir de sus cenizas. Ahora tenemos un cabecilla que les hará frente de una vez por todas.

—¿Te refieres a Bruce? —preguntó con desdén—. No lo demostró cuando lucho junto a William Wallace.

—Hay que saber perdonar tío, y ahora ha llegado el momento —dijo con orgullo—. Se siente fuerte, y los ingleses lo saben.

—Dios te oiga hijo mío.

A mediación de la calle se distinguía un portón de madera de roble desgastado por el paso del tiempo donde vivía la familia de Malcom.

El grupo bajó de los caballos tras la larga travesía desde la isla donde habían estado reclusos en el noroeste de Escocia.

Malcom abrió la pesada puerta y entró en el comedor.

—¡Padre! —gritó con voz potente—. ¿A que no adivinas quien ha venido a veros?

Archibald un tipo rudo, más bajo que su hijo de un cabello tan rojo como los colores del tartán de su clan, dejó los sacos de lana que acarreaba en la parte posterior de la vivienda.

—No es día para adivinanzas —bramó con desgana—. Estoy descargando un carro de lana de York.

En ese momento Alan accedió al patio donde se encontraba el almacén.

Archibald lo reconoció de inmediato y sin mediar palabra se fundió en un fuerte abrazo con su hermano al que llevaba más de veinte años sin ver.

Archibald Daghish era uno de los comerciantes de lana más importantes de la ciudad. En la cofradía gremial, tan solo el mayordomo y un comerciante de Dundee tenían la misma influencia en los consejos. Su fortuna provenía de la lana inglesa que exportaba en grandes cantidades, era la de mayor calidad del continente. Archibald al contrario que otros miembros del gremio había seguido comerciando en tiempos de guerra, mientras sus competidores habían comprado la lana en Flandes a precios más elevados para no comprarla a los ingleses.

Sostenía que la guerra entre ambos países nada tenía que ver con el negocio de la lana, estuvieran o no en guerra tenía que sostener a su familia y aquello no podía arruinar su prospero negocio; muchos comerciantes le acusaban de traidor y de mal escocés, pero él se excusaba argumentando que tenía que ganarse la vida. Poseía buen carácter, pero era implacable en los negocios, muchos le llamaban el halcón de Aberdeen por los contratos tan ventajosos que obtenía.

Su intención era llegar a ser el mayordomo de la ciudad, aunque el frente escocés se agrupaba junto a su gran rival. El actual mayordomo solo tenía un par de años mas por lo que era complicado que heredara el cargo a su muerte.

Por las noches no había taberna que se le resistiera, su mujer se quejaba de que apenas pasaba tiempo con ella, que prefería hacerlo con sus amigos del White horse, antes de preocuparse por su enfermedad. A lo que Archibald respondía que Dios ha dispuesto el día en el que todos deben morir, y que si su hora debía de llegar, no serviría para nada que el estuviese a su lado.

—Jamás pensé que volvería a verte —reconoció Archibald con una limpia mirada dando fuertes golpes sobre la espalda de su hermano.

—Yo también temí no regresar jamás. Ya sabes que las circunstancias me empujaron a ello.

—Esta noche celebráramos una gran fiesta para festejarlo —afirmó mirando a su hijo.

—No es necesario que te molestes —respondió Alan con una gran sonrisa.

En ese momento observo a Mary que permanecía apartada con el rostro hierático.

—Esta es mi hija —dijo con orgullo— ¿No sé si la recuerdas?

—La conocí en el bautizo, en aquella aldea donde vivías. No paraba de berrear en la pila bautismal.

Mary hizo una pequeña reverencia y su tío le dió un beso en la mejilla.

Tras presentarle al irlandés Archibald los acompañó a la vivienda que había al otro extremo de la calle. Era la casa familiar de los Daghish, Archibald no había querido venderla tras la muerte de sus padres.

—Continua siendo nuestra casa —le explicó su hermano mientras atravesaban el vestíbulo repleto de polvo después de años sin abrirse—. Cuando madre murió me mude a casa de mi esposa, es mucho más amplia. Además la casa es tuya, eres el mayor de la familia y te pertenece por herencia. Si no hubieses regresado la hubiera heredado mi hijo al casarse.

—¿Y eso será pronto muchacho? —preguntó Alan.

—De momento no hay candidata —repusó este sin parar de reír y al abrir la boca Alan distinguió con claridad porque en los astilleros se había ganado el apodo de Malcom rabbit, dos enormes incisivos destacaban en su dentadura. Sin embargo, salvo por ese pequeño defecto el mayor de los Daghish, era un chico apuesto de mandíbula prominente y cabellos dorados que descansaban en una media melena.

—Acepto tu invitación hermano —afirmó estrechando su mano—, pero

solo de forma provisional. En cuanto me establezca tengo previsto comprar una vivienda y comenzar a trabajar.

Alan escudriñó la sala y al divisar las viejas herramientas de su padre y los bordados de su madre sintió una profunda melancolía.

—¿Que tienes pensado? Si no es mucho preguntar.

—En mis viajes he conocido mercaderes que transportan seda desde Oriente —respondió ante la sorpresa de su hermano—. Y me gustaría proponerte un trato: Tú te dedicarás a la lana y yo importare la seda. De esa forma acapararemos la mayor parte del negocio textil de Aberdeen.

—Con la lana que importamos es más que suficiente —contestó su hermano—. Con este frio nadie querrá comprar esas telas tan finas.

—¡Ah! querido hermano —dijo poniendo una mano sobre su hombro—. Los tiempos van cambiando, y las damas de la alta sociedad solo piensan en vestidos suntuosos provenientes del continente. En Italia muchos hombres visten largas túnicas y capas de seda para resaltar su estatus.

Al oír las palabras de su padre Mary esbozo una media sonrisa, siempre había querido acariciar aquella hermosa tela entre sus manos; quizá su destino no fuese tan cruel como esperaba.

Archibald guardó silencio durante unos instantes sopesando las palabras de su hermano.

—Espero que estés en lo cierto —respondió—. Siempre fuiste hábil para los negocios. Pero no se que opinara el gremio. No les gustan las ideas nuevas.

Malcom y su padre se despidieron de Alan y ordenaron a la sirvienta que lo prepara todo para pasar allí la noche.

El padre de Alan y Archibald fue uno de los comerciantes de lana más antiguos de la ciudad, desde el siglo pasado transportaba la lana desde el sur de Inglaterra y la vendía en Aberdeen en una época en la que Inglaterra y Escocia se mantenían en paz, pero desde que llegó el rey Eduardo las cosas cambiaron.

Alan se había marchado de Avimore a las cruzadas mucho antes de que el último rey ingles sometiera a los escoceses.

En la cristiandad occidental se continuaba luchando contra los sarracenos, infieles que hostigaban a los europeos desde diferentes puntos del mediterráneo. Hacía tiempo que los cristianos habían perdido sus feudos en Tierra santa, ahora se luchaba en otros lugares dominados por el Islam como Túnez, un trayecto mucho más cercano a Europa y con menos transcendencia

que la conquista de Jerusalén.

Los tres pasaron el día acicalándose y salieron a dar un paseo para visitar la ciudad, mientras Archibald preparaba una succulenta cena que había preparado su hermosa esposa Anne y en la que estarían presentes sus tres hijos: Malcom, el mayor al que ya conocían; Susanne la hija mayor que se dedicaba a bordar pequeños encajes y había heredado la belleza de su madre; y Charlotte, la pequeña de la familia, de tan solo siete años que siempre iba correteando de un lado para otro con sus trenzas rubias y una hermosa sonrisa.

La de los Daglish era una casa de madera rudimentaria de doble planta pero muy acogedora. Una gran sala hacía las veces de salón comedor, repleta de muebles de madera y vasijas de barro ornamentado con una decoración carenada. Al fondo una estrecha escalera conducía a las habitaciones que estaban en la planta superior.

Anne Jeniffer Daglish era una mujer escuálida de cara alargada, que llevaba enferma varios años, era asmática y se asfixiaba constantemente, su único consuelo es que había nacido en una latitud fría, no soportaba el calor; intentaba que su enfermedad no influyera en su carácter, siempre tenía una sonrisa para sus hijos y un buen consejo para su marido. Aun así muchas veces se tenía que tumbar en la cama porque no podía seguir ejerciendo las labores del hogar. Sus hijas le ayudaban todo lo que podían, en especial Susanne, ya que Charlotte aun era una niña que solo pensaba en jugar y soñaba con vestidos; que Archibald fuese mercader de lana era una suerte para la familia ya que podían permitirse tener una sirvienta que ayudara en las labores del hogar e hiciera más llevadera la enfermedad de Anne. Su gran afición era la costura, se dedicaba a realizar bordados para el monasterio, y también diseñaba elegantes vestidos para sus dos hijas.

Todos se sentaron por la noche en la sala comunal; era el lugar donde se desarrollaban las labores del hogar, se utilizaba como comedor y lugar de ocio.

Una gran chimenea prendida por la turba que se extraía de las marismas calentaba aquella fría y húmeda vivienda; a un lado se disponía el aparador principal de la habitación en una hermosa vitrina de cristales coloreados al más puro estilo gótico; era un signo de prestigio que no muchos podían costearse, con una elegante vajilla en el interior. Frente a ella existía una pequeña jofaina.

Aquella noche Anne sacrificó un cordero y lo sirvió acompañado de nabos y col, la verdura por excelencia de aquellas tierras, una suave cerveza de no demasiada graduación acompañó la velada donde los hermanos narraron sus numerosas aventuras de cuando eran pequeños. Todos rieron incluida Mary, desde que había llegado parecía haberse olvidado de la afrenta de su padre, aunque en su interior seguía manteniendo una espina clavada que no dudaría en arrancar en cuanto tuviese la más mínima ocasión.

—Tus asados continúan siendo los mejores de la ciudad —le dijo Alan a Anne mientras degustaba un trozo de carne.

—Es cierto, señora —añadió Jofrey con cortesía.

Anne rió como si fuese una adolescente.

—Tú siempre tan adulator —contestó ella—. No has cambiado nada en estos años.

—Un poco quizás —respondió mirando a su hermano—. Tengo bastantes canas y peso diez kilos más que entonces.

—Todavía serías capaz de enamorar a alguna jovencita —agregó su hermano dándole una palmada en la espalda.

Alan rió y negó con la cabeza.

—Veo que tu hija ha heredado la belleza de su madre —dijo Anne mientras la observaba charlando con sus primas.

—Pero solo la belleza —contestó Alan.

A Mary le sorprendió mucho el cordero aderezado con frambuesa, mantenía una animada charla con Susanne que le explicaba la elaboración.

—Nuestros hijos son muy diferentes —dijo Archibald mientras se pasaba la mano sobre la barba después de dar un trago de cerveza—. La pequeña es cariñosa y pizpireta. Susanne es responsable y un tanto vanidosa —añadió en voz baja—, y Malcom es el hijo que todos los padres deseamos tener.

Su esposa asintió con la cabeza.

—Tenéis mucha suerte.

Jofrey sintió un fuerte olor a turba proveniente de la chimenea, durante su estancia en Francia se había acostumbrado a encenderla con madera.

—¿Y qué os ha llevado a regresar? —preguntó Anne.

—Nuestros días en el campo de batalla han finalizado. Ya es hora de rehacer nuestras vidas —intervinó el irlandés.

—Comprendo —aseguró Archibald.

—Además necesitaba volver a ver a mi hija —añadió Alan—. Es algo que me obsesiona desde hace años.

Anne puso su mano sobre la suya consciente de lo mal que lo habría pasado durante tanto tiempo.

La pequeña Charlotte jugaba con los invitados, mientras Malcom no dejaba de mirar de una forma sutil a su prima Mary, aunque ésta solo tenía ojos para su padre intentando descubrir con sus historias a una persona a la que apenas conocía.

Una vez acabada la cena se fueron a descansar, había sido un día largo y no exento de sorpresas.

Al día siguiente, Alan despertó dispuesto a comenzar sus planes, sus años de lucha habían supuesto que no tuviera que preocuparse de su manutención, de forma que había conseguido reunir una suma considerable de dinero; pero ahora la situación había cambiado ya no solo tenía que preocuparse de sí mismo tenía una hija a la que cuidar, y debía ofrecerle un futuro esperanzador que le hiciera olvidarse de su anterior vida en Avimore, aunque sabía que no sería nada fácil.

Su idea era que su hija le ayudara en el comercio textil. Necesitaba una persona de confianza que dirigiese el negocio en su ausencia; y quien mejor que su propia hija. Además siempre contaría con la ayuda de su amigo Jofrey si es que este decidía quedarse en Aberdeen. Alan estaba preocupado por su amigo, no sabía si se adaptaría a una vida alejada del campo de batalla.

Mientras su padre hacía los preparativos para su nuevo negocio Mary fue a casa de sus primos. La habían acogido con cariño en especial de sus primas Susanne y Charlotte, y juntas salieron a recorrer la ciudad.

Desde el primer momento a Mary le encantó la ciudad, recorrió sus laberínticas calles repletas de comercios y accedió a la calle principal que finalizaba en el puerto donde los comerciantes desembarcaban grandes fardos de mercancías y los carros transportaban sacos tirados por bueyes en dirección a los almacenes de la ciudad. El norte de Escocia se había convertido en paso obligado para el transporte de barcos de la Hansa, que desde un extremo del mar Báltico hasta el otro, en el Mar del Norte, transportaba todo tipo de mercancías uniendo los lugares más dispares del continente.

Durante el paseo Mary hizo buenas migas con la vivaracha Charlotte, pero sobre todo con su prima Susanne de quien solo le separaban un par de años.

Susanne Daghish, era la hermana mayor de la familia, rebelde y testaruda no

comprendía porque su hermano debía heredar la casa siendo ella la primera en la línea de nacimiento; aquello le encrespaba los nervios, sobre todo cuando su padre y su hermano lo argumentaban con algún comentario del tipo: tú debes limitarte a cuidar la casa. Muchas veces pensaba que había nacido antes de tiempo, estaba segura de que algún día las mujeres decidirían su futuro sin acatar lo que tuviera que ordenar ningún hombre incluido su padre.

Mientras tanto su obsesión era encontrar un marido no impuesto por su padre, había tenido varios devaneos con Jerry Ferdinand el hijo del maestro albañil más importante de la ciudad; era el constructor del monasterio y el que diseñaba los navíos en los astilleros, su fama era bien merecida, ya que sus barcos jamás habían naufragado.

A Archibald le gustaba Jerry y no se oponía a su unión, sin embargo, el padre de él parecía que tenía unas metas más altas, pretendía casar a su hijo con la hija del conde de Aberdeen. Tras consumarse la unión, Archibald decidió que era hora de intervenir y prometió a su hija Susanne a un señor feudal que poseía varias aldeas en las afueras de Aberdeen, pero su edad era tan avanzada que acabó falleciendo de unas fiebres poco antes de contraer matrimonio. En aquellos días había varios candidatos dispuestos a pedir la mano de Susanne; pero ella aspiraba a que ninguno fuese un viejo decrepito.

Cuando regresaban de su primera incursión en la ciudad, Mary divisó a los lejos a un grupo que vestía el tartán de los colores de los McAllyster, estaban tan lejos de casa que cualquier habitante de la tierras altas hubiese reconocido su vestimenta. Mary temió que también podría reconocerlos su padre, aunque estaba tan ocupado supervisando los trabajos de carpintería para la nueva tienda que era improbable que se cruzara con ellos.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que iba acompañado de sus primas, si venían a buscar a Mary, no sabía que harían con Susanne y Charlotte. Eran hombres rudos del norte que al primer imprevisto todo lo solucionaban por la fuerza; era a lo que estaban acostumbrados ya que su autoridad no era cuestionada en Avimore.

El lugar teniente de Ryan, al que Mary ya conocía, le hizo un gesto cuando atravesaban la plaza principal para que se deshiciera de sus primas y poder charlar a solas.

—Adelantaos —le dijo a sus primas—. Antes de regresar tengo que visitar al zapatero.

—¿Seguro que no te perderás? —preguntó Susanne—. Los recién llegados

confunden las calles de Aberdeen, todas parecen iguales.

—La catedral se divisa desde todos los puntos de la ciudad. Es una suerte que viváis junto a ella.

Mary bajó por Trosem street; en un callejón adyacente esperaba el grupo de los Mc Allyster.

—Ryan nos ha enviado para que regreses a Avimore —le informó el jefe del grupo.

—Decidle que no es tan fácil —dijo poniendo los brazos en cruz—. Antes necesito recoger mis enseres y solucionar un asunto con mi padre.

—Ryan se enfadara si regresamos con las manos vacías. Tu padre te vigila desde que huiste de Avimore. No encontraremos un momento mejor.

—A partir de ahora estará más ocupado —aseguró Mary—. La próxima semana regresare con vosotros.

Mary intuyó que algo no iba bien. Algunos miembros del grupo no estaban de acuerdo e insinuaron con llevársela a la fuerza.

Como un ángel salvador su primo que regresaba de los astilleros apareció al fondo de la calle.

—¡Malcom! —le llamó con una sonrisa y se volvió hacia el grupo— ¡Marchaos ahora! ¡Rápido! Si mi primo os descubre mi padre me prohibirá salir a la calle.

El grupo escapó por una estrecha calle que desembocaba en el mercado, mientras Mary salía al encuentro de Malcom.

—¿Una dura jornada de trabajo? —le preguntó Mary fijándose en sus abultados bíceps.

—Lo habitual de cada día. Acabamos de construir una galera para los ingleses y efectuamos reparaciones en la dársena de poniente.

Mary disimuló interés por su trabajo. Malcom estaba encantado de aquel interés tan repentino, se había enamorado de ella desde el primer momento. Aunque no sabía como se tomarían sus padres que dos primos se casaran, las uniones entre miembros de una misma familia eran frecuentes; no obstante había quienes preferían no emparentarse con ellos porque en algunos casos los hijos nacían con discapacidad. Los médicos no sabían explicar si aquella era una de las leyendas que se transmitían en la época, pero lo cierto es que los monjes la defendían a ultranza.

Tras una animada charla con Mary, Malcom la dejó en casa y se dirigió a enjuagarse la cara, todos los días llegaba hasta arriba de virutas.

Mary no tenía ni idea de lo que Malcom sentía por ella, desde el primer día

descubrió que era un hombre fuerte y valiente, se había inmiscuido en la pelea con los McAllyster sin ni siquiera saber que eran su prima y su tío a los que defendía.

Ella continuaba soñando con su boda en Avimore; era como si Dios la hubiese puesto a prueba, una dura prueba que ambos deberían superar, pero que solo supondría un retraso hasta convertirse en la señora de Ryan McAllyster.

Capítulo VII

A la semana siguiente Mary tenía preparado sus enseres para marcharse con Ryan en cuanto llegasen sus hombres. No pudo mantener la conversación que esperaba con su padre, pero ya no importaba lo único que deseaba era huir a las Highlands lo más rápido posible. No obstante, los caminos se encontraban en mal estado, la semana había sido lluviosa y las tormentas no dejaron de repetirse un día tras otro.

El día acordado Mary esperó a que la recogieran pero no apareció nadie, lo mismo ocurrió al día siguiente y al otro, pero el panorama no cambio, muy a su pesar los McAllyster no se presentaron. Aquello le sorprendió, no era propio de Ryan, supuso que algún percance le habría retrasado.

Un mes más tarde supó que se preparaba una nueva guerra entre Escocia e Inglaterra, pensó que quizás aquella fuera la razón, el clan de los McAllyster había sido fiel a la corona escocesa salvo en una ocasión en la que estuvieron de lado de los ingleses, aquello todavía era recordado por los más viejos del lugar.

Sin embargo, aquel mes Mary comenzó a sentirse a gusto en la ciudad, había hecho buenas migas con sus primas, y sus tíos siempre la trataban con respeto y amabilidad.

Mary le había cogido mucho cariño a la niña, le contaba cuentos antes de acostarse, y aquello hizo que se unieran aun mas; su prima pequeña se pasaba los días en casa de Alan y muchas veces no regresaba a casa a dormir. Su tía Anne accedió a ello a cambio de que asistiera todos los días para el almuerzo y fuera a misa.

Poco a poco Mary se fue acercando cada vez más a su padre acabadas las constantes discusiones de los primeros días. Aquello la llevo a pensar que su padre realmente la quería y que pretendía formar parte de su vida; aunque seguía sin entender porque le había arruinado el día más feliz de su vida.

Sus palabras se habían grabado en su mente:

«Cuando llegue el momento oportuno lo sabrás»

El momento oportuno pensaba Mary una y otra vez, ¿Pero qué momento oportuno? ¿Y por qué debía esperar para saberlo? Mary se ponía de mal

humor cuando pensaba en ello. Sus primas tampoco entendían porque su padre había actuado de aquel modo, y comenzaron a apoyarla.

Malcom hacía lo imposible por coincidir con ella cada vez que tenía ocasión; conocía las horas en que sus hermanas iban a dar un paseo o hacían las compras en el mercadillo de la ciudad, pero no podía ausentarse constantemente del astillero, tan solo algunos días cuando había menos trabajo y tenía permiso para almorzar en la taberna Malcom charlaba con ella frente al mercadillo mientras comía un poco de pan y fiambre.

—Me encantaría visitar Roma algún día —le confesó Mary mientras recorrían los puestos de abalorios de Momsen street—. Conocer los lugares santos, y las iglesias donde los primeros cristianos rezaban y combatían por su fe.

Mary se sorprendió de la vehemencia con que los vendedores de Aberdeen vendían sus productos, estaba acostumbrada a la tranquilidad que reinaba en los mercadillos de las tierras altas.

—Yo siempre quise visitar Tierra santa —reconoció Malcom—. Luchar junto a los cruzados para recuperar Jerusalén. Pero el hijo de un mercader jamás podrá ser un caballero.

Mary sonrió, aunque pensó que no necesitaba ser un hombre de armas para ser un caballero.

Malcom Daglish era el ojo derecho de su padre, ser el único varón le había conferido tal estatus en la familia, era la envidia de sus hermanas, sobre todo de Susanne. Malcom tenía grandes dotes artísticas, desde pequeño lo que más le atraía eran los trabajos manuales; cuando no era en la calle jugando con el barro y la arcilla, lo era en el interior de casa labrando pequeñas piezas de madera que convertía en sus juguetes preferidos. Sus hermanas estaban contentas ya que la mayor parte de las muñecas de la casa eran obra de su propio hermano.

Con el paso del tiempo aquel entretenimiento se convirtió en un problema, su padre no pudo hacer nada para cambiar los designios de su futuro; lo intentó todo: desde no comprar más madera a quitarle los utensilios de carpintería, pero Malcom seguía convencido de que su gran sueño era ser carpintero. Archibald esperaba que fuera un rico comerciante de lana y se sintió defraudado, pero dado el talento que tenía para modelar figuras admitió que aquella era su verdadera vocación.

Malcom había tenido parejas en Aberdeen, era un chico alto y fuerte que no

tenía problemas para entablar relaciones, sobre todo teniendo en cuenta que su padre era uno de los más ricos mercaderes de lana de la ciudad. Sin embargo, llevaba algo más de un año sin tener una relación, su primera conquista fue Wendy Mc Callahan, la hija de un tintorero de las afueras de la ciudad con la que se besaba en la playa cada vez que podía escaparse de la férrea vigilancia de sus progenitores; pero la cosa no fue a más, cuando sus padres se enteraron supieron que aquello era tan solo una distracción, el hijo de un mercader jamás se casaría con la hija de un tintorero. Los gremios se preocupaban de que los oficios estuvieran bien diferenciados en aquella ciudad, y cada uno sabía a que estrato social pertenecía, aunque siempre existían excepciones, y a Malcom todo aquello no le importaba.

Su segundo amor fue Jenny Hillroy la hija del zapatero con mayor reputación de la ciudad, confeccionaba zapatos de piel para las damas de la burguesía y de la alta sociedad como la condesa de Fairchild que realizaba importantes pedidos en el mercado de la ciudad. Sin embargo, pasado unos años la chica se mudó a Glasgow, fue un duro golpe para Malcom que seguía esperando el amor de su vida.

Por las noches era el otro momento del día en el que ambos coincidían en el comedor principal, su tía Anne y su hermana Charlotte pasaban el día confeccionado bordados, mientras Susanne y Mary jugaban una partida de ajedrez en un espléndido tablero lacado que su padre había adquirido a un mercader genovés.

Cuando Susanne no tenía más ganas de jugar, Malcom ocupaba su puesto, al principio se empleaba a fondo para demostrar su valía, pero algunas veces se dejaba perder para ver una sonrisa en el rostro de Mary.

Un día los movimientos de Malcom fueron tan evidentes que Mary se dio cuenta de su estrategia y comprendió lo que estaba ocurriendo, aunque prefirió no decir nada y comenzó a perder interés por las partidas.

Aquello la llevó a pensar los motivos que tenía su primo para hacerlo, siempre estaba solícito a ayudarla con cualquier contratiempo que se presentara. En un principio pensó que aquello formaba parte de la bienvenida que su familia le había hecho a la ciudad; pero a partir de aquel día comenzó a sospechar que quizás había algo más.

No se le había pasado por la cabeza comenzar una nueva relación, en su mente tan solo continuaba existiendo Ryan.

En realidad a quien de verdad echaba de menos era a sus abuelos, habían

sido como unos padres para ella, y aunque sabía que cuando se marchara al castillo de los McAllyster los vería en contadas ocasiones, al menos estarían cerca y esperaba poder verlos a menudo. Sin embargo, Aberdeen estaba a varias jornadas a caballo de las Highlands y su padre no la dejaría ir a visitarlos. Tampoco comprendía porque no se habían dirigido la palabra, su abuela se había desmayado al verlo, y solo su abuelo le había hecho un gesto de conformidad cuando su padre se la llevó.

Mary echaba de menos las caricias de su abuela, y el cariño que le había demostrado durante años, en realidad no solo había perdido a su prometido, sino también a su verdadera madre, a su abuelo también lo quería, pero no era lo mismo, tan solo lo veía por las noches cuando terminaba sus duras jornadas de trabajo; aunque a veces le ayudaba con la cosecha.

Una mañana de domingo tras salir de la misa de a diez Malcom se acercó a Mary y le preguntó si quería almorzar con él en la nueva posada que habían abierto en Rondon Place; no era la típica taberna a la que solo iban hombres a jugar a los dados, los domingos se reunían las familias para comer.

A Mary le sorprendió aquella invitación, no era extraño que las familias fueran a almorzar a una posada, pero en aquella ocasión sus primas no podían acudir porque se hallaban en cama con un gran constipado, por lo que Malcom aprovechó el momento, sabía que no se le volvería a presentar una ocasión igual.

Alan se encontraba en Flandes tratando con varios mercaderes italianos los envíos de lana y seda de aquella temporada. Cuando los mercaderes de lana de Flandes vendían sus fardos a igual o menor precio que los ingleses, los mercaderes escoceses preferían comprar el género fuera de Inglaterra, ningún escocés perdonaba al rey Eduardo que hubiera invadido el país.

Mary aceptó el ofrecimiento aunque era consciente de que podía llevar una doble intención, pero no le apetecía pasar un domingo cuidando de sus primas, su madre lo haría y no necesitarían su ayuda.

—¿Qué te apetece tomar? —le preguntó Malcom mientras ambos se sentaban en una larga bancada de madera junto a la ventana que había frente al castillo de Falcade.

—Una sidra estaría bien.

—¿No te gusta la cerveza?

—A veces la tomo, pero la encuentro amarga. Prefiero algo más dulce como el vino o la sidra.

—En ese caso yo también pediré sidra. Acompañara bien el asado.

El posadero les trajo una bandeja con carnes de caza y dos vasos de sidra que ambos degustaron bajo el incesante murmullo de la taberna.

—Fue una sorpresa descubrir que tenía una prima de mi misma edad —le explicó Malcom—. Mi padre nos hablaba de cuando jugaba con el vuestro, pero siempre pensamos que había muerto en la lucha con los sarracenos.

—Pues imagínate cuando apareció el día de mi boda —respondió Mary encogiéndose de hombros—. No recuerdo que mis abuelos hablaran nunca de él.

A Malcom le cambió el rictus de la cara cuando escuchó hablar de su boda, sabía que no la podía olvidar, y aquello le enojaba profundamente.

Mary se dio cuenta de que algo no iba bien, no era su intención faltarle al respeto. Aceptó su invitación porque había pasado más de un mes desde que los McAllyster le dijeron que vendrían a buscarla y no lo habían hecho; y aunque continuaba enamorada de Ryan debería pensar en una nueva vida sino regresaban a buscarla.

Fue ella la que retomó la conversación.

—El otro día tu hermana Charlotte me enseñó las tallas de madera que realizabas de pequeño —respondió Mary que escudriñaba su plato de carne aderezado con especias, jamás había probado nada parecido. En los puertos llegaban productos traídos desde Oriente, que eran desconocidos para los habitantes de las Highlands.

Malcom se sonrojó un poco, no sabía si su prima lo encontraría demasiado infantil.

—Son magníficas —reconoció—. Si pudieras realizar una de mayor tamaño la podríamos pintar y exponer como reclamo en la puerta de la tienda.

—¿Te refieres a pintarla como la talla de una virgen?

Ella asintió con la cabeza.

—Ya sé que no eres escultor, pero estoy convencida de que podrías hacerlo —le aseguró y a Malcom se le iluminó la cara—. Podríamos comprar la pintura en el monasterio y esculpir un par de leones alados.

—¡Leones alados! —exclamó Malcom perplejo.

—Mi padre me explicó que adornan la plaza de San Marcos. No tienen que ser tan grandes como ellos, si tuvieran entre metro y metro y medio serían perfectos.

A Malcom le encantó la idea pensó que unas tallas de madera serían un gran reclamo para la tienda. Le encantaba la creatividad de Mary, acababa de llegar a la ciudad y ya quería transformarla a su antojo. Pero lo que más le

agradaba es que estuviera tan interesada por el proyecto de su padre, quizás se adaptara a vivir en la ciudad y olvidara por completo las Highlands.

—Sería un placer labrar una talla de ese tamaño. Nadie me había propuesto algo tan maravilloso.

—Pues acostúmbrate. Tu prima suele tener esas ideas —afirmó Mary dando una carcajada—. Tan solo necesito que me cuenten un par de historias para que vuele mi imaginación.

—¿Conoces la leyenda de Elaine, la bella dama de la isla de Shalott?

Mary negó con la cabeza, le sonaba vagamente aquel nombre, quizás alguien lo hubiese mencionado alguna vez, pero no recordaba la historia.

—En las leyendas artúricas Elaine estaba cautiva en la torre de un castillo —le explicó Malcom—. Formaba parte de un hechizo por el que solo podía contemplar el mundo a través de un espejo.

—¿Y por qué estaba cautiva?

—Fue hechizada por un gran mago —contestó Malcom—. Confinada en su prisión de reflejos se limitaba a observar el paso del tiempo tejiendo tapices. Se cuenta que uno de esos tapices se encuentra en el castillo de Shiring.

—Podríamos ir a visitarlo —respondió Mary entusiasmada con el relato.

—Ahora está en poder de los ingleses y el conde receloso de que alguien se lo robe no deja que nadie se acerque ni siquiera para observarlo.

—Pero ¿quién fue la dama en realidad?

—La leyenda ha sufrido múltiples interpretaciones. Algunos piensan que fue un hada cautiva, otros que era una bella doncella encantada, y la mayoría que fue una dama prisionera de algún mago.

Mary asintió con la cabeza.

—Un día el espejo se rompió y anuncio su final. A la semana siguiente Elaine acudió al gran torneo que se disputaba en Astolat. Sir Lancelot el más valeroso caballero del rey Arturo participo de incognito en el torneo. Ella quedó prendada de amor nada más verle, y le regaló una prenda para el torneo. En el último combate el resultado herido, y durante el tiempo que estuvo enfermo ella lo cuidó.

Al oírlo Mary suspiró profundamente siempre había soñado con un amor parecido.

—Sin embargo, él no le correspondió. En el tiempo que permaneció convaleciente le reconoció su amor por Ginebra, la esposa del rey Arturo —dijo Malcom poniéndole énfasis—. Diez días después de que Lancelot volviera a Camelot Elaine se suicidó. Su familia colocó el cuerpo en una

barcaza en el río Támesis, con un lirio en la mano y una carta en la otra. La barcaza surco el río hasta llegar a Camelot donde encontraron el cuerpo, y Lancelot conmovido por la historia organizó un gran funeral en su honor.

—¿Por qué todas las historias de amor son tan tristes? Arturo y Ginebra. Elanie y Lancelot.

—Quizás porque trata de amores inalcanzables.

Mary pensó que su amor por Ryan se asemejaba a alguna de aquellas leyendas medievales. Estaba furiosa porque no había vuelto a tener noticias suyas desde hacía más de un mes.

Aquel día recordó lo que siempre le contaba su abuelo de Ryan:

«No me gustó cuando le vi»

Cuando finalizaron el almuerzo dieron un paseo por la playa, a Mary le encantaba el olor a salitre y el rugir de las olas golpeando sobre la orilla.

Malcom le dijo que su propósito era llegar a ser primer oficial entre los constructores de barcos, aunque de momento tan solo era aprendiz y le faltaban un par de años para conseguir el título de maestro.

Al caer la tarde regresaron y se despidieron a las puertas de su casa.

—¿Te gustaría jugar una partida de ajedrez?

Mary negó con la cabeza.

—Es tarde y necesito descansar. Mañana a primera hora tengo que elaborar el inventario del último pedido de mi padre.

—De acuerdo —contestó Malcom—. Ha sido un día genial.

—Para mí también lo ha sido —reconoció Mary.

Malcom se acercó para besarla, pero ella retiró la cara de inmediato.

—No estaría bien —respondió Mary incomodada por la situación.

Malcom asintió con la cabeza y se fue cabizbajo.

Al día siguiente Mary pasó a recoger a su prima pequeña Charlotte y ambas fueron a dar un paseo por la ciudad.

Charlotte Daghish era una niña feliz, que fuera la última en nacer supuso que fuera la niña mimada de la familia, en realidad nadie esperaba su nacimiento, le llevaba doce años a su hermano Malcom y catorce a su hermana Susanne. De sonrisa infinita, su único propósito era jugar, siempre estaba metida en charcos y peleando con los chicos. Su madre le recriminaba que su comportamiento no era propio de una señorita, a cambio la ayudaba al llegar la noche en las labores del hogar, se probaba todos los vestidos que su madre confeccionaba para el monasterio. Sus padres la llevaban a misa los

domingos, y curiosamente demostraba un fervor por los santos que ninguno de sus hermanos había heredado, aquello hizo plantearse a sus progenitores que quizás su camino estuviera en el recogimiento de un convento, pero aun era muy pequeña para saber a dónde llegaría el fervor de aquella niña adorable.

Capítulo VIII

Aquella mañana Alan Daglish puso en marcha el plan que llevaba elaborando durante tantos años en el exilio. En primer lugar barajó diversas posibilidades para encontrar una ubicación para su nuevo establecimiento, debía ser un lugar que fuera visible para todos; aunque la ciudad estaba en plena expansión, el centro histórico continuaba siendo de reducidas dimensiones.

La casa de sus padres era un buen lugar, se había quedado un tanto anticuada y necesitaba de una buena reforma, sin embargo, su ubicación era perfecta, estaba situada en la calle principal que daba acceso a la catedral, los feligreses pasarían por la tienda a la salida de los actos religiosos. En segundo lugar el puerto quedaba a un par de calles, por lo que el transporte de la mercancía en carros no constituiría ningún problema. La idea de Alan era importar grandes fardos de tela procedentes de Flandes y necesitaba que el transporte fuese lo más corto posible.

A ello se añadía que una remodelación sería menos costosa que encontrar un nuevo local, y el dinero restante lo utilizaría para comprar género, aunque su idea inicial era la seda, tampoco se cerraba a otros productos si eran de buena calidad. Su proyecto era repartirse el mercado: Archibald se dedicaría a la lana y el a la seda.

Finalmente Alan se decidió por reformar la casa, tuvieron que limpiar de paja y excrementos el recinto que en los últimos años se había utilizado como establo. Los carpinteros se pusieron mano a la obra, había un par de vigas que necesitaban ser apuntaladas y la humedad había afectado a la infraestructura durante el tiempo que permaneció cerrada.

Alan había visto tiendas en París pintadas con vivos colores donde el género se presentaba enrollado en diversas baldas de una forma más atractiva para los clientes, por lo que mandó construir un nuevo modelo en Aberdeen. Pero la idea de Alan llegaba aun mas lejos pretendía que en su tienda se vendiera el género acabado; para ello contrató a un par de costureras que hicieran realidad los sueños de los clientes, hasta entonces las amas de casa compraban el género y lo elaboraban ellas mismas. Aquello encarecería el precio, pero pretendía captar a clientes de toda condición social, los que no pudieran permitírselo comprarían el género a la manera tradicional.

A pesar de que el proyecto parecía ir para largo, las obras se acabaron en un par de meses. Entonces llegó el momento más difícil. Alan, debía convencer a Mary de que regentara el negocio en su ausencia.

Una tarde la llamó a solas.

—Como ves los trabajos de remodelación están muy avanzados —dijo mientras caminaban por la nueva tienda —, y llevo varias semanas dando vueltas a un asunto.

—¿De qué se trata padre? —respondió Mary sumisa, parecía que había cambiado desde que llegó a Aberdeen, aunque su padre no sospechaba que continuaba viéndose a escondidas con los Mc Allyster.

—Necesito una persona que regente la tienda durante mis ausencias. He barajado diferentes posibilidades y estoy convencido de que la persona ideal para el puesto sería una mujer.

Ambos salieron al patio mientras los carpinteros acababan las molduras, el sonido de los martillazos retumbaba en sus oídos.

—Pero padre la mayoría de los negocios están regentados por hombres.

Alan asintió.

—En mis viajes he visto de todo —contestó—, viajar abre la mente de las personas. En muchos lugares de Francia he encontrado negocios a cuyo frente había una mujer y funcionaban mejor que con un hombre. Además la mayor parte de la clientela será femenina. Si tú fueras una clienta ¿quién preferirías que te atendiera?

—Una mujer, por supuesto. Pero no comprendo ¿adónde pretende llegar?

—¿Estás segura? —preguntó con una mirada de complicidad—. A mi me gustaría que esa persona fueses tú.

Al contrario de lo que su padre creía Mary se quedó perpleja, nunca creyó que hubiese pensado en ella.

—Yo no tengo experiencia y nunca he vendido nada.

—Todo se aprende. Estoy convencido de que en pocas semanas serás la mejor vendedora de Aberdeen. Necesito a alguien que sea de mi confianza.

Mary estaba realmente impresionada por la confianza que su padre depositaba en ella. A pesar de las peleas comenzó a pensar que su padre realmente la quería. Aquello la hizo sentirse culpable, ya que pretendía escaparse de casa en cualquier momento.

—Y bien, Mary ¿Necesitas tiempo para pensarlo?

—No padre, siempre he querido confeccionar tejidos, y me gustaría ayudarte en tu negocio.

Malcom escuchó el final de la conversación y se le dibujó una sonrisa en la cara. Desde que conoció a Mary solo pensaba en ella, jamás había experimentado aquella sensación, durante el trabajo en los astilleros parecía como si estuviese ausente, no podía quitársela de la cabeza; pero tampoco sabía cómo acercarse a ella, había estado a punto de casarse y desconocía si seguía enamorada.

Sea como fuere por su mente solo pasaba un pensamiento: el momento en que ella le dijera que quería pasar el resto de la vida a su lado.

La reunión terminó, Mary se acercó a su padre y le dió un beso en la mejilla; era la primera vez que lo hacía, y Alan se quedó perplejo, fue a decir algo, pero en ese momento entro Malcom que seguía observando desde el quicio de la puerta.

—Tío Alan —le llamó—, mañana atracara en el puerto el barco de Hamburgo que estabas esperando.

—Ya era hora —respondió Alan con una mueca de felicidad—. Hacía tiempo que esperaba la llegada de un barco de la Hansa.

La liga hanseática era la que dominaba el comercio en el Baltico y en el mar del norte, era una poderosa compañía comercial que importaba y exportaba artículos a los diferentes puntos de Europa sobre todo en la zona norte: desde artículos de navegación, pasando por el cuero sueco, tejidos, lana inglesa y por supuesto especias traídas desde Oriente, estas últimas eran más difíciles de conseguir, los miembros de la hansa tenían que viajar hasta las republicas de Génova y Venecia que eran las que poseían el monopolio en Europa; además de los árabes que dominaban el sur peninsular.

Un segundo barco fletado por Alan DGLISH llegó cargado de bellas sedas de Oriente desde Flandes. Los flamencos compraban los artículos a venecianos y genoveses y desde allí lo redistribuían por el resto de Europa.

La inauguración de la tienda fue todo un éxito, se corrió la voz en la ciudad de que los DGLISH traerían el género que estaba de moda en el continente y el día de la apertura había una cola que recorría un par de manzanas.

Debido a su excesiva delgadez Mary lucía como nadie uno de los vestidos que había confeccionado para la inauguración. Era un salla de color rojo burdeos con un cuello que realzaba aun mas su figura. La idea de Alan de colocarla al frente del negocio fue todo un éxito, Mary no solo era una avispada comerciante que derrochaba simpatía, también servía como modelo para lucir sus vestidos.

En estantes de diferentes tamaños rebosaban rollos de tela de los más diversos colores, en su mayor parte de seda de la mejor calidad, pero también lana procedente de Winchester, en el sur de Inglaterra.

Al resto de comerciantes no le sentó nada bien el éxito. El señor Mc Millan y el consejo gremial que presidía esperaban que solo fuera una moda pasajera del que abre un negocio y es la novedad. Sin embargo, en las siguientes semanas se demostró que se equivocaban, la noticia llegó a las poblaciones cercanas y viajaron compradores de las ciudades más próximas.

A partir de ese momento los gremios enarbolaron la bandera de guerra contra el negocio de los Darglish, lo consideraban una competencia desleal a la que había que eliminar.

Capítulo IX

Una tarde Mary y su prima visitaron la feria que trimestralmente se celebraba en la calle principal de Aberdeen. Había puestos de todo tipo, la mayoría eran campesinos que llegaban a vender sus excedentes de producción a la ciudad: sal, cerveza, miel, lana, cereales, perfumes, especias y tintes, manufacturas de tejidos, objetos de metal y de cerámica, zapatos, y pescado de Escandinavia.

La liga Hanseática dirigía el tráfico de productos de la ciudad. Había consolidado un importante comercio de trigo, madera y pieles que en Flandes se reunía en la ciudad de Amberes, su principal puerto de almacenaje y redistribución. En el mar del norte los comerciantes alemanes habían organizado una red de casas comerciales que compraban y vendían productos desde Inglaterra hasta Rusia.

A las ferias comerciales acudían también titiriteros y juglares, que añadían a la celebración un carácter festivo.

En las ferias se utilizaban moneda de oro y plata, pero también existían banqueros que cobraban intereses por los préstamos, aceptaban velar por los ahorros, abrían libros de cuenta y efectuaban transferencias monetarias para sus clientes.

Se habían hecho muy populares las letras de cambio, con ellas se podía comprar en una feria y pagar más tarde en su lugar de origen, gracias a ello los comerciantes no llevaban encima grandes sumas de dinero expuestas a bandidos y rateros. Las letras de cambio no sólo eran empleadas por comerciantes sino también por otros viajeros, con el mismo fin que los modernos cheques de viaje.

En uno de los puestos un niño que debía de ser poco más mayor que Charlotte observó como a uno de los clientes se le caía una moneda del bolsillo cuando pagaba. La moneda cayó sobre el embarrado suelo mientras la gente paseaba por la calle sin darse cuenta.

Jamie jamás había poseído nada de valor y vio la ocasión como una oportunidad única; no sabía que podía comprar con ella, pero sin lugar a dudas la quería a toda costa.

En unos segundos habían pasado tantas personas por encima que de la moneda recubierta de barro tan solo se distinguía un diminuto canto. Jamie

pasó por delante del puesto hasta que llegó a la altura de la moneda, se agachó como si se atara el cordón de los zapatos y la cogió con suma rapidez, miró hacia ambos lados por si alguien le había visto y retrocedió lentamente hacia el puesto.

En ese instante una mano tan grande como su cabeza lo detuvo en el acto, el niño trago saliva pensando que sería el dueño que andaba buscando la moneda. La sangre no le corría por las venas, dio media vuelta lentamente y alzó la mirada, uno de los guardias del castillo le miraba con cara de pocos amigos.

—Devuelve la moneda ahora mismo si no quieres que te corten la mano — le advirtió con el ceño fruncido.

Jamie solo quería desaparecer.

En un primer momento pensó en devolver la moneda, pero vio como la multitud se detenía a su altura y lo miraba fijamente, la vergüenza que sintió fue tal que le dio un punta pie al soldado y con un quiebro rápido entre sus piernas echo a correr calle abajo, mientras todos gritaban: Al ladrón.

El niño no se amedrentó y mientras decenas de manos intentaban atraparlo volcó un barril con el que tropezó uno de los soldados que le perseguían, después lanzó verduras contra otro soldado que veía como el niño se escapa en sus narices.

Mary y Charlotte se giraron al oír los gritos y vieron como se escabullía con una habilidad pasmosa, un momento después se perdía al fondo de la calle.

Jamie descubrió que el mercadillo se acababa al final de la calle y con dos rápidos saltos se encaramo a un carro y tiro fuerte de las riendas, pero cuando el dueño se le iba a echar encima descubrió que aquello no era una buena idea, el buey era lento y pesado y lo atraparían de inmediato. Saltó y llegó hasta una herrería, al refulgir del fuego se escondió tras la fragua.

Un par de guardias acudieron al lugar de los hechos y lo buscaron durante un rato, era como si la tierra se lo hubiese tragado.

De repente comenzó a jarrear como si fuese el fin del mundo. Los escoceses están acostumbrados a la lluvia, pero aquel día el aguacero fue tan brutal que los puestos se recogieron en un santiamén y la gente corrió despavorida hacia sus casas.

Jamie aprovechó la lluvia para correr a la misma par que los habitantes de la ciudad. Enfiló una de las calles paralelas al puerto y desapareció en la oscuridad de la noche casi tan rápido como la feria. En unos pocos minutos las

calles de Aberdeen quedaron completamente desiertas.

Mary y Charlotte también regresaron a casa. Alan se encontraba cerrando la tienda. Rápidamente les hizo entrar en casa y resguardarse de la lluvia.

Al llegar encendió la lumbre y ambas se acercaron al fuego para secarse los vestidos. Una vez secos, Mary fue a buscar una toalla para secar el pelo de su prima, fue entonces cuando pasó junto al almacén de la tienda, y escuchó como alguien lloraba. Entró en la habitación con una tea encendida e iluminó la cara del pequeño Jamie que echo un bolillo tiritaba de frio muerto de miedo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto Mary con cautela, sin saber si el niño resultaría peligroso.

—Llegue esta mañana con mis padres a la ciudad y me he perdido.

—Éstas empapado —dijo Mary al comprobar cómo al niño le resbalaban las gotas de lluvia por la frente —. Ven conmigo y te secare.

Jamie no sabía sin confiar en ella, tenía tanto miedo que estaba hecho un mar de dudas, pero decidió acercarse.

Mary le seco el pelo con suavidad y lo llevó hasta la sala donde estaba su prima.

Charlotte se sorprendió al ver a un niño tan mugriento lleno de barro hasta las orejas.

—Tenemos visita —le informó Mary—. Corré hacia la lumbre o cogerás una pulmonía.

Jamie hizo caso a Mary corrió hacia la hoguera y sonrió a Charlotte, comenzaba a sentirse a gusto en aquella casa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Charlotte que parecía confusa.

—Jamie —contestó y volvió a sentir miedo al decir su nombre.

—No serás un vulgar ratero ¿verdad? En Aberdeen afloran demasiados.

El negó rápidamente con la cabeza.

—Vine con mis padres a la feria. Pero cuando comenzó el aguacero todo el mundo corrió y me perdí —mintió.

—Entonces te deben estar buscando.

El niño volvió a temblar, sabía que lo entregarían a las autoridades.

—Ya no estarán en la ciudad. Somos del condado de Monroe y mis padres deben regresar al acabar la feria.

—¿Sois siervos de algún señor? —preguntó Mary.

—Mi padre dice que no tenemos la misma suerte que los de la ciudad —respondió el niño que no entendía mucho de aquellos temas.

Mary entendió a que se refería.

—Aun no comprendo cómo te perdiste —le volvió a insistir Mary.

Jamie no sabía si decir la verdad, pero recordó la cara de la multitud cuando cogía la moneda en el mercado, y decidió no contarle.

—La gente corría de un lado para otro y enseguida me encontré solo.

Mary decidió no hacer más preguntas, le invitó a sentarse en la mesa, y sirvió tres cuencos de gachas que tenía preparadas del mediodía.

El niño devoró la escudilla como si nunca hubiese comido.

Pasaron los días y nadie vino a reclamarlo, en la ciudad no había noticias de que nadie lo buscara.

En muchas ocasiones a los ladrones se les cortaba la mano. Sus padres estaban convencidos de que la guardia lo había detenido y no querían agravar la situación. Cuando regresaran a la ciudad intentarían averiguar que le había deparado el destino.

Al principio Alan acogió al niño con cierta reticencia, no le cabía ninguna duda de que era un ratero, pero con el nuevo negocio toda ayuda era bienvenida y decidió acogerlo en su seno.

Aquella semana recordó que llevaba mucho tiempo sin hacer una obra caritativa y se confesó en la iglesia; no sabía si estaba perdiendo la fe después de tantas luchas defendiendo la cruz, pero debía estar agradecido, había encontrado a su hija sana y salva y la había recuperado antes de comenzar lo que para él era el infierno en la tierra.

Capítulo X

Una mañana Susanne fue hasta la casa de Alan, aquel día era su cumpleaños y quería celebrar una gran fiesta; acababa de cumplir veinte años.

Sus padres habían llegado a un acuerdo con uno de los más ricos comerciantes del gremio para que se casara con el mayor de los Hamilton; aquella era una noticia que no esperaba, siempre había estado enamorada del hijo del panadero, Gregg Farlan, pero este nunca se decidió a pedir su mano, tan solo tonteaban en algunas fiestas que se celebraban en la ciudad, pero nunca habían llegado a nada más.

A pesar de ello Susanne estaba contenta, Robert Hamilton le sacaba casi diez años, y ya había estado casado, su esposa había muerto de unas fiebres poco antes de tener descendencia. El pobre Robert quedó sumido en una depresión de la que sus padres y amigos intentaron sacar, pero hicieron falta varios años para que se recuperara. Susanne siempre le había gustado, era una rubia de ojos azules cuyos rizos caían en cascadas sobre unas prominentes mejillas que casi siempre estaban rojas fruto de su excesiva palidez.

A la fiesta que se celebraba en casa de Archibald acudieron todos incluidos Jamie que comenzaba a ser un miembro más de la familia y por supuesto Robert que era el invitado de honor.

Aquella noche Anne había preparado un succulento cordero aderezado con tomillo e hinojo y vino blanco y salteado con verduras.

El cumpleaños transcurría entre risas y chanzas. En los postres el novio aprovechó la ocasión, sacó del bolsillo el anillo con el que se había prometido la madre de Susanne y le pidió la mano.

En aquel momento a Mary se le vino el mundo encima, no podía creer lo que veían sus ojos, el anillo con el que su prima se prometía era el mismo que su madre le había regalado poco antes de morir.

Aquello la dejó perpleja, como podía tener su prima la desfachatez de restregarle delante de las narices un anillo al que tenía tanto cariño; recordaba habérselo enseñado como un voto de confianza a su amistad poco después de llegar a Aberdeen. Lo tenía guardado en el fondo del arcón de su habitación.

Mary estuvo a punto de desatar su ira delante de los presentes, pero decidió que su venganza se sirviese en plato frío. Si era guerra lo que su prima quería guerra iba a tener, la boda no se celebraría hasta dentro de tres meses y durante ese tiempo decidiría como solventar el problema.

Un par de semanas más tarde Mary fue a buscar un metro que le había confeccionado el carpintero para tomar la medida de los tejidos. Al cruzar la embarrada calle vio como su prima se dirigía con su prometido a la iglesia en aquel lluvioso día de Pentecostes. Se acercó a ella y la besó intentando no aparentar la rabia que sentía en su interior. Durante el encuentro se dio cuenta de que aquella mañana no llevaba puesto el anillo que debía recuperar; aquello fue como una señal divina, si Susanne había dejado el anillo en su habitación no encontraría un mejor momento para recuperarlo.

Regresó a casa y recogió un pequeño jersey de lana que había estado confeccionado durante días para su prima Charlotte. Ambas compartían habitación en la casa de su tío y cruzó la calle hasta su domicilio.

Su tía la recibió con alegría y le dijo que su prima estaba jugando en la habitación, Mary subió las escaleras dispuesta a recuperar lo que era suyo. Encontró a la niña jugando con unas figuras de madera y la llamó.

—Charlotte, ya tengo terminado el jersey de lana blanca que te prometí.

La niña corrió impaciente a probárselo.

—Toma —le dijo entregándole el jersey—. Corré detrás de las cortinas y piensa que falda combinara mejor con este color. Pero no salgas hasta que estés convencida.

Charlotte asintió y buscó en el baúl que compartía con su hermana entre varios modelos.

Mary sabía perfectamente donde estaba el joyero de Susanne y estaba convencida de que el anillo se encontraría en su interior. Tan solo necesitaba mantener distraída a su prima durante unos instantes y la joya volvería a su poder.

La niña se probó un par de faldas junto al jersey blanco, mientras Mary abría la caja y cogía el anillo que había pertenecido a su madre.

Se lo guardó en el interior del vestido y esperó a que Charlotte terminara de probarse el jersey.

—¿Qué te parece esta falda? —preguntó Charlotte mientras sus ojos resplandecían de felicidad.

—Es perfecta. Vayamos a dar un paseo para que puedan admirar tu nuevo jersey —le propuso Mary.

—Nada me gustaría más —corrió hacia Mary y la abrazó. —Siempre eres tan buena conmigo.

Mary sonrió, le gustaba Charlotte, aunque esperaba que aquel incidente del

anillo no cambiara la relación entre sus primas.

Aquella misma mañana tras regresar de la misa Susanne comprobó que le faltaba el anillo del joyero. Su enfado fue tan colosal que rompió una silla mientras su madre la veía llorar como cuando era pequeña.

Sus padres comenzaron a especular quien había podido robar el anillo. En un principio sospecharon de algún ladrón que había entrado en casa, sin embargo, resultaba extraño que a su madre que poseía un ajuar mayor no le hubieran robado nada. Luego pensaron en la sirvienta, pero Gertrud llevaba tantos años en la familia y nunca había desaparecido nada que aquella opción era poco probable.

Por último sospecharon de su propia familia, Archibald sabía que su hermano era incapaz de hacer algo semejante, pero no conocían a su amigo Jofrey y muy poco a Mary. Para complicarlo aun mas, estaba el pequeño Jamie, en un primer momento muchas acusaciones cayeron en su persona, aunque después de bañarlo y comprarle ropa nueva había recuperado un aspecto decente.

Alan prometió a Archibald que interrogaría a Jamie y que buscaría ente sus enseres; si el chico había robado el anillo sería castigado y expulsado de su casa.

Aquella noche mientras el niño estaba fuera Alan estuvo buscando en su habitación, en realidad el niño no poseía nada, en su cajón estaba guardada la ropa que le habían comprado. Tras buscar bien en la habitación, solo encontraron una pequeña bolsa donde había varios animales disecados, algunos taponés, un diente que se le había caído recientemente y una moneda de cobre.

Aquella noche Alan lo sometió a un interrogatorio cuando llegó a casa.

—Yo nunca he robado nada señor Darglish —dijo mientras comenzaba a gimotear.

—¿Y ésta moneda que hay entre tus pertenencias de donde la has sacado?

—Fue el día en que me encontró la señorita Mary. Yo estaba con mi familia en uno de los puestos del mercadillo y vi como una moneda se le caía a un tipo de la mano. Espere durante un buen rato, pero nadie la cogía, entonces me agaché y la guardé —respondió secándose las lágrimas con la manga—. En ese momento un soldado de la guardia con cara de pocos amigos se fijo en el brillo de la moneda e intento quitármela, pero hui hasta su casa.

—¿Y por qué no lo has contado antes? —esgrimió Mary muy enfadada.

—No quiero que me corten la mano —respondió elevando un poco el tono de voz.

Mary reprimió su enfado y acabó abrazando a Jamie que estaba muerto de miedo.

—No podemos entregarlo por una moneda, padre.

—No lo haremos, pero se lo devolveremos a su familia. Debe existir una madre que añore a su hijo.

—¿Y por qué nadie lo ha reclamado? —preguntó Mary indignada.

—Los campesinos no quieren problemas con las autoridades. Lo buscaran cuando el asunto se haya olvidado.

—Entonces debemos devolverlo a casa cuanto antes —contestó ella con resignación, le había cogido mucho cariño al chico.

El niño volvió a llorar jamás había vivido tan bien en su vida.

—¿Estás seguro de que no has visto ningún anillo? —le volvió a preguntar Alan.

El niño negó con la cabeza.

Mary mantenía la calma, sabía que nadie la registraría, y si alguien se atrevía a insinuar algo contaría toda la verdad; en realidad el anillo se lo habían robado a ella.

Pasadas unas semanas no hubo forma de encontrar el anillo y como el enlace se acercaba su prometido Robert tuvo que comprarle uno nuevo.

La semana antes de la boda, mientras Mary llevaba a cabo la limpieza de su habitación del refajo de su vestido cayó un anillo.

Se agachó a recogerlo y se llevó una enorme sorpresa; era el anillo que le había regalado su madre.

Cogió el anillo y fue hasta la pequeña bolsa donde guardaba el que le había robado a su prima, sacó el otro anillo y los comparó frente a la luz que entraba por la ventana. Entonces descubrió que eran prácticamente idénticos, ambos tenían engarzada una piedra con la flor de lis. La única diferencia era el tamaño, el de su prima era un poco más ancho y no cabía bien en el dedo.

Mary se dio cuenta de su error, y decidió que debía arreglar el entuerto, al día siguiente era domingo, todos sin excepción irían a misa, pero Mary fingió sentirse indispuesta y no acudió a la vigilia.

Cuando todos estaban dentro de la iglesia Mary aprovechó la ocasión para entrar en casa de sus tíos dispuesta a devolver el anillo que tanto se parecía al de su madre; si lo conseguía nadie sospecharía de ella.

A media mañana Susanne comenzó a sentir náuseas mientras el reverendo oficiaba el sermón.

—¿Qué ocurre cariño? —le preguntó su madre.

—No lo sé, mamá. No me encuentro demasiado bien. Podríamos regresar a casa.

Anne habló con su marido en voz baja y le explicó la situación intentado hacer el menor ruido posible. Se levantaron de la bancada y abandonaron el recinto sin que nadie se diese cuenta.

Casi nadie se percató salvo el padre Doherty a quien no le hizo ninguna gracia que Susanne abandonara la vigilia a una semana de la boda.

Mary entró en la casa por la parte trasera, la puerta del establo casi siempre estaba abierta. En Aberdeen no se producían demasiados hurtos, de ahí que el robo del anillo fuera una incógnita.

Subió por la escalera interior que daba acceso a la segunda planta y abrió la puerta de la habitación de Susanne, estuvo buscando durante un rato el joyero donde guardaba las joyas, pero el joyero había desaparecido. Susanne había ideado un nuevo sistema de guardar sus joyas para que nadie volviera a robar. En ese instante tuvo una idea, depositaría el anillo junto a una de las patas de la cama, como si se hubiese caído y hubiera ido a parar allí.

Justo cuando se disponía a colocar el anillo, se abrió la puerta de par en par, la cara de sorpresa de ambas primas fue de órdago. Era difícil discernir quien estaba más impactada, si Mary porque la habían pillado infraganti o su prima de verla a hurtadillas en su habitación.

Su madre entró justo detrás de Susanne.

—¿Qué haces aquí? —exclamó elevando el tono de voz.

—He venido a recoger el jersey de Charlotte. El cuello es tan estrecho que se ahoga cuando lo lleva puesto.

Susanne no respondió nada, no creía ni la más mínima palabra. Se fijó en que Mary se acababa de levantar del suelo y rodeó la habitación hasta colocarse en el otro extremo, desde allí vio como algo resplandecía.

Se agachó y cogió el anillo.

—¿Es esto lo que has venido a devolver? —le preguntó a bocajarro.

—No sé de qué me estás hablando —contestó con indiferencia—. No lo había visto en mi vida.

—No te hagas la boba, Mary —le espetó Anne—. Fuiste tú la que robaste el anillo ¿que has hecho con él durante todo este tiempo? ¿Lo has empeñado

en algún prestamista? Esos usureros judíos se quedan con todo el oro escocés.

—Este anillo es igual al que me regalo mi madre, y pensé que era mío —se defendió Mary.

—No digas tonterías —respondió Susanne—. Nadie creería tal patraña de mentiras.

—Ahora comprendo porque tu padre posee tanto dinero para comprar seda y mercancía en Europa —intervinó su madre—. Ambos sois unos ladrones. Mi pobre Archie lamentara conocer la verdad sobre su hermano.

—Dejad que os lo explique todo. Puedo demostrarlo.

—Lárgate de aquí —dijo Susanne—. No queremos volver a verte en esta casa.

Mary agachó la cabeza y se marchó avergonzada, jamás había robado nada y nunca pensó que la acusarían de ello.

Aquella noche su padre la esperaba en casa con cara de pocos amigos. Mary le contó la verdad desde el principio, y le enseñó el anillo que su madre le había regalado.

—Te aseguro que son idénticos, tan solo el suyo es un poco más ancho —se defendió—. Es lo único que poseo de mi madre y creí que me lo habían robado. Mi única obsesión era recuperarlo.

Alan miraba el anillo como si le fuese la vida en ello, en un primer momento no creyó la historia, pero después recordó que fue él quien le había comprado el anillo a su mujer en Aberdeen. En aquella época había pocos orfebres en la ciudad, y cayó en la cuenta de que ambos anillos habían sido diseñados por el mismo maestro artesano.

—Te creo cariño —dijo tras permanecer un rato en silencio—. Creo que ambos anillos fueron comprados al mismo orfebre y por ello son casi idénticos.

Se acercó a ella y la abrazó, era la primera vez que lo hacía y ambos se sintieron regocijados.

—¿Se lo explicarás todo a Susanne y tía Anne? —preguntó Mary—. Creo que en este momento me odian.

—Las aguas andan un poco revueltas en estos instantes. Lo mejor será que acompañes a Jamie de vuelta a casa —le aconsejó su padre—, mientras tanto hablare tranquilamente con mi hermano. Al principio no querrá escucharme, pero tiene buen corazón. Si le demuestro que ambos anillos son iguales te perdonara.

Capítulo XI

Mary salió de Aberdeen acompañada por Jofrey y Jamie después de sonsacarle toda la información que fue posible. El niño era tan pequeño que no conocía el nombre de su aldea, era la primera vez que salía de allí, tan solo sabía que pertenecía al condado de Monroe.

Jamie echaba de menos a sus padres, y jugar todas las tardes con sus hermanos, aunque uno de ellos ya había empezado a trabajar con su padre en las labores agrícolas y solo lo veía cuando el sol desaparecía. Padre e hijo llegaban a casa agotados y tan solo permanecían en el comedor el tiempo suficiente para que su madre les sirviera un plato de gachas aguadas.

Después de mucho preguntar entre diferentes comerciantes del mercadillo Mary pudo averiguar que era una aldea cercana a Monroe.

A Jofrey no le agradaba aquel viaje, tenía que proteger a Mary y a un niño pequeño y los caminos estaban infectados de bandidos, si había algún problema debería arreglárselas solo para defenderse de los asaltantes.

Mary había cogido cariño al chico, ya llevaba casi un mes con ellos y se hacía querer; era gracioso y divertido y sus travesuras casi siempre terminaban en risas entre los miembros de la casa. Había hecho buenas migas con Charlotte, su prima pequeña, que lo llevaba a jugar a la plaza de la catedral, aunque muchas veces regresaba demasiado pronto, los niños eran crueles y rechazaban jugar con un harapiento que decían que olía mal (aunque el chico comenzó a bañarse a menudo desde que vivía en la casa). Aquello obsesionaba a la tía de Mary que lo había lavado varias veces desde que llegó, pero el chico tenía un extraño olor como a turba o tierra mojada que no desaparecía.

El viaje fue más largo de lo esperado, las condiciones climatológicas no acompañaron, pasaron tres días de de frío y lluvia en la que se hospedaron en míseras posadas, mientras otras veces no tuvieron más remedio que pasar la noche al raso. A Jofrey no le agradaba aquello ya que tenía que permanecer despierto haciendo guardia durante toda la noche. El viaje se estaba haciendo interminable, pero no quería fallar a su mejor amigo que le había confiado a su hija.

Al tercer día llegaron a una zona de valles cercana a la costa noreste donde apenas se divisaban montañas, se sorprendieron mucho de aquel cambio tan

radical, ya que Jofrey pensaba que todo el terreno en Escocia era una sucesión de cordilleras.

Al fondo se contemplaba una aldea de pescadores, Jofrey bajo de su caballo mientras Mary y Jamie permanecían sentados en el carro donde llevaban algunas pertenencias para el chico y su familia. El niño les explicó que su familia era pobre, aunque no hizo falta que lo hiciera sus ropas denotaban su origen humilde.

En la aldea de pescadores le informaron que Monroe se hallaba a mediodía de allí. Jofrey enfiló el camino de la costa que se sucedía a través de una serie de escarpados acantilados dejando a su derecha un frondoso bosque donde las aves cantaban sin parar.

Al llegar a la pequeña localidad de Monroe Jofrey explicó la historia del chico a un par de parroquianos.

—El niño puede proceder de varios lugares, pero si asegura que vive en las cercanías de Monroe lo más probable es que pertenezca a las tierras del conde de Haiborg.

—Cada vez que se celebra una feria importante el conde manda a sus campesinos para que vendan sus productos y se queda con una parte — intervino su compañero que se inmiscuyo en la conversación.

—Tengan cuidado —le advirtió el primero—. El conde es un tipo violento y celoso de sus pertenencias. Yo de ustedes soltaría al niño en las proximidades, ya se encargara de encontrar a su madre.

A Mary no le gustó aquel comentario, no pensaba soltar al chico en medio del campo para que volviera a perderse, le remordería la conciencia y no podría dormir sin saber si había llegado a salvo.

A Jofrey le preocupaba que el conde pensara que se habían quedado con el niño sin permiso; pero ya no había marcha atrás llevarían al niño con sus padres y volverían a Aberdeen lo antes posible.

El grupo decidió pasar allí la noche y partir a primera hora de la mañana hacia las tierras del conde.

Aquella noche Jofrey fue a tomar una cerveza a la taberna de las Cuatro Anguilas mientras Mary y el niño se quedaban jugando en la habitación.

Tras un par de jarras trabó amistad con un par de labriegos que pasaban todas las noches jugando a los dados.

—El conde de Haiborg odia pronunciar el nombre de Monroe en su presencia. Esta ciudad le perteneció hasta hace pocos años —dijo un tipo

corpulento de cara redonda que no paraba de reír—, pero el último rey escocés concedió cartas de franquicia a todos los que por su cuenta y riesgo vinieran a este burgo.

Jofrey asintió y apuró su cerveza de un trago.

—De esa forma perdió muchos siervos de su feudo. Es un tipo cruel que solo ambiciona amasar fortuna y no le importa si los campesinos malviven pasando hambre y frío.

—En Francia sucede algo parecido —explióc Jofrey—. En muchas zonas los señoríos territoriales mantienen a la población en la más estricta miseria cuando no en el hambre crónica.

Un tipo que no se mantenía en pie se cayó de la mugrienta barra, entre el dueño y su amigo lo sacaron a rastras del establecimiento.

—La situación ya no es la misma de hace años —aseguró un tipo pelirrojo bajito y narigudo—. En los últimos años el clima ha empeorado, y ha provocado nuevas epidemias. Las hambrunas son constantes y muchos campesinos mueren por la falta de alimentos y abandonan los campos.

—Pero lo más importante es que se ha producido un descenso de la producción y de los precios del grano —replicó su compañero—. Se ha reducido la mano de obra, y el alza de los salarios.

El tabernero al que faltaban un par de dientes y desprendía un fuerte aliento les sirvió una ronda mas de cervezas.

—Hace dos años la peste negra nos castigo con dureza y se produjo un vaciamiento demográfico —explicó el pelirrojo mientras se movía nervioso en su asiento—. El conde mejoró las condiciones laborales, incluso acudió a la ciudad ofreciendo tierras de buena calidad que siempre había guardado para él. Pero la mayoría de ciudadanos no acepto, tuvo que ir a buscar campesinos lejos de aquí.

—Intentare no quedarme mucho tiempo en sus tierras —dijo Jofrey—. Gracias por vuestros consejos, amigos —y se fue a dormir a la posada.

A la mañana siguiente atravesaron las tierras de Monroe, a media mañana llegaron a la delimitación de las tierras del conde Haiborg.

Allí vieron a los campesinos labrando sus tierras, la mayoría eran siervos del señor, pero algunos habían sido contratados como jornaleros por culpa de la falta de mano de obra.

El grupo atravesó las tierras labradas por los campesinos hasta que llegó a una amplia pradera donde se distinguía la casa señorial junto al horno, la

fragua y el molino.

—¿Podría indicarnos donde se encuentra la casa de los Wilson? —le preguntó a un jornalero.

—Esta es la reserva, el núcleo principal del señorío territorial. Aquí se encuentra la residencia del señor y los establecimientos principales del señorío (horno, molino) que todos los campesinos tenemos que utilizar obligatoriamente.

Jofrey ladeo la cabeza al escuchar sus palabras, no le gustaba las obligaciones.

—Soy un jornalero recién llegado, pero creo que el lugar que buscan esta a un par de granjas de aquí.

—Gracias amigo.

Un grupo de campesinos que labraba la tierra les indico donde estaba la granja de los Wilson. Tras atravesar una vereda llegaron a una casa que se encontraba deshabitada. El vecino que trabajaba las tierras colindantes les informo que aquel día se celebraba la asamblea jurisdiccional donde el conde impartía justicia.

El conde poseía los derechos fiscales por la circulación de productos y su venta en el mercado. El monopolio de la acuñación de monedas, pesas y medidas; el derecho a cobrar multas, derechos de posada y yantar. Además de los derechos sobre la circulación comercial, y las tasas por los intercambios en la aldea.

El niño experimentó una sensación de sentimientos encontrados mientras miraba la casa. Por un lado añoraba volver ver a sus padres y hermanos, pero el tiempo que había pasado en Aberdeen había sido el mejor de su vida.

Jamie recordó el lugar exacto donde se celebraban las asambleas vecinales, en la casa del alguacil que supervisaba el trabajo del señorío y era la mano derecha de su señor. Muchos lo temían más que al conde, al que solo veían en contadas ocasiones; sus intereses políticos y la delicada relación de sumisión a los ingleses le ausentaban a menudo de su territorio.

Cuando llegaron a la asamblea encontraron allí a más de la mitad de los campesinos que conformaban el señorío territorial; eran comunes las multas por todo tipo de faltas, muchas tenían una base fidedigna mientras otras eran inventadas por los señores para obtener más dinero.

Capítulo XII

El viernes por la tarde Alan decidió pasar por la taberna de los Dos Leones, cercana al muelle, donde acudía su hermano Archibald tras una dura jornada de trabajo.

Se encontraba junto a su hijo Malcom Darglish, lo dos sostenían en la mano una jarra de cerveza añeja con medio dedo de espuma.

Alan se abrió paso entre el gentío y se plantó en la mesa sin que su hermano se diera cuenta.

—Hay algo de lo que debemos hablar Archie.

—Ahora estoy tratando un asunto importante con mi hijo.

—Un asunto más importante que este —dijo Alan sacando el anillo de Mary.

En un primer momento Archibald pensó que su hermano le había vuelto a robar el anillo, pero recordó que su hija lo llevaba en la mano justo antes de salir.

—¿Que significa esto, Alan? —preguntó contrariado— ¿Has mandado elaborar un anillo como el de mi hija?

—No vas muy desencaminado —le respondió con una ligera sonrisa—. El de mi hija es el anillo de compromiso que compre a mi esposa poco antes de casarnos —su hermano le miró perplejo—. Tu mismo me acompañaste al orfebre a recogerlo.

Habían pasado tantos años que Archibald no se acordaba.

—¿Y qué quieres decir con ello?

—Que el orfebre diseño dos anillos idénticos —intervinó Malcom que enseguida comprendió lo que intentaba explicar su tío. Sus ojos se iluminaron al escuchar sus palabras. Había pasado una mala semana pensando que Mary había robado el anillo—. Padre, ya te dije que era imposible que Mary lo hubiese robado.

Archibald comprendió lo que estaba sucediendo, incluso le vino a la mente como Alan abandonaba la ciudad con el anillo para su esposa hace más de veinte años.

—¿Entonces todo ha sido un malentendido? —exclamó su hermano.

Alan asintió esbozando una enorme sonrisa.

Archibald se acercó a él y le dió un enorme abrazo.

—Ahora tenemos que hablar de negocios —le dijo pidiendo una ronda de cervezas para celebrarlo.

Los hermanos estaban radiantes de felicidad mientras chocaban sus jarras de cerveza, aunque el más feliz de todos era Malcom que continuaba enamorado de su prima.

En la mesa de al lado jugaban a los dados. Tres canteros berreaban los puntos de una partida mientras bebían grandes jarras de cervezas. La mayoría de las mesas estaban divididas en miembros de una misma corporación.

—Dadme un cinco daditos —gritaba un tipo corpulento de mandíbula prominente mientras soplabla los dados.

—¿Para qué le soplas? —le recrimino su compañero—. No te traerían suerte ni aunque estuviesen presentes todas las divinidades de los bosques.

—Cállate la boca cabello grasiento —respondió—, no sé como las mujeres te soportan con ese aceite que llevas en la cabeza.

El tipo lanzó los dados y uno de ellos quedó encima de la mesa en posición inclinada sin caer para uno u otro lado.

—Es un cinco —gritó con nerviosismo. Aquella noche había perdido un par de guineas y se estaba dejando la mitad del sueldo semanal.

—Es imposible saber para qué lado caerá —aseguró un tercero—. Lanza los dados otra vez.

—Tú siempre intentando joderme —agregó el primero, se levantó hecho una furia e intento meter los dados en su boca.

El otro escupió antes de tragarlos y se defendió dándole un puñetazo.

—Todos los zapateros sois iguales —le espetó devolviendo el golpe, el tipo cayó sobre la mesa de madera y la partió en dos.

El gremio de zapateros que estaba jugando una partida al fondo de la taberna acudió en su ayuda.

En un abrir y cerrar de ojos miembros de una y otra corporación se enzarzaron en una descomunal pelea, mesas y sillas volaron por los aires. Los que asistían al espectáculo intentaron apurar sus jarras antes de que alguien las derramara.

El tabernero salió de detrás del mostrador intentando imponer orden, pero una silla paso rozando su cabeza y decidió encenderse tras la barra hasta que todo pasara.

No era la primera vez ni seria la ultima que alguien formaba jarana en su establecimiento. El tumulto enseguida llegó a la calle y varios clientes salieron despedidos por la puerta principal yendo a parar al húmedo barro.

Sin que nadie se percatara de ello, un compacto grupo de soldados entro por las puertas y comenzó a dar mandobles a diestro y siniestro imponiendo orden, cuando los clientes vieron el brillo de las espadas comprendieron que la pelea había finalizado, nadie quería pasar la noche en el calabozo del castillo.

Capítulo XIII

Aquella semana Ryan McAllyster decidió visitar a Mary, ya sabía el lugar donde vivía y estaba decidido a traerla a casa aunque fuera a rastras.

Llegó a la ciudad un día gris y lluvioso donde un fuerte viento mecía las naves del embarcadero en el puerto de Aberdeen.

Tras tomar un buen vaso de whisky en una de las tabernas del muelle, decidió ir directamente a su casa.

Atravesó la calle mayor hasta la plaza que daba acceso a la catedral y preguntó a varios transeúntes que salían de sus casas donde vivía la familia de los Daglish.

Un tipo alto y delgado que trabajaba como carpintero en el aserradero le informó que había dos familias de Daglish en la ciudad: la casa donde vivían Alan y Mary y la que se hallaba justo enfrente; de lo cual dedujo que debía ser de algún pariente cercano.

Al llegar a la calle encontró al padre de Mary cerrando la puerta con llave. Luego se dirigió camino del muelle.

Ryan estaba convencido de que Mary se encontraría en el interior. Espero un buen rato agazapado en el callejón contiguo, pero como no salía nadie decidió entrar en la casa por la parte trasera. Tras buscar en cada rincón de la vivienda comprobó que allí no había nadie. Un hecho importante llamó su atención, la habitación donde dormía Mary estaba impoluta, o había abandonado la vivienda muy temprano o allí no había pasado la noche.

Cuando salió la lluvia y el viento habían remitido. Ryan se puso de nuevo en marcha, llegó a la conclusión de que no había pasado allí la noche, y aquello le enfureció bastante.

Tuvo el presagio de que Mary ya no se encontraba allí; quizás la habían enviado a aprender algún oficio a Edimburgo o incluso más lejos, en Oxford comenzaban a admitir a personal laico, y aunque la entrada de mujeres estaba vetada, no sabía hasta que punto alcanzaba la influencia de Alan Daglish. Por lo que había averiguado en aquellas semanas, había sido un caballero al servicio del rey de Francia durante la novena cruzada y un importante baluarte durante muchos años de la hermandad de los templarios, debía de andar con pies de plomo, no sabía si mantenía buenos contactos en Escocia.

Se le pasaron infinidad de ideas por la cabeza, pero finalmente decidió

probar suerte en la casa de enfrente.

—Mi nombre es Aron Mc Kenzie, señorita —mintió a la prima de Mary cuando abrió la puerta.

—¿Qué se le ofrece?

—Soy amigo de Mary desde la infancia y un familiar me informo que ahora reside en esta ciudad.

—No sé nada de esa pelan... —Susanne se contuvo por educación. Su padre aun no le había contado la verdadera razón por la que Mary le había robado el anillo.

—¿Ya no reside en la ciudad? —preguntó Ryan intentando sonsacarle información.

—La semana pasada montó en un carro con ese mugriento niño que acogieron en las calles, pero no se adonde se dirigieron.

A Ryan aquello no le importaba lo más mínimo, no conocía la historia del niño ni mucho menos de donde venía. Estuvo a punto de preguntarle de donde procedía el niño, quizás era el momento propicio para perseguirla y atraparla desprevenida.

Sin embargo, un extraño brillo desvió la atención de Ryan, era la deslumbrante joya que Susanne lucía en su mano izquierda; no tardó ni un instante en reconocer que era la misma que Mary llevaba el día de su boda y el único recuerdo que le había dejado su madre poco antes de morir.

Aquello fue como una premonición, si conseguía el anillo Mary le estaría eternamente agradecida por haberlo recuperado. El problema era como secuestrar a su prima a plena luz del día en una ciudad desconocida.

—¿No podría preguntar si alguien conoce su paradero?

—Lo lamento pero me encuentro sola en casa.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando Ryan se abalanzó sobre ella, la golpeó en la cabeza y cerró la puerta de la vivienda.

Mientras Susanne se encontraba inconsciente en el suelo, Ryan avisó a sus hombres que se encontraban esperando en los arrabales de la ciudad.

La maniataron, le taparon la boca y la encerraron en un saco. Luego la introdujeron en la parte posterior del carramato que traían desde Avimore.

Ryan espoleó los caballos y se dirigió hacia las puertas de la ciudad. El único problema era que los soldados de la guardia los detuvieron para inspeccionar el contenido del carro justo antes de atravesar las murallas de la ciudad.

Por fortuna los guardias solo prestaban atención a las mercancías que

entraban en la ciudad, solo inspeccionaban las que salían si notaban algo sospechoso.

El camino hasta las Highlands era largo y tortuoso, Ryan no había conseguido lo que buscaba, pero al menos no regresaba con las manos vacías. Estaba convencido de que Mary volvería su lado.

Por el camino Ryan apenas pronunció palabra, albergaba serias dudas de que su padre aprobara aquel secuestro, su familia estaba acostumbrada a dictar la ley en sus territorios, allí todos le obedecían; pero inmiscuirse en los asuntos de otra ciudad podría acarrearles numerosos problemas. Los Daglish podían denunciarlos ante los tribunales, y dictar una orden de búsqueda y captura por parte de su majestad; sin embargo nadie les había visto secuestrarla.

Una semana después Ryan abrió el saco donde estaba la prima de Mary en las cuadras del castillo y subió con ella hasta la estancia principal.

—¿Que traes? —preguntó su padre mientras descansaba frente a la chimenea con un vaso de whisky.

—Es la prima de Mary.

Su padre se quedó perplejo, no esperaba que Ryan fuese tan osado.

—¿Piensas casarte con ella? —quisó saber su padre.

Ryan soltó una carcajada.

—Aun no lo he decidido. Llevo varios días pensando que podríamos hacer un intercambio con Mary.

—¿Estás seguro de que aceptarían? —contestó mientras acariciaba a un mastín tendido a sus pies.

—Conozco muy bien a Mary —respondió—. Jamás dejara que una inocente pague por uno de sus actos.

—Se te olvida que quien toma las decisiones ahora es su padre.

—No, en este caso. Su hermano tendrá mucho que decir.

Su padre se quedó en silencio mirando el crepitar de la lumbre. No sabía si podían obtener algo de aquello, pero tenía serias dudas de que el plan de su hijo fuera a funcionar.

Brendan McAllyster pensaba que la única forma de solucionar aquel asunto era matar a Alan Daglish, y para conseguirlo tendrían que esperar el momento adecuado. Llevaba semanas perpetrando un plan desde el incidente de la boda.

—Algún día serás el jefe del clan y debes comenzar a tomar decisiones —dijo su padre—, si crees que esta es la manera de recuperar a tu prometida,

adelante.

—Podríamos enviar un emisario que proponga un trueque entre ambas primas.

—Y ¿después?

Ryan ladeó la cabeza desconcertado.

—La convertiré en mi esposa.

—¿Y crees que Alan Daghish se quedara de brazos cruzados? —preguntó su padre frunciendo el ceño—. Es evidente que no le conoces. Pero si realmente crees que esta es la mejor forma de recuperar a tu prometida lo haremos a tu manera.

Ryan guardó silencio, no había pensado en la venganza de los Daghish. No era de meditar sus decisiones, es de los que preferían actuar antes que valorar sus consecuencias, y lo que ansiaba en aquellos momentos era recuperar a Mary.

Cuando la noticia de que Susanne había desaparecido llegó a todos los rincones de la ciudad el sheriff de Aberdeen y los soldados de la guarnición estuvieron buscándola durante días.

Nadie había visto ni sabía nada de la desaparición de Susanne, tan solo el testimonio del carpintero a quien Ryan preguntó por los Daghish, dio una ligera pista de que un forastero buscaba a la familia en la ciudad.

Capítulo XIV

Mientras tanto Mary y el irlandés llegaron a la asamblea vecinal donde se impartía justicia.

La casa a pesar de ser una de las mayores del señorío no podía albergar a la totalidad de los campesinos. A las puertas se agolpaba el grueso de la población, los soldados imponían el orden conforme los campesinos eran llamados para presentarse frente al conde.

Cuando Jofrey y Mary accedieron al interior de la sala, se estaba juzgando a un campesino que no había pagado el derecho de hospedaje de uno de sus inquilinos.

—Milord, no hospede en mi casa a ningún viajero —se defendió—. Se trata de mi hermano que llegó a visitarme desde la aldea de Nolfork.

—Conoces de sobra las leyes —respondió el conde, sentado en una amplia silla en el centro de la sala—, y sabes que todos las personas que pasen una noche en mis dominios deben pagar el impuesto de hospedaje.

—Pensaba que nadie se percataría de ello, milord —intervinó el alguacil.

—Y lo hubiera conseguido de no ser por la cantidad de chivatos que abundan en esta comunidad —exclamó uno de los asistentes en voz baja mientras sus compañeros asentían con la cabeza.

El alguacil miró con cara de pocos amigos hacia el lugar de donde provenía el comentario pero no pudo reconocer al sujeto.

—Pagaras el hospedaje de tu hermano —sentenció el conde— y además recibirás una multa.

Las multas siempre habían sido pecuniarias, pero en los últimos tiempos se habían sustituido por un impuesto que podía ser en especies.

—Que pase el siguiente —ordenó el alguacil.

En ese momento apareció en la sala el padre de Jamie, era un tipo de rostro alargado y cara avinagrada, que no parecía haber sonreído en toda su vida.

—El siguiente es Sean Wilson, milord —informó el alguacil—. Se le acusa de no realizar las corveas pertenecientes a la pasada semana.

Las corveas eran trabajos obligatorios (a veces gratuitos) para reparar caminos o fortalezas o cualquier otro tipo de reparación que necesitara el señor realizar en sus tierras, aunque al igual que las multas se podían sustituir por el pago de rentas.

Jamie apretó la mano de Mary, no entendía porque su padre se encontraba en el centro de la sala, ni que eran las multas de los señores.

Al girar la cabeza descubrió que su madre estaba unos metros más atrás mirando angustiada la decisión del conde.

Enseguida vió como el niño la miraba y reconoció la cara de su pequeño. La embargaba una extraña sensación, al mismo tiempo se alegraba y sentía tristeza.

La madre se acercó y abrazó al niño, acto seguido escucho el veredicto que el conde emitió sobre su marido. Se estaban jugando el sustento de la familia; si recibían una multa volverían a pasar hambre durante una larga temporada, la tierra cultivada apenas les daba para comer.

—¿Tienes algo que decir Wilson? —le preguntó el conde antes de dictaminar la setencia.

—No comprendo porque estoy aquí —respondió cerrando los puños con fuerza—. El día anterior pague al alguacil para no reparar los caminos, cada vez que lo hago pierdo un día de trabajo.

—Es cierto que el acusado pagó una parte de su cosecha —argumentó el alguacil—, pero le deje bien claro que aquella cantidad no era suficiente para redimir el pago de las corveas, y que debía abonar un diez por ciento más.

—Eso no es cierto, Milord —se defendió Sean Wilson de forma bravucona—. Cuando realice el pago aun no se había dictaminado la subida de los precios, esta se produjo un par de días después.

—¿Te atreves a acusar al alguacil? —le preguntó el conde.

Sean Wilson recordó la cantidad de veces que el alguacil le había acusado de no cumplir con su obligación. Sabía que aquel asunto era un tema personal. Se había insinuado a su esposa en varias ocasiones y esta lo había rechazado. Se armó de valor y pretendió que el conde viera la clase de tipo que tenía a su servicio.

—No es la primera vez que argumenta una acusación falsa —se defendió.

Un gran murmullo se escucho en la sala, su esposa se echo las manos a la cabeza.

—¿Tienes alguna prueba que refute las acusaciones? —repuso el conde.

Wilson negó con la cabeza.

—Propongo que sea ahorcado y sirva como ejemplo para los demás —intervinó el alguacil, cuyo odio hacia Wilson provenía de antaño.

El conde llamó al alguacil y habló en voz baja con él. Después de los campesinos que había perdido en los últimos años por hambrunas y por la

huida a los nacientes burgos no podía permitirse seguir perdiendo mano de obra, y Wilson era uno de los mejores que tenía a su cargo.

—El acusado será azotado con veinte latigazos —ordenó el conde levantándose de la silla—, y pasara una semana encerrado sin que pueda labrar sus tierras.

El conde sabía que aquello bajaría los humos a Wilson y serviría para que nadie más se atreviese a discutir las sentencias.

Su esposa agarrada a Jamie se echo a llorar, otra vez volverían a pasar hambre.

A la salida de la sala comunal mientras se llevaban a su marido se acerco a Mary.

—No sé cómo darle las gracias por haber traído a mi hijo. Desde que se perdió en Aberdeen le dábamos por muerto, es demasiado pequeño para valerse por sí mismo.

—Ha sido un placer —le contestó a Mary que junto a Jofrey conversaban con ella a la salida de la casa—, es un buen chico que nos hace reír a todos.

Por delante de ella paso el alguacil, y se la quedó mirando de forma descarada una vez más.

—Han sido tan buenos con el que no se... —dijo agachando la cabeza—, si atreverme a pedirles algo más.

Mary y Jofrey se quedaron perplejos, aunque Mary intuyo sus intenciones desde el principio.

—Ya han visto lo que ha ocurrido con mi marido. Por desgracia esta situación se repite a menudo. Nuestro futuro aquí es incierto, y mucho mas el de nuestros hijos —se paró un momento y tragó saliva—, si pudieran hacerse cargo suyo hasta que pudiera valerse por sí mismo... En la ciudad tendrá más oportunidades de aprender un oficio y además será libre.

Mary miró a Jofrey sin saber que decir. El irlandés pensó que les pediría que intercediesen por su marido ante el conde, pero no que se hiciesen cargo de su hijo.

—Se que lo echare de menos, pero es por su bien.

Mary seguía sin saber que responder, no podía tomar una decisión tan importante, y mucho menos sin estar presente su padre.

—Si nos disculpa un instante —dijo para poder hablar a solas con Jofrey—. Lo tengo que consultar con mi tío.

Ambos se dirigieron a un calvero que había próximo a la casa y estuvieron

charlando.

—No puedo tomar una decisión tan importante —aseguró Mary al irlandés—. Es para toda la vida.

—Te diré algo que no conoces de mí —le contestó—, mis padres murieron en la guerra contra los ingleses cuando era pequeño, y una familia noble de Cork me acogió en su seno. Luego marche a luchar a las cruzadas.

—¿Insinúas que debemos adoptarlo? —le preguntó Mary.

—Ya has visto lo que ha ocurrido esta mañana con su padre. Si lo dejamos aquí su futuro será el mismo.

—¿Crees que mi padre estará de acuerdo con que lo llevemos a casa?

—Se que no pondrá ninguna objeción —respondió seguro de sí mismo—. Pero la decisión es tuya. Tú serás quien cuide de él.

Mary no estaba preparada para aquello, pero el chico le caía bien y le daba pena su familia. Apenas podían alimentar a tres hijos, mucho menos si se sumaba un cuarto.

Miró al niño que se encontraba a las puertas de la casa cogido de la mano de su madre y se acercó.

—Jamie es un gran chico —aseguró a su madre—, y si deseas que aprenda un oficio en la ciudad mi padre y yo haremos todo lo posible para que así sea.

El niño y su madre sonrieron.

—Tan solo pondré una condición —añadió Mary.

La madre la miró sorprendida, no entendía que podía pedirle alguien de la ciudad a un campesino.

—Jamie jamás olvidara que sois sus padres —dijo con firmeza—. Cuando visitéis la ciudad pasareis juntos todo el tiempo, y siempre que podamos vendremos a visitaros.

La madre de Jamie abrazó a Mary mientras las lagrimas corrían por sus mejillas, era lo más duro que había hecho en su vida, pero era consciente de que aquel sería el mejor futuro que podría darle a su hijo.

No se quedaron a presenciar el castigo que recibiría su padre, no querían que el chico se traumatizara; comieron en la posada del señorío y se marcharon hacia Aberdeen aquella misma tarde.

Jamie estaba radiante, su sueño se había hecho realidad, viviría en aquella casa que tanto le gustaba y no volvería a pasar hambre.

Al regresar Mary se enteró del secuestro de su prima y se sintió afligida.

Capítulo XV

Mary regresó unos días después con Jofrey y el niño. Dos días más tarde apareció en la ciudad un emisario de los McAllyster y dejó un mensaje en la taberna próxima al hospital, no quería arriesgarse a llevarlo a casa de los DGLISH por miedo a represalias.

Alan leyó el mensaje junto a su hermano Archibald. Tan solo explicaban que pretendían el intercambio de una prima por otra.

Alan y Archibald se opusieron a ello, aquello no solucionaría nada. Pero Mary intento convencerlos de lo contrario, se sentía culpable de que su prima estuviese en aquella situación, solo ella debía asumir las consecuencias.

Los McAllyster esperaban una respuesta, y advertían de que si tomaban represalias contra el mensajero el trato quedaría anulado.

La noticia enojó hasta tal extremo a Mary que maldijo por primera vez en su vida a los McAllyster, si su prometido quería recuperarla aquella no era la forma más idónea. Aunque las primas continuaban enfadadas por el robo del anillo, no dejaban de tenerse afecto la una por la otra.

Dos días después un pelirrojo de mediana estatura recogió el mensaje en el que se daba la respuesta.

Los DGLISH intentaron por todos los medios que el secuestro se solucionase por una buena suma de dinero. A Brendan McAllyster se le iluminaron los ojos al ver la cifra que ofrecían, pero sabía que su hijo no aceptaría ninguna oferta, aquello era una cuestión de orgullo, una afrenta que no podían perdonar.

La respuesta fue taxativa, un no por respuesta dejaba a las claras que o Mary se ofrecía al intercambio o su prima pasaría el resto de sus días en una fría mazmorra del castillo de los McAllyster.

Finalmente los DGLISH aceptaron, pero argumentaron que desde hacía días Mary se encontraba enferma de unas fiebres y no podría viajar muy lejos, por lo que el intercambio debía realizarse en una pequeña cabaña de pescadores que había junto a la caleta de Wenstworth, en las cercanías de Aberdeen. Además se citaba a los McAllyster a la seis en punto, ni un minuto antes ni un minuto después.

Alan DGLISH estaba fuera de sí, no había luchado durante tantos años fuera

de su tierra para perder a su hija poco después de su llegada. Si algo le mantuvo con vida durante los años de lucha con los sarracenos era el recuerdo de aquella niña pequeña que un día tuvo que dejar a sus abuelos por funestas circunstancias que nunca debieron producirse. La muerte de su esposa lo sumió en un estado casi catatónico en el que era incapaz de cuidar de nadie, solo su incorporación a la orden del templo le devolvieron las ganas de vivir.

Aquel día se paseaba como un león enjaulado por las habitaciones de su vivienda, incluso pensó en mandarlo todo al garete y huir con Mary hacia el sur, quizás a Londres o volver a Francia; pero no podía hacerle aquello a su hermano, su sobrina estaba secuestrada por un asunto que le concernía a ellos.

A la hora señalada Jofrey y Alan salieron conduciendo su carreta, entre los dos se encontraba Mary con el rostro compungido. La tarde anterior había estado rezando en la capilla del priorato, donde el hermano Graham le había asegurado que los caminos del señor son inescrutables, y que si aquel era su destino debería acatarla con obediencia y fervor.

El carromato salió a las cinco y media de la tarde, muchos habitantes de la ciudad sabían lo ocurrido y salieron a despedirlos con el rostro hierático mientras atravesaban las calles del casco histórico y salían a los arrabales de la ciudad.

Cuando llegaron al punto acordado, Alan situó la carreta frente de la cabaña de pescadores justo al borde de la orilla de la playa. Los Mc Allyster ya habían registrado la casa esperando una emboscada pero la encontraron vacía.

Fue en ese instante cuando Ryan McAllyster apareció a caballo con varios de sus hombres, desmontaron a Susanne y la llevaron caminando. La prima de Mary no mostraba buen aspecto había pasado varios días encerrada en las mazmorras, pero lo que nadie sabía es que estaba embarazada de un par de meses y aquel trato al que estaba siendo sometida le perjudicaría.

—No des un paso más McAllyster —le gritó Alan cuando se encontraba al otro extremo de la playa.

—¿Como lo haremos? —preguntó Ryan.

—Tu mandarás a Susanne caminando y nosotros enviaremos a Mary en el carro. No se encuentra bien y está débil para caminar.

—De acuerdo —respondió Ryan con un gesto de aprobación.

El carromato avanzó lentamente mientras Susanne caminaba con las manos atadas en dirección adonde se encontraba su tío. El rugir de las olas

acompañaba el trayecto.

A medio camino, Alan le gritó a Susanne que se diese prisa, mientras Ryan esperaba el carro impaciente tirado por un viejo percherón que parecía exhausto. Cuando las primas se cruzaron se miraron a los ojos sin mediar palabra mientras el agua de la orilla bañaba los pies de Susanne y le costaba trabajo caminar.

Unos metros más adelante ocurrió lo que Alan esperaba, la marea subió y el agua alcanzó a todos los que se encontraban junto a la orilla. Los McAllyster se vieron sorprendidos por aquel inesperado cambio, sobre todo cuando vieron como el agua alcanzaba las ruedas del carromato y encallaba en la arena incapaz de seguir su marcha. Los esfuerzos del viejo percherón eran en vano y el carro se detuvo en seco.

En ese instante Alan dio la señal, del interior de la cabaña de pescadores salieron Archibald y algunos soldados. Habían permanecido escondidos en el interior de la despensa que la cabaña poseía para guardar las capturas de pescado.

Los soldados echaron rodilla a tierra, elevaron sus arcos y comenzaron a disparar hacia donde se encontraban los McAllyster. Un par de flechas alcanzaron su objetivo derribando a sendos hombres.

Ryan salió corriendo hacia el carro mientras chapoteaba agua en sus tobillos, alcanzó las riendas del caballo y comenzó a tirar con fuerza, pero fue incapaz de moverlo ni un metro. Con un nuevo golpe de mar Mary se lanzó al agua y comenzó a nadar hacia el interior. Ryan la vio sumergirse en las oscuras aguas del Mar del norte y comenzó a llamarla pero fue incapaz de seguirla porque no sabía nadar.

Los arqueros cambiaron de posición y dispararon al carro tras comprobar que Mary ya no se encontraba en su interior. Ryan lo dio todo por perdido, no solo le había salido mal la jugada, si no que moriría por una flecha sino se marchaba de allí de inmediato.

Alan se lanzó al agua a rescatar a su hija, el mar estaba frío y las olas alcanzaban los dos metros de altura. Sin embargo, Mary era una excelente nadadora, había aprendido a nadar en los ríos que circundaban Avimore y en poco tiempo llegó a la altura de su padre. Mientras ambos salían del agua, los McAllyster montaron a caballo y huyeron de las flechas de los soldados.

La trampa que Alan diseñó había salido a la perfección. Había pasado varias tardes en aquella playa contemplando la subida de la marea para que el carro quedase encallado y nadie fuera capaz de moverlo.

Archibald abrazó a Susanne mientras Alan hacía lo propio con su hija; todo había salido a la perfección. Desde aquel día Alan puso una protección especial a su hija por si los McAllyster volvían a intentarlo.

De regreso a casa Archibald explicó a su hija la historia de los dos anillos idénticos que poseía la familia, Mary y Susanne se dieron un abrazo y volvieron a ser amigas. Aquella noche fue de celebración en la casa de los Darglish, la lumbre resplandecía mientras el vino de Gascuña corría sin parar junto a un jugoso asado.

Capítulo XVI

Un mes después llegaron rumores de una inminente guerra con Inglaterra.

En la primavera de 1306 John Comyn el más poderoso noble de Escocia y Robert Bruce que había luchado contra los ingleses junto a William Wallace se disputaban el trono.

Todo hacia apuntar que a pesar del dominio de los ingleses habría una guerra civil entre los barones partidarios de uno y otro bando. Sin embargo, Bruce supo de la asistencia de Comyn al monasterio de Greyfriars, y allí le preparó una trampa mortal. Los hombres de Bruce atacaron por sorpresa a los de su rival a los pies del altar de la iglesia, y Comyn quedó mortalmente herido huyendo en una rápida maniobra.

Un par de días después Bruce recibió la noticia de que el barón continuaba con vida. En una rápida acción nocturna envió a dos de sus hombres para que acabaran el trabajo que habían comenzado terminando con la vida de Comyn.

Robert Bruce fue excomulgado por la iglesia de Escocia, pero pasó a ser el único heredero al trono escocés. Huyó durante un par de meses, pero finalmente consiguió que lo coronaran rey a finales de marzo de ese mismo año. El problema de Bruce es que era un rey sin reino.

Bruce fue derrotado en la batalla de Methuen, y poco después el rey Eduardo I, el más despiadado que había accedido al trono inglés envió un ejército y capturó a Bruce. Sin embargo, un mes más tarde el rey Eduardo murió y accedió al trono su hijo Eduardo II, un pusilánime que lo primero que hizo fue retirar a su ejército de Escocia, a pesar de ello los principales castillos y ciudades escoceses continuaban en mano de los ingleses.

Bruce y sus seguidores regresaron a la península desde la isla en la que se habían refugiado y reanudaron la batalla organizándose en dos grupos, uno dirigido por él, y otro por su hermano que inició una guerra de guerrillas en el suroeste de Escocia.

Tambores de guerra se hicieron eco en las principales ciudades escocesas. En todos los rincones se hablaba de la posibilidad de que los nobles escoceses se volvieran a revelar contra el despiadado rey inglés, muchos pensaban que la muerte de Wallace no había sido en vano, había enseñado a los escoceses la forma de vencer a los ingleses, y aquello insuflaba ánimo a

todos los que quisieran reemprender la rebelión.

—No me quedan muchas fuerzas para luchar —le dijo Alan a Jofrey mientras ambos tomaban una jarra de cerveza en la taberna de Los Dos leones.

—A mi tampoco, pero si los escoceses vuelven a ir a la guerra contra los ingleses los apoyaremos. Si no lo hacemos nos acusaran de colaboracionistas.

—Conocí al padre de Bruce poco antes de embarcarme en las cruzadas —reconoció Alan—, y no me pareció un tipo de fiar. Espero que su hijo sea diferente.

—Es de los que solo les interesa el poder. Se asoma el sol que mas calienta, le da igual que sean ingleses o escoceses.

—Pero en esta ocasión parece diferente —contestó el irlandés—, Bruce ya había luchado junto a Wallace, y ha vuelto a rebelarse contra ellos.

A la semana siguiente una esperada noticia recorría todos los hogares de la ciudad, Robert Bruce había decidió volver a reemprender la guerra contra los ingleses, la mayor parte de las ciudades del sur estaban bajo su dominio, mientras en las tierras altas los nobles escoceses continuaban manteniendo el poder mediante pactos con las fuerzas de ocupación. La mayoría de los escoceses odiaban a los ingleses que con Wallace habían respirado aires de libertad.

Alan y Jofrey habían permanecido tanto tiempo fuera del país, que no sabían si deberían formar parte del ejército comandado por Bruce, en realidad parecía más una obligación de las autoridades que una decisión suya.

Alan estaba cansado de tantas luchas. No dudaba de que al estar curtido en mil batallas sería una buena ayuda para Bruce, pero ahora volvía a estar cerca de su hija, y una guerra contra Inglaterra arruinaría el comercio, nadie querría comprar genero de lujo, y mucho menos si comenzaban a pasar hambre.

Finalmente decidió esperar a ver como se desarrollaban los acontecimientos, no era prudente hacer caso a los rumores, si había guerra decidiría si formar parte de ella.

Con el paso de los días pensó que la guerra podía ser beneficiosa para sus intereses, los integrantes del ejército debían uniformarse, y podría proporcionar el paño suficiente para vestir al ejército de la zona noreste de Escocia.

No necesitaría de un paño de primera calidad, los integrantes del nuevo ejército en su mayoría no iban uniformados, tan solo la caballería y una parte de la infantería. Era una oportunidad que no podía desaprovechar, debería

dejar el negocio durante meses a cargo de Mary. Se sabía cuando comenzaba una guerra, pero jamás cuando terminaba.

Alan y Jofrey partieron en una mañana fría y gris a ponerse a las ordenes de Bruce, si algo tenían claro es que no querían pertenecer al grupo de resistencia. Tenía que ser el propio Bruce quien determinara la valía que aquellos dos hombres en el campo de batalla.

El ejercito de Bruce comenzó atacando las diferentes fortalezas que los ingleses mantenían en la zona, que el ejercito ingles se hubiera retirado era una gran noticia para ellos, ya no tendrían que pelear en campo abierto, y serian más dificiles de vencer.

Alan y Jofrey se incorporaron al segundo batallón que luchaba en las proximidades de Glasgow. De momento no se veían lo suficientemente fuertes como para sitiar castillos, luchaban en pequeñas localidades que dominaban las proximidades del territorio circundante.

Las fortificaciones eran muros de madera levantados con una empalizada y una torre más alta que vigilaba la llanura.

Bruce dispuso que sus hombres entraran en los pueblos haciéndose pasar por campesinos. Una vez dentro, la estrategia era siempre la misma: la guarnición de los ingleses estaba atenta a un ataque frontal desde el bosque, mientras los soldados escoceses entraban en el interior y atacaban por sorpresa causando numerosas bajas hasta que tomaban la fortaleza.

A las pocas semanas se dio la orden de organizar la primera batalla a campo abierto, los ingleses veían como sus fortalezas eran asediadas e iban cayendo una por una. Enojados reunieron una tropa no excesivamente grande, pero que igualaba en número a los escoceses.

Ante los informes favorables de que la guarnición no era demasiado grande Bruce acepto pelear en campo abierto, a pesar de que la guerra de guerrillas le estaba funcionando.

En las cercanías de Gleen Troll, se dispuso un campamento junto a una llanura que al otro día seria el campo de batalla.

Alan y Jofrey llegaron la tarde anterior al combate, desde diferentes puntos de Escocia llegaban decenas de hombres para combatir al lado del nuevo rey.

En una improvisada tienda de campaña tenían que inscribirse y dar su rango. Cuando Alan reconoció que había combatido en las cruzadas, el notario abrió bien los ojos y dijo que debían presentarse ante el rey.

—Alan Daghlish y Jofrey O neill —informó el soldado de guardia a las

puertas de la tienda real.

—Pasad amigos —dijo Bruce. Era un tipo de mediana estatura con una gran barba que apenas dejaba ver unos ojos vivos e inquietos que no paraban de moverse. Tenía la espalda maltrecha por las torturas infligidas durante su cautiverio por los ingleses y la cicatriz que tenía bajo la barbilla dejaba claro que su vida no había sido de lo más placentera en los últimos años.

—Veo que sois cruzados —les dijo tras estrechar sus manos—. ¿Formabais parte de la caballería?

Alan asintió sin reconocer que pertenecían a la orden templaria, eran las ordenes que habían recibido desde Francia del gran maestro Jack de Molay, y no pensaban romper su juramento aunque estuvieran delante de un rey.

—Apenas contamos con caballeros en estos momentos —aseguró el rey—, como bien sabéis estamos usando una táctica de guerra de guerrillas y nuestras fuerzas están integradas en su mayoría por miembros de infantería —hizo una breve pausa y se aclaró la garganta—, pero en esta ocasión las fuerzas están muy igualadas y un ataque de la caballería por muy escasa que sea sería una gran ventaja.

Bruce les llevó hasta la mesa donde tenía desplegado un mapa. Alan y Jofrey vieron como una gran llanura se extendía frente a ellos y al fondo un gran bosque cubría sus espaldas.

Bruce se movía inquieto por la tienda, no las tenía todas consigo y aunque aquella no fuese una batalla de resonancia porque el montante de las tropas no era demasiado grande sabía que era un punto crucial por donde los ingleses transportaban sus tropas hacia el norte. Si Glen Troll caía todo el norte podría ser reconquistado sin que los ingleses pudieran recibir refuerzos desde el sur.

—En nuestra opinión si la infantería ataca por el flanco izquierdo, y los arqueros defienden esta colina —dijo Alan indicando con su dedo sobre un promontorio rocoso—, la caballeros podrían atacar por sorpresa y la victoria sería rápida.

Bruce afirmó con la cabeza, le gustaba la estrategia, sobre todo porque quienes se jugaban el pellejo eran los miembros de la caballería, grupo heterogéneo formado por diferentes nobles y sus vasallos que habían venido a luchar junto su nuevo rey.

A la mañana siguiente mientras los soldados colocaban sus pertrechos y se preparaban para la batalla el grupo de caballería se colocaba una dura coraza enarbolando enormes lanzas.

Un batallón de ingleses se hallaba ubicado en pequeñas formaciones frente a la infantería escocesa que rugía e intentaba amedrentarlos. Sin ninguna duda la motivación de los escoceses era mayor, hacia pocos meses que habían perdido sus tierras a manos del rey Eduardo; en el otro bando caras serias, los ingleses combatían en un territorio que no era el suyo y aunque tenían que defenderlo a muerte, solo estaban allí por una mísera paga mensual.

La guerra psicológica había comenzado.

La infantería inglesa atacó desde la parte baja de la llanura. La empinada ladera suponía una ventaja para los escoceses que luchaban cuesta abajo.

Los arqueros escoceses dispararon sus flechas hiriendo a un buen número de soldados ingleses que avanzaban con determinación.

En un primera hondonada mientras las flechas seguían cayendo desde el aire, consiguieron alcanzar su objetivo, mientras los escoceses se replegaban pertrechados por sus escudos adoptando un movimiento defensivo en forma de tortuga similar al de los ejércitos romanos.

Aquello sorprendió al grueso del ejército inglés que esperaba una lucha cuerpo a cuerpo desde el primer instante.

Cuando los ingleses llegaron a las posiciones de vanguardia escocesa, algunos niños adiestrados con cuchillos se colaban entre los pies de los soldados cuando ambos ejércitos chocaban infligiendo numerosos cortes en los pies hasta que se desangraran.

En el instante en que la carga parecía que desbordarían las defensas escocesas, desde un pequeño promontorio en el flanco izquierdo emergió un gran número de escoceses que atacó por la espalda.

Los soldados ingleses se encontraron en situación precaria, su única salida era correr hacia el bosque que se hallaba a su derecha. Al llegar al bosque en lugar de producirse una desbandada general, todos siguieron un camino que zigzagueaba.

Justo en ese momento se oyó un grito como el de una jauría tras su presa y desde el interior del bosque la caballería escocesa fue aniquilando uno por uno al grueso de la infantería inglesa que poco pudo hacer por defenderse.

Aquello más que una batalla fue una escaramuza, pero sirvió para que los escoceses se insuflaran de valor y poco después obtuvieran una victoria en la batalla de Loundoun.

Mientras tanto del continente llegaron malas noticias para Alan y Jofrey, el gran maestro del templo Jack de Morlay había sido condenado a la hoguera

por el rey de Francia Felipe IV. Desde hacia tiempo los reyes de Francia querían acabar con tan importante organización.

Los caballeros templarios huyeron a diferentes puntos de Europa; algunos a Portugal y un número importante a Escocia.

Durante el tiempo que duro la guerra, el correo no se interrumpió definitivamente, y Alan recibía información de cómo se encontraban su hija y su negocio.

Mary resultó ser una gran gestora, aunque bajo la supervisión de su tío Archibald, era ella la que dirigía el negocio; algunas veces encontraba dificultades para realizar sus compras, ya que muchos comerciantes se negaban a tratar con una mujer, pero iba acompañada de su tío, que bajo las indicaciones de su sobrina compraba el género que consideraba imprescindible para el negocio.

Alan añoraba estar junto a su hija; a pesar de que su relación no era idílica fue mejorando con el paso del tiempo; ya había combatido en numerosas guerras y esperaba que aquella fuera la última.

La guerra se prolongó durante tantos años que Bruce llegó a un acuerdo con sus caballeros, solo solicitaría su presencia cuando se dirimiera una batalla importante, por lo que Alan y Jofrey pudieron regresar a Aberdeen transcurridos unos meses con la promesa de regresar al campo de batalla cuando fuesen requeridos.

Capítulo XVII

En el otro extremo de la ciudad se celebraba una importante reunión del gremio textil. A la reunión habían acudido miembros de todos los estratos: aprendices, oficiales y maestros; nadie en la congregación se quería perder aquella importante cita.

Los gremios o «guildas» eran asociaciones religiosas que agrupaban a [artesanos](#) y comerciantes de un mismo oficio. Se ocupaban de cobrar a los oficiales, supervisar la producción, controlar los contratos y el número de talleres.

La preocupación en la ciudad había llegado a tal punto que todos deseaban saber qué medidas se tomarían contra la desleal competencia de Alan Daghish que ponía en peligro la continuidad de la institución.

A oídos de los maestros había llegado la noticia de que pretendía vender la seda a precios similares a la lana, si la noticia era cierta sería la ruina para el gremio más importante de la ciudad.

A la reunión no había sido invitado su hermano Archibald aunque formarse parte de la congregación.

Los grandes mercaderes, a los que a veces se unían algunos nobles, ocupaban los puestos de gobierno y constituían un patriciado urbano que controlaba la vida municipal y acaparaba los cargos políticos de la ciudad.

Abrió la reunión el honorable Frank Mc Millan, integrante de diferentes corporaciones en la ciudad, había diversificado sus negocios y formaba parte del gremio de alfareros, canteros y textil.

—El problema que nos atañe esta mañana es el más grave al que nos hemos enfrentado en los últimos años. Estamos aquí para intentar contra restar los precios que Daghish pretende imponer sobre los productos que trae del continente.

—Sugiero que establezcamos un precio sobre la calidad del producto que no se puede variar en toda la ciudad —dijo Sthepen Short un acaudalado financiero—. El precio se fijara controlando el volumen y los costes de producción que afectan al proceso de fabricación y a los salarios.

Mc Millan negó con la cabeza una y otra vez. Aquella medida ya se había tomado con anterioridad.

—Me temo Short, que la situación no es tan sencilla —replicó—. No

estamos impidiendo la creación de un nuevo gremio. Su establecimiento no produce tejidos en Aberdeen. Los importa desde el continente europeo y sobre ello no tenemos ninguna jurisdicción.

—En ese caso, establezcamos unos aranceles —contestó Short—. De esa forma no podrán vender tan barato.

En la sala se oyó un murmullo de aprobación.

A la semana siguiente se aprobó una ley para instaurar los aranceles que deberían pagar todos los barcos procedentes del continente. Se puso como excusa que otros puertos importantes estaban realizando las mismas prácticas.

Ante esta ley Alan y su hermano intentaron convencer a los auditores del ayuntamiento para que les concedieran un permiso especial, pero no contaron con la ayuda de ninguno de sus mandatarios.

La negativa fue absoluta, varios miembros de los gremios formaban parte del consejo del ayuntamiento.

La situación era preocupante, los Daglish no encontraban la forma de evitar los aranceles. Los días iban pasando y las ventas continuaban a buen ritmo, aunque el género comenzaba a escasear y las clientas, en su mayor parte mujeres, se quejaban de la falta de suministros. Alan intentó explicarlo, pero a nadie le interesaban sus dificultades para la exportación, lo único que querían era disponer del género cuando fueran a comprarlo.

Alan pensó en varios métodos para contra restar aquellas restricciones, en un primer momento tuvo una brillante idea, consiguió que los barcos de la Hansa desembarcaran en Edimburgo, pero a las dos semanas en aquel puerto se volvió a instaurar la misma restricción; aquello parecía un callejón sin salida.

Una tarde cuando lo veía todo perdido divisó en el puerto un buque sarraceno que importaba todo tipo de productos traídos desde Oriente: aceite, especias y seda.

Se acercó al barco y pudo comprar unos cuantos fardos de tela por un precio asequible; aquello le alcanzaría para un mes, aunque faltaba una amplia gama de colores. Pero lo más importante fue la idea que se le ocurrió a continuación. Salió corriendo a casa, encontró a Mary en la tienda y le hizo un pequeño gesto desde el umbral de la puerta trasera.

Ella acabo de atender a unas clientas y se acercó a la trastienda.

—He encontrado la forma de solucionar el problema.

—¿Has hablado con el consejo gremial?

—Lo intente, pero es inútil, jamás darán su brazo a torcer.

—¿Y entonces? —preguntó Mary mientras cerraba la tienda, y colocaba en las baldas de la estantería los rollos de tela que había vendido aquella mañana.

—Hay otras formas de conseguir la seda de Oriente. No entiendo como no se me había ocurrido antes —exclamó con una palmada en la frente—. La Hansa y las republicas italianas no son los únicos lugares donde comerciar en Europa. Existe otro territorio donde podemos comprar la seda.

—¿Donde padre? —exclamó Mary inquieta, apenas había aprendido nada de geografía. Tan solo conocía la isla donde vivía, y había oído hablar de Francia y Roma.

—Hay un lugar al sur donde todavía combaten cristianos y musulmanes. Es una guerra santa muy anterior a las cruzadas. Su nombre es Al Ándalus.

—Jamás había oído hablar sobre ese lugar.

—Se encuentra junto a las columnas de Hércules —Alan pronunció el nombre pensando que alguna vez habría oído narrar relatos de mitología griega.

—¿Y cómo podrás comerciar con ellos?

—No conozco a nadie en aquellas tierras ni tampoco a ningún comerciante que lo haga —reconoció Alan—. Tan solo sé que hace unos años la guerra se recrudeció contra los cristianos.

Mary pensó en lo complejo de la empresa de su padre.

—Conocí a varios templarios de Castilla en la última cruzada. Quizá ellos puedan ayudarme —prosiguió explicando—. Viajare hasta allí y encontrare la forma de negociar.

Alan y su inseparable compañero embarcaron en un carguero rumbo a Normandía. Jofrey palideció al enterarse de que debía cruzar el canal de la Mancha una vez más, pensaba que jamás volvería a hacerlo, no tenía miedo a ningún hombre, pero los barcos le aterraban. Pasaba la travesía vomitando agarrado a un poste en el interior de la bodega debido al fuerte oleaje que mecía el barco de un lado a otro.

Su miedo llegaba a tal punto que Alan pensó ofrecer a su sobrino Malcolm que lo acompañara, pero por mucha fortaleza física que tuviera no estaba lidiado en mil batallas como el irlandés, al que prefería a su lado después de

una amistad de más de quince años.

Embarcaron poco después de las navidades, el viento gélido y frío hizo que ambos subieran sus capas hasta el cuello para resguardarse del frío invernal. El barco transportaba cerveza y whisky desde Escocia. El trayecto fue mucho más liviano de lo que esperaba Jofrey, el viento del norte no batió sus alas con excesiva dureza y el mar se mantuvo en calma.

Alan y Jofrey no sabían si sería fácil cruzar la frontera que unía los reinos cristianos de la península Ibérica con los territorios musulmanes del sur.

Ambos habían combatido con los musulmanes durante mucho tiempo, y sabían que estaban más avanzados tanto en técnicas agrícolas como textiles.

Durante su estancia en Francia supieron que muchos artículos provenían del reino nazarí de Granada, el último gran reino musulmán de la península tras la reconquista de los reinos cristianos de Castilla y Aragón.

A Alan y Jofrey les resultaba sorprendente que aun llevando siglos de lucha entre ellos los musulmanes pagaban parias a los reinos cristianos para no ser atacados, era una fórmula que convenía a ambos, porque cuando los cristianos atacaban devastaban las ciudades musulmanas; y los cristianos también lo preferían porque así obtenían riqueza sin tener que combatir.

Pero lo más sorprendente es que el comercio entre ambos lados de la Península nunca se interrumpía. Desde los reinos del sur se exportaba hacia el norte el cuero y la cerámica, aceite del aljarafe de Sevilla; la seda y el lino de granada y el azafrán de Toledo.

Más tarde como muchas de estas ciudades fueron reconquistadas por los cristianos fue en el reino de Granada donde se concentró la producción, por tierra exportaban hacia el norte y por mar a través del puerto de Almería; el gran puerto del Mediterráneo desde el Siglo X.

En el viaje hacia el sur ambos ocultaron sus trajes de templarios. Entraron en la península por Roncesvalles, bajaron por el reino de Navarra y desde allí atravesaron el reino de Castilla, donde hicieron parada en varias fondas del camino. Durante el viaje algunos cristianos los maldijeron por comerciar con los musulmanes, sobre todo los que tenían un pasado mozárabe, y habían estado durante generaciones sometidos hasta lograr escapar o los cristianos reconquistar sus territorios. Habían sido numerosos a principios de la reconquista, se negaban a aceptar la religión y las costumbres musulmanas, pero a partir del siglo IX y sobre todo en el X, la conversión fue rápida, transformándose en una sociedad andalusí, donde se incluían árabes,

bereberes, judíos, y mozárabes.

Sin embargo, muchos comerciantes que se encontraban por el camino les animaban a seguir adelante con el viaje, los musulmanes del sur tenían fama de gente hospitalaria que recibía bien al viajero y se podía negociar sin ningún tipo de problema.

Una semana después de dejar Toledo entraron en territorio musulmán por la provincia de Jaén. Desde su llegada descubrieron un universo nuevo de luz y de color: campos de cereales, olivares y viñedos, convivían con plantaciones de berenjenas, melones, caña de azúcar, sandía y árboles frutales como la naranja y el moral —a la que los escoceses no estaban acostumbrados—, tan solo recordaban haber visto algo similar en sus viajes de las cruzadas.

En las cercanías de Granada descubrieron un campo donde las plantas se elevaban entre los humedales y los campesinos recogían sus frutos. Los habitantes de los arrabales que se extendían a las afueras de la ciudad les informaron que se trataban de arrozales.

—Si tuviéramos tiempo para aprender estas técnicas llegaríamos a ser los comerciantes más ricos de Escocia —le dijo Alan a Jofrey con entusiasmo.

—Tardaríamos años en aprenderlas —se calló durante un momento y se rascó la barbilla—. Además no funcionara. Una vez lleve hortalizas del Mediterráneo a la zona de Normandía y se pudrieron al poco tiempo. Estos cultivos necesitan una zona cálida.

Tras pasar un par de jornadas más a caballo llegaron a la ciudad de Granada y se hospedaron en una alhóndiga —nombre que los musulmanes daban a las posadas—cerca de la aljaifería. Aquella noche cenaron pollo con berenjenas rellenas de carne y se fueron a dormir temprano, la noche anterior habían dormido al raso. Muchos caminos estaban plagados de bandidos, y les podían robar el oro y la plata que llevaban para comprar los tejidos.

En otros lugares de Europa los comerciantes italianos comenzaron a utilizar las letras de cambio, por lo que los mercaderes no tenían que llevar grandes cantidades de dinero; pero en los reinos musulmanes era diferente.

A la mañana siguiente se dirigieron a la alcaicería, que era un mercado estatal.

Atravesando las callejuelas vieron a gente de todo tipo, lo que más les llamó la atención fueron los judíos que llevaban un gorro y un cinturón amarillo que los distinguía del resto.

Al llegar al mercado descubrieron que estaba dividido en sectores comerciales similares a los gremios de los reinos cristianos: el textil con tejidos de seda de gran calidad, tejidos finos y de algodón; los comerciantes de especias; la orfebrería de gran calidad y gran demanda entre las elites árabes; el cuero con cordobanes que por su mayor resistencia era utilizado para la montura de los caballos; las encuadernaciones, cuadros, biombos, recubrimiento de paredes y el mármol blanco.

Tras recorrer varias tiendas del zoco encontraron una tela tan delicada que incluso daba pavor tocarla, era tan suave como el más sofisticado de los velos.

A Alan le hubiese gustado que Mary estuviese allí para poder contemplar aquel espectáculo de luz y color.

—¿De dónde proceden estas telas? —le preguntó Alan a un mercader de cara redondeada y nariz aguileña cuyo cabello comenzaba a ralearse profusamente.

—Proviene del lugar más lejano de Oriente. Atraviesan la ruta de la seda desde China pasando por Samarcanda hasta llegar a Bagdad y Damasco y desde allí al Mediterráneo.

—Somos hombres del norte —le explicó Alan consciente de que no habría oído hablar de Escocia en su vida—. Lo más al norte que puedas imaginar. Y tenemos la intención de llevar un cargamento de seda hasta nuestro país.

En ese instante se oyó al almuecín que llamaba para la oración.

—Deduje que erais normandos —dijo fijándose en el color del cabello de Alan y sobre todo en el de Jofrey con su mata de cabello pelirrojo.

Alan sonrió, sabía lo extraño que resultaba su cabello en aquella zona, y no rectificó al sarraceno, para los musulmanes todos los hombres del norte eran normandos.

—¿Y qué cantidad pretendéis comprar?

—Para empezar necesitaría dos decenas de fardos, pero eso es tan solo el principio —contestó y se aclaró la garganta—. En el futuro necesitare mucho más, pero no puedo viajar desde tan lejos para conseguirlo.

Al mercader se le abrieron los ojos como platos, enseguida comprendió que aquellos dos cristianos no iban a comprar un simple rollo de seda para tejer un vestido a su esposa.

—Es una enorme cantidad de la que estáis hablando —respondió el musulmán—. Me complacería si aceptarías mi invitación para cenar con mi familia esta noche.

A Alan no le gustó demasiado la invitación, no había venido a socializar con los árabes, pero si se negaba el mercader se lo tomaría como una ofensa.

A media tarde Alan y Jofrey fueron a unos baños públicos se rasuraron la barba después de tantos días de viaje y se asearon, era fundamental causar una buena impresión para conseguir un buen negocio.

Cuando el sol se perdía por el horizonte y la calima había amainado, subieron por el barrio del Albaicín. En un promontorio rocoso había una mansión bañada por los últimos rayos del sol con unas vistas inmejorables de Alhambra. Ambos se sorprendieron ante aquella maravilla.

Un esclavo que parecía de origen eslavo les hizo pasar al interior, la mansión tenía una doble planta y estaba rodeada de jardines donde corría el agua por bellas fuentes decoradas con motivos de ataurique.

En la terraza habían dispuesto una gran mesa donde degustar todo tipo de viandas: frutos secos, cous cous de cordero, queso de oveja y cabrito asado, numerosas frutas confitadas, pequeños pastelillos de hojaldre con miel y un pan dulce de sémola como el que se fabricaba en Fez.

La primera en aparecer en la terraza fue la mayor de las hijas de Ahmed, el comerciante.

Se acercó a Alan y Jofrey y los miró con curiosidad.

—Mi nombre es Jaiza —dijo con una sonrisa e intento hacer una genuflexión— ¿Es así como se saluda en vuestra tierra? —y soltó una carcajada.

—Lo es —respondió Alan—, pero solo si te encuentras ante un duque o un rey. Nosotros somos simples comerciantes.

Jaiza sonrió, todo aquello le resultaba divertido.

—Tu latín es mejor que el de tu padre, si me permites el atrevimiento —intervinó Jofrey.

—Lo aprendemos desde pequeña. Tener una buena formación cultural es muy importante para nosotras.

Alan miró a Jofrey divertido, no recordaba cuando fue la última vez que le vio hacer halagos a una mujer; aunque la galantería estaba un poco fuera de lugar, le doblaba la edad y ni siquiera profesaban la misma religión.

Al instante aparecieron las dos hermanas de Jaiza y su madre, ambas de belleza incomparables. Alan se quedó sorprendido por lo que una de sus hijas le recordaba a la madre de Mary.

Ahmed iba vestido con una larga túnica de color blanco y les pidió que

tomaran asiento. Luego apareció una segunda esposa que no tenía hijos; parecía un poco desplazada del resto, sin embargo era más joven que su primera esposa, por lo que Alan y Jofrey dedujeron que gozaría de sus favores.

—Os pedí que vinieseis a esta hora porque no existe nada comparable al ocaso del sol cuando se pierde entre los muros de la Alhambra.

Frente a la casa se extendían las murallas del palacio de la Alhambra, y a sus pies se encontraban las alquerías trabajadas por pequeños propietarios. A los lejos se divisaban otras fincas más amplias a las afueras de la ciudad que recibían el nombre de munias, donde trabajaban los aparceros.

—Es un autentico espectáculo. Lo mismo ocurrió la primera vez que vimos Jerusalén —Alan se mordió la lengua, había hablado demasiado. El mercader deduciría que ambos habían participado en las cruzadas.

No obstante el árabe no le dio importancia.

La cena era exquisita y Ahmed y su familia unos excelentes anfitriones. Narraron todo tipo de historias que habían vivido con otros comerciantes.

Cuando finalizó la cena, las hijas de Ahmed se retiraron mientras su padre comenzó a tratar el asunto que les había reunido.

—En estos momentos estoy en disposición de ofreceros veinte fardos de la mejor seda de Oriente —explicó el sarraceno—, y si el negocio va bien podría enviaros cinco mas cada mes.

—¿De qué manera? —preguntó Alan.

—La formula es fácil, nosotros vendemos seda y lino a los comerciantes cristianos del norte, y desde allí transportan tejidos a Francia, en la mayoría de los casos llegan hasta Paris. Pero podría asegurarme de que un cargamento llegara hasta Ruan y luego embarcara hasta vuestra tierra.

En Aberdeen el gremio había impuesto aranceles a los barcos de la Hansa, pero nadie sospecharía que un barco francés trajera un cargamento a los Daghish.

—Sería fantástico —respondió Alan—. ¿Cuánto nos costaría cada fardo?

—Diez monedas de plata.

Alan suspiro, el precio era mucho más alto que el de la Hansa, pero también la calidad era mayor.

—Solo podemos pagarte seis monedas —contestó Alan—. Pero garantizamos una buena venta cada mes, y un cliente de por vida.

—Lo podría rebajar hasta ocho —repuso Ahmed mientras degustaba un té con piñones—. Tan solo impongo una condición: si el cargamento es robado o

uno de los barcos naufraga no me hago responsable de las pérdidas.

Alan pensó que lo del barco era justo, nadie podía luchar contra las inclemencias del tiempo, pero no tenía culpa del robo de las mercancías.

—Está bien, amigo —dijo Alan, extendió su mano y Ahmed se la estrechó—. Has ganado un cliente de por vida.

El árabe sonrió abiertamente y brindó con el aromático te que les había servido en su bella mansión.

Un par de meses después de su viaje a Al Ándalus la seda comenzó a llegar con regularidad. Alan consiguió que las mercancías llegasen por tierra al puerto de Ruan, el mayor de Normandía, y desde allí embarcaran en galeras que cruzaban el canal de La Mancha hasta llegar a tierras británicas.

Recogían las mercancías con nombre falso en Edimburgo y desde allí las transportaban por tierra en carromatos hasta Aberdeen, de esa forma Alan conseguía burlar los aranceles.

A partir de ese momento el gremio no pudo hacer nada para impedir que los Daglish vendieran sus mercancías. En poco tiempo la tienda volvió a recuperar la clientela habitual, incluso la aumento, los productos del sur de Europa eran de mayor calidad que los que proporcionaba la Hansa.

Capítulo XVIII

Aquella mañana era la víspera de pascua, y como era habitual la ciudad se levantó de buen humor, llevaban todo el año esperando aquella celebración.

A pesar de que en un primer momento la iglesia se había opuesto por considerarla una fiesta pagana, con el tiempo tuvo que aceptarla y la transformo de tal forma que parecía obra suya.

La fiesta se celebraba con mayor énfasis en Francia, pero desde que los normandos invadieron las islas Británicas en el 1066 se extendió por casi todo el territorio.

«La fiesta acabo siendo el antecedente de los carnavales que se popularizo entre la población»

La celebración comenzaba con el día de la Natividad, era el de menor acogida entre la población, pero ya se respiraba un ambiente festivo entre los ciudadanos que se percibía en su entusiasmo.

Mary y su padre acudieron a la catedral junto al resto de sus vecinos y contemplaron como una joven montada en un asno hacia su entrada por las puertas con un niño en las manos. Luego se cantó una misa que nada tenía que ver con la cristiana mientras el burro no paraba de rebuznar, lo cual dio lugar a risas y aplausos por parte de todos los asistentes. El dueño del asno se hizo muy popular ya que estaba muy bien instruido.

—Muchos años los burros tienen la lección tan bien aprendida que cada vez que el sacerdote dice amen replica con un rebuzno —le explicó Malcom a su prima Mary que reía sin parar.

Aquello hacia las delicias de jóvenes y mayores, incluso el sacerdote lo acogía de buena gana, ya que lo interpretaba como que el burro estaba atento a sus enseñanzas.

Por la tarde se montó un mercadillo de navidad que duraba el mismo tiempo que las celebraciones. Mary acudió con sus primas, al fin había hecho las paces con Susanne y le pidió que fuese su dama de honor. Atravesaron los puestos de una punta hasta la otra donde se vendían artículos de artesanía y fruta escarchada. Muchos pasaban la tarde hasta altas horas de la madrugada en las tabernas; aunque algunos no necesitaban que fuese navidad para que eso ocurriera.

Pero ahí no acababa la fiesta, ya que tres días después se celebró «La fiesta de los Inocentes» en la que los niños eran los protagonistas por lo que Charlotte y Jamie estaban pletóricos de alegría. La fiesta estaba relacionada con la historia bíblica de la matanza de Herodes.

El más pícaro de la ciudad fue elegido entre cientos de niños de la misma edad y condujo la misa vestido de sacerdote tomando el rol de los adultos. El de aquel año era un chico muy delgado que lucía un aspecto ridículo, lo habían vestido con una sotana tres tallas más grande que la suya y le sobraban mangas por todos lados.

El niño sacerdote subió al altar a sabiendas de que le aprobarían todo tipo de fechorías y comenzó a lanzar pequeñas bolas de barro con un tirachinas a los asistentes que se escondían entre la bancada para no ser alcanzados.

Jamie se lo pasó en grande, recogía las bolas con presteza y se las volvía a lanzar al sacerdote. Luego comenzó a soltar ranas y saltamontes que llevaba en una bolsa y la iglesia se transformó en un croar que hizo las delicias de los presentes.

Sin embargo, la celebración que todos esperaban era «La fiesta de los locos» posterior a la de los inocentes, pero al seguir un orden consecutivo parecía enlazarse la una con la otra como si fuese una celebración continua que no tuviese final.

Mary jamás había asistido a una de estas celebraciones y Alan llevaba tantos años sin hacerlo que apenas la recordaba de cuando era un niño. Solo se acordaba de haber intervenido en la fiesta de los inocentes cuando no levantaba dos palmos del suelo, en aquella ocasión habían llevado una lona con agua y cuando el sacerdote abrió la puerta de la capilla lo bañaron de pies a cabeza.

Las fiestas se celebraban en el interior de la catedral, lo que daba a entender lo importante que eran para todos los feligreses. La idea era sacar a la luz lo opuesto a las normas que regían la sociedad.

Susanne le había comentado a Mary que aquel día dejara de pensar como una señorita. Mary no sabía muy bien cómo interpretar sus palabras. No tenía ni la menor idea de lo que encontraría entre los muros del santuario al que siempre había venerado con tanto respeto; todavía recordaba al padre Mc Collum obligándola a cumplir penitencias.

El día comenzó con las primas de Mary irrumpiendo en su habitación, sin

mediar palabra dejaron sobre su cama un traje de su hermano que habían remendado.

—Pero ¿qué diantres es esto? —exclamó Mary al comprobar que le sobraban dos brazos en cada manga de la camisa.

—Te dije que hoy todo es muy especial —respondió Susanne divertida al ver la cara que ponía su prima tras comprobar que tenía que verse de hombre.

Al principio se negó, pero acabo aceptando a regañadientes.

Cuando acabaron de vestirla tras utilizar innumerables broches y alfileres para ajustar la blusa la llevaron frente al espejo, recogieron su cabello y la peinaron hacia atrás.

—Y ahora para que la transformación sea completa un último retoque —dijo Charlotte que llevaba un carboncillo entre las manos y comenzó a pintarle un bigote frente al espejo.

Mary intento resistirse pero luego comprendió que aquello formaba parte de la fiesta y se metió de lleno en la celebración.

Acto seguido sus primas realizaron la misma operación, Susanne se pintó una barba y se dejó grandes patillas.

—Recuerda Mary, que hoy el mundo gira al revés —le explico Susanne—. Las mujeres se visten de hombre, y los hombres de mujer. Los pobres son ricos y los ricos pobres. Los diestros utilizan la mano izquierda y viceversa.

—Y se duerme durante el día y se festeja por la noche —añadió su tía que entraba en ese momento en la habitación.

Tras bajar a la sala comunal las risas no se hicieron esperar, su tío Archibald bajó vestido con una falda de mujer que apenas le entraba debido a su enorme barriga cervecera.

—Cada año estoy más gordo —aseguró a su mujer—. Incluso las niñas se ríen de mí. Cuando llegue a la taberna seré el hazme reír de toda la ciudad.

—No he tenido tiempo para retocar la falda. Lo mejor es que lleves una cofia para que nadie te reconozca —respondió Anne y comenzó a reír como no lo había hecho en años.

Justo en ese momento bajó por las escaleras su hijo Malcom, las risas se transformaron en algarabía y todos comenzaron a aplaudirle incluida Mary, mientras se ponía rojo como un tomate vestido con un habito de monja.

—¿Que tal estas hoy, hermana? —le preguntó Susanne a carcajadas.

Malcom sonrió.

—Ahora comprendo lo que me explicaste ayer —contestó Mary a Susanne.

—Pues todavía no has visto nada —le respondió su prima esperando a que llegaran a la catedral donde se iniciaba la fiesta.

Un instante después entraron Jofrey y Alan resonando las campanillas vestidos de bufones.

—¿Donde están vuestros trajes de mujer? —preguntó Archibald.

—No encontramos ninguno —explicó Alan.

—Es que no estamos lo suficientemente ridículos —agregó Jofrey sintiéndose el hazme reír de la fiesta.

Todos asintieron al unisonó sin parar de reír.

Cuando salieron a la calle Mary comenzó a disfrutar del ambiente, jamás había vivido una fiesta como aquella, las mujeres se habían transformado para parecer hombres, y los hombres estaban aun mas ridículos con sus faldas y sallas.

Al llegar a la catedral vieron como el jolgorio era descomunal. Los asistentes señalaban hacia la pequeña puerta del ábside por donde entraban los miembros del clero; sacerdotes, diáconos y monaguillos, todos sin excepción iban vestidos de mujer, y para más escarnio llevaban vestidos ajustados.

Como los sacerdotes no tenían quien los vistiera de mujer se dejaban aconsejar por los miembros más jóvenes de los gremios a los que se les ocurrían las ideas más disparatadas. Un par de años atrás los habían disfrazado de prostitutas, pero el jolgorio fue tal que el clero se negó a vestirse nunca más de aquella forma.

Una vez dentro de la catedral, llegó el momento de elegir al que hiciera la mueca más ridícula u obscena para ser nombrado el «Papa de los locos» la mayor distinción que se otorgaba aquel día.

El elegido fue el zapatero Edmund, miembro de uno de los gremios con más solera de la ciudad.

Su primera medida fue cambiar el incienso de la catedral e hirvió un par de zapatos viejos y el recinto comenzó a oler fatal, pero como varios integrantes del gremio se quejaron de que era insuficiente se quito los calcetines.

—Si los zapatos no han sido suficientes para vosotros —gritó en voz alta— esperar a oler los de mi primo que trabaja en una mina.

Todos en la catedral soltaron una sonora carcajada, aunque las risas se acabaron poco después, los calcetines de su primo olían realmente mal, nadie recordaba en que mina trabajaba pero preferían no hacerlo.

Una vez que la catedral olía a perro muerto, el Papa de los locos tomo la

palabra, y haciendo uso del lenguaje más obsceno y vulgar oficio una misa en latín en la que se invento la mitad de las palabras. La gente disfrutaba con las obscenidades, pero los que más reían eran los miembros del clero tras comprobar el nivel tan pobre que tenían en latín.

—Os cambio a mi esposa por este candelabro —le dijo el zapatero al sacerdote mientras se envalentonaba con la homilía.

—Hoy desempeñáis el papel de Papa y no podéis estar casado.

—Lo dice en serio padre —respondió —no sabéis cuanto tiempo llevaba deseando oír esas palabras. Eso quiere decir ¿que hoy puedo acostarme con otra con el beneplácito de la iglesia?

Todos en el hemicycle comenzaron a reír, mientras el reverendo bendecía al Papa de los locos. La única que miraba apesadumbrada era su esposa que no sabía si tomar en serio o en broma sus palabras.

—¡Ilustrísima! —gritó el Papa de los locos desde el pulpito cuando vio entrar al obispo por la puerta.

Uno de los curtidores disfrazado de monje se acercó a él y le cortó el paso.

—La contraseña.

El obispo que aquel día llevaba unas grandes orejas de burro no entendía nada.

—Esta es una reunión privada y necesita una contraseña —repitió el Papa mientras todos reían sin parar— ¿Quién le ha invitado?

La esposa del zapatero corrió desde la primera bancada y le susurró al oído la contraseña.

—No pienso decir eso —refunfuñó el obispo enfadado.

El monaguillo comenzó a darle puntapiés en el trasero mientras el obispo avanzaba entre los bancos.

—¡Culos arriba! —gritó finalmente tras comprobar que las patadas cada vez eran más fuertes.

Dos estibadores disfrazados de ninfas que corrían despavoridas por el crucero lo miraron y se levantaron la falda.

Una carcajada atronadora se oyó en la catedral, mientras el obispo miraba avergonzado.

Cuando llegó a la altura del prior llevaba la cara encendida.

—Odio esta fiesta —aseguró en voz baja entre el grupo de eclesiásticos.

—Alégrese de que tan solo sea una vez al año.

—A mí me han hecho tararear la canción de Rolando antes de entrar —le informó el sacristán—. Las risas han sido incluso mayores.

En ese momento el Papa de los locos llamo a su hermano que era tartamudo y lo situó en el altar frente a la sagrada escritura.

El campesino que además de su tartamudez no sabía leer ni escribir comenzó a recordar todas las palabras que conocía en latín.

Pasados unos minutos el mismo no paraba de reír frente al estruendo de los feligreses.

Mary susurraba a su prima que era la celebración más divertida a la que había asistido, y eso que no sabía que aun quedaba el broche final.

—Sir Timothy Chapman —anunció con una voz de consumado orador el Papa de los locos.

Todos rieron, silbaron y gritaron al ver aparecer a Timothy, uno de los tontos de la ciudad que vestía un jubón cubierto por una capa de piel de la mejor calidad.

—¡Mirad! si parece el mismísimo Robert Bruce —dijo Sam, el barbero.

Timothy sonrió cuando lo compararon con el rey. Llegó al altar y le entregó al zapatero el pergamino que habían redactado para él.

Como ninguno de los dos sabía leer llamaron al sacristán para que fuera traduciendo el contenido. El texto era anónimo. El autor pretendía pasar desapercibido para que nadie supiera quien había blasfemado contra la iglesia.

Muy a su pesar el sacristán se prestó al juego al que no podía negarse y comenzó a susurrar en voz baja el texto del pergamino.

—Yo sir Timothy Chapman por la gracia de Dios y de su espíritu —dijo y se santiguo poniéndose de rodillas con los brazos en cruz cinco veces, todos en la catedral rieron—, ordeño...

—ordeno —le rectificó el sacristán.

—Y yo ¿que he dicho? —le preguntó Timothy.

—Ordeño.

—¿Y no es lo mismo, su santidad?

El sacristán se llevó las manos a la cabeza, mientras la gente reía sin parar.

—Repite conmigo: ordeno —le dijo una vez más.

—Ordeño que las tierras colin antes con la ribera del gio sean para Tymothy Chapman.

Timothy comenzó a pegar saltos sin parar y se subió al altar.

—Bájate de ahí, Tomy —le gritó el prior.

El tonto escupió en el altar y limpio la mancha que habían dejado los zapatos con la manga de su jubón.

Vamos Tomy, déjalo ya —le reprochó el prior al ver restregar su mugrienta manga—. Nosotros lo limpiaremos.

—Es que se me ha caído la baba ¿Pero sabes qué?

—Dímelo a mí —dijo el Papa de los locos mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

—Que me da igual, porque tengo más.

Una gran algarabía se extendió por la bancada, incluso el obispo reía por lo bajo.

—Lo siento, doña sacristía —respondió Tomy—, pensé que le gustaría.

El sacristán prosiguió leyendo el texto.

—Una cagada en la sacristía te alegrara bien el día.

La algarabía se transformó en jolgorio y todos saltaron de sus asientos. El sacerdote no veía la hora de acabar el texto.

Cuando Tomy acabó el sermón el grupo salió en fanfarria por las calles de la ciudad y fue seguido por el grueso de la población, la crudeza de una vida de arduo trabajo y la excesiva rigidez de las privaciones daban lugar a que la fiesta de los locos fuese vivida con auténtico fervor.

El Papa de los locos vivió con pasión su gran día, era transportado de un lado a otro de la ciudad en una silla de paladín desde donde a voz en grito dirigía a los ciudadanos con un báculo en la mano. El recorrido era el esperado, hacían parada en cada taberna de la ciudad; al principio los propietarios estaban encantados hasta que entrada la tarde se les acababa el dinero y tenían que compartir comida y bebida gratis por orden del Papa.

Capítulo XIX

Una mañana unos niños que jugaban en la playa donde se produjo el intercambio con los McAllyster encontraron en la orilla un cuerpo con los pantalones y la camisa hecha jirones; parecía como si se hubiese caído de un barco y la marea lo hubiese arrastrado hasta la orilla.

Los niños se acercaron hasta el cuerpo para comprobar si estaba vivo.

—Hazlo tu, James —dijo su amigo, George—, eres el jefe del grupo.

El niño que era un par de años mayor que el resto se acercó sigilosamente, aunque estaba muerto de miedo intento no aparentarlo. Puso la mano sobre su hombro, lo empujó y el cuerpo comenzó a balancearse.

—Debes hacerlo más fuerte —insistió Samantha, la más pequeña de las dos niñas que integraba el grupo.

James asintió sin tan siquiera mirarla, temía que no estuviese muerto y que lo agarrara por el cuello. Una vez más hizo acopio de valentía y volvió a empujarlo, esta vez el cuerpo cayó boca arriba sobre la arena.

Tenía moratones y rasguños en la cara, pero ya no sangraba, la sal marina había cauterizado las heridas con rapidez.

Fue en ese momento cuando todo el grupo se acercó a mirarlo.

—Es muy guapo —aseguró Kate a pesar de que llevaba varios días sin rasurarse y lucía una tupida barba que le tapaba la cara. A pesar de ello aparentaba ser un tipo alto de cabello rubio y fuertes músculos que parecía curtido en la mar.

—Lo llamaremos Gunter —exclamó George—. Parece sueco.

De repente el tipo tosió, y los niños salieron corrieron aterrorizados y fueron a buscar a sus padres.

A media tarde aparecieron los hombres del sheriff, un médico del hospital y un joven sacerdote del monasterio por si había que darle la extremaunción. Cuando llegaron el tipo continuaba tumbado, pero no paraba de toser por el agua salada que había ingerido.

El sacerdote le dió un poco de agua y poco a poco fue recobrando la conciencia.

El médico le hizo un rápido reconocimiento y dictamino que debían llevarlo al hospital para un examen más exhaustivo.

—¿Cómo te llamas hermano? —le preguntó el sacerdote tratando de que se

inclinara y bebiera un poco mas de agua.

El tipo sacudió la cabeza, parecía no entender nada de lo que le preguntaban. Aquella mañana las olas golpeaban con fuerza los acantilados.

—Sin lugar a dudas no es escocés ni tampoco inglés —dijo el médico—, debe venir de algún lugar del continente.

El sacerdote lo intentó en latín y más tarde en francés pero el resultado fue el mismo aquel tipo no entendía nada.

—La conmoción ha podido acarrear graves trastornos —explicó el médico—, es muy extraño que no hable ninguno de estos idiomas.

—Lo llevaremos al hospital. Con unos días de descanso puede que se recupere.

Los oficiales del sheriff trajeron un camilla y transportaron a Gunter (que fue como todos comenzaron a llamarlo) hasta el hospital.

El edificio quedaba a las espaldas de la catedral, formaba parte del monasterio y en los últimos años se había ampliado debido a las epidemias de peste y hambrunas.

En la ciudad se corrió la voz de que habían encontrado a un hombre semidesnudo en las cercanías de la playa.

Nadie recordaba ningún naufragio reciente, ni habían recibido noticia alguna de un tripulante que hubiese saltado por la borda; ni siquiera de un polizón.

Sea como fuere lo que comenzó como un rumor se fue extendiendo por toda la ciudad y se convirtió en la comidilla de sus habitantes.

Gunter continuaba con fiebre ingresado en el hospital, aquello preocupaba a los médicos que pensaban que podía tratarse de peste negra, la mayoría de las veces la epidemia se propagaba por las ratas de la despensa de los barcos, y generalmente provenía de Oriente.

—Apuesto cinco peniques a que es eslavo —dijo Ian Mc Collum mientras apuraba su jarra de cerveza al final de la calle Richmond en The Wild Horse.

—¿Y cómo estas tan seguro? —le preguntó Archibald, el hermano de Alan, —si ni siquiera has viajado hasta Edimburgo.

Todos en la taberna se echaron a reír.

—Lo sé, porque una prima mía de Dundee contrato un aprendiz de carpintero con los mismos rasgos. Esos esclavos malviven en la miseria y siempre están deseando enrolarse en algún barco que les transporte a un lugar civilizado.

—Acepto la apuesta —respondió Dennis Frazer que traía un par de jarras

de cerveza desde la barra—. Los tipos de cara tan alargada y esos dientes de conejo provienen de Aquitania. Son un híbrido entre los hombres y las liebres.

Todos volvieron a reír, incluido Frazer, estaba tan achispado que ya no recordaba cuantas cervezas había bebido.

La conversación continuó hasta altas horas de la madrugada, todos hacían sus apuestas argumentando los lugares más recónditos del planeta.

En los días siguientes las apuestas aumentaron hasta tal extremo que todos querían ir a visitarlo al hospital y hablarle en diferentes idiomas. La situación llegó a ser tan caótica que el médico y el prior del monasterio tuvieron que prohibir la entrada, aquello se había convertido en una atracción de feria.

Mientras tanto en el hospital el padre O Callahan continuaba cuidando de Gunter desde el primer día, al marinero (si es que lo era) se le veía cada día más repuesto; sin embargo, continuaba sin hablar, solo asentía o negaba con la cabeza cuando le traían algún alimento o lo llevaban a dar un baño, lo cual parecía no gustarle demasiado.

Susanne trabajaba como voluntaria junto a las monjas que atendían a los enfermos. Poco a poco fue conociendo mejor a Gunter, aunque continuaba sin hablar. El chico le sonreía cuando traía la comida y tenía un brillo en los ojos que no demostraba por el resto de los empleados del hospital.

Susanne continuaba prometida a pesar del secuestro, y además esperaba un hijo de Robert Hamilton. Al principio no tenía claro si las galanterías de Gunter le gustaban o desagradaban, pero más bien se decantaba por la primera, ya que el chico era guapo y simpático, y demostraba buenos modales algo que agradaba mucho a la prima de Mary.

Los miembros de los más importantes gremios de la ciudad no especulaban con apuestas absurdas como el resto de los ciudadanos; ellos estaban convencidos de que el marinero era de origen alemán, la Hansa contrataba a tripulantes de todas las regiones de Alemania: sajones, renanos, bávaros, prusianos; y era imposible conocer todos los idiomas. Por su edad lo más probable es que aquel fuese su primer viaje, por lo que no había aprendido ninguna palabra en inglés o gaélico.

Una mañana el chico comenzó a farfullar unas palabras inteligibles que nadie había oído jamás. Los comerciantes no habían oído hablar aquel idioma, no se parecía al alemán ni mucho menos al inglés, y las palabras que utilizaba tampoco eran de raíz latina.

El padre O Callahan fue a visitarlo junto al prior y dos de los monjes que

trabajaban en el scriptorium del monasterio, los más versados en lenguas extranjeras en muchas millas a la redonda.

—Jamás había oído hablar esa lengua —reconoció el hermano Friederich mientras Gunter intentaba ponerse en contacto con ellos, aunque más que una lengua lo que el marinero emitía eran unos sonidos guturales que ni siquiera parecían un idioma.

—No es de raíz latina, de eso no me cabe la menor duda —esgrimió el prior Joseph mientras lo oía hablar extasiado.

—Ni mucho menos parece germánico. A pesar de lo que argumentan los miembros del gremio pase mi juventud en un monasterio de Baviera y escuche diferentes dialectos de la región, y su lengua no se parece a ninguna de ellas.

Al fondo se oía toser y quejarse al resto de los enfermos.

—¿Y si fuera griego? —intervinó otro monje, un tipo menudo con la coronilla afeitada que arrastraba los pies al andar.

Todos se quedaron meditando aquella opción, nadie en la congregación hablaba el idioma de Platón ni lo había oído jamás.

—Su apariencia física no es la de un griego. Los mediterráneos son morenos y utilizan un tono de voz alto al hablar.

El prior recordó que había un ejemplar de la *Ilíada* escrito en griego; corrió hacia el refectorium abrió con llave la vitrina donde estaba guardado y se lo entregó.

El marinero sonrió cuando lo tomaba en sus manos.

El padre le hizo un gesto con el dedo para que lo leyese, pero el marinero negó con la cabeza como si no supiera leer.

—Déjame ver —dijo el prior—, cogió el libro con la mano derecha y comenzó a leer sin saber si su pronunciación en griego sería la correcta.

Los monjes se dieron la vuelta y comenzaron a reír en voz baja. Finalmente se dieron por vencidos, todos pensaban que vendría de una tierra lejana de la que no habían oído hablar jamás.

Susanne supo lo ocurrido aquella tarde en el hospital, los monjes se estaban cansando de la presencia de Gunter, después de tres semanas no había pronunciado ni una sola palabra en cristiano.

—¿Qué ocurre Susanne? —le preguntó su padre en la cena, una sopa de cebolla con pan, centeno y nabo hervido.

—He oído como el padre O Callahan comentaba que las heridas de Gunter están cicatrizando y la fiebre ha desaparecido. En un mes podrían darle el alta.

—Pero si no entiende ni una palabra de nuestro idioma. ¿Cómo quieren que

se gane la vida? Se morirá de hambre en las calles.

Susanne se encogió de hombros, pensaba igual que su padre; comprendía que un enfermo no podía ocupar eternamente una cama en el hospital, pero le había tomado cariño y no quería que lo pusieran de patitas en la calle.

—No te preocupes —dijo Malcom—. Se enrolara en otro barco.

—¿Y cómo va a entender las ordenes del contramaestre?

—Quizás no sepa hablar nuestro idioma, pero puede desempeñar su trabajo como el mejor de los marineros —argumentó su tío Alan, que aquella noche había sido invitado a cenar para realizar con su hermano el balance del último cuatrimestre.

—Puedes que tengas razón. No había pensado en ello.

—La mente humana es muy compleja —repuso Mary—, puede que haya perdido toda la memoria o quizás solo una parte.

Todos la miraron atónitos.

—No lo digo yo —añadió al ver que todos la escudriñaban con la boca abierta—. Lo argumenta el médico de los McAllyster. Algunos soldados sufren amnesia por los golpes recibidos en la batalla y de la noche a la mañana lo vuelven a recordar todo.

A su padre no le hizo gracia que nombrara a los McAllyster en aquella mesa; pero quizás el médico llevara razón.

—Los mejores médicos son árabes —dijo Alan bebiendo una jarra de vino de Flandes—. Durante las cruzadas todos nuestros médicos habían leído el manual del gran maestro Avicena —añadió y trinchó el pavo—. Escribiré una carta a nuestro amigo Ahmed en Al Ándalus para saber si conoce el idioma de Gunter.

—Pero tío, Gunter no sabe escribir —le recriminó Susanne.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Habéis probado a darle un pergamino para que escriba?

—Los monjes le trajeron un libro en griego para que lo leyera, y lo único que hizo fue sonreír.

—Quizás sonrió porque no entiende el idioma —inquirió su hermano Malcom.

—Susanne cariño, mañana cuando no te vea nadie llévale un documento y una pluma e intenta que escriba algo —dijo Alan—. Si lo consigues le enviare el documento a Ahmed para que lo traduzca. Los árabes conocen países de Oriente de los que no hemos oído hablar jamás.

—Lo hare a primera hora de la mañana. Debemos conseguir que la

respuesta llegue en menos de un mes, sino se verá en la calle.

Al día siguiente Susanne esperó tranquilamente a que el marinero desayunara y el médico fuera a visitarlo. Cuando lo encontró a solas le entregó un pergamino y una pluma de ave con un tintero.

Gunter volvió a sonreír al igual que lo había hecho con los monjes, por lo que pensó que no sabía leer ni escribir. Pero cuando ella iba a retirarle el documento, Gunter pareció recordar algo, cogió la pluma la mojó en el tintero y comenzó a escribir de derecha a izquierda.

Cuando acabó de escribir, Susanne enrolló el pergamino y lo guardó debajo de su capa para que los monjes no lo vieran.

A mediodía fue a buscar a su tío a la tienda y le entregó el documento.

Alan lo miró de arriba abajo.

—No soy ningún experto, pero la caligrafía se asemeja a la escritura cúfica que encontré en mi viaje en Al Ándalus.

—Pero tío eso es imposible. Mira lo rubio que es, no puede ser árabe.

—No tiene porque ser árabe. En Al Ándalus viven cristianos, llamados mozárabes que fueron sometidos por los musulmanes después de la conquista —respondió altivo—. También hay esclavos de origen eslavo comprados en el norte de Europa.

Susanne no entendía nada de lo que le explicaba, quizás fuera como el aseguraba, pero su intuición le decía que aquel marinero no había vivido con los árabes.

En cuanto el barco llegó a Edimburgo Alan llevó el correo que mensualmente mantenía con Ahmed y le pidió que tradujera la carta.

Durante el mes siguiente Gunter se recuperó del todo, ya paseaba por el monasterio y se le permitía salir al exterior; pero enseguida se demostró que aquello no era una buena idea, el sheriff había intentado acabar con las apuestas, pero cada vez que recorría las calles de Aberdeen la multitud lo rodeaba y le hacía preguntas.

Finalmente los monjes decidieron que solo realizara paseos por el recinto del monasterio hasta que le diesen el alta.

Poco a poco el tiempo impuesto por el prior se fue cumpliendo y los Daghish temieron que le diesen el alta antes de lo previsto.

Cuando todo parecía perdido llegó el galeón procedente de Normandía que transportaba la seda de Al Ándalus acompañado de tan ansiada respuesta.

Alan abrió la carta mientras toda la familia se reunía a su alrededor en el almacén de la vivienda:

«Me cabe el placer de comunicaros —comenzaba el pergamino escrito en latín—, que la carta que me enviasteis no es árabe; supongo que al estar escrita de derecha a izquierda pensabais que formaba parte de nuestra lengua. He de decir que tampoco está escrita en lengua mozárabe, como me han confirmado mis sirvientes; ni tampoco es eslavo, idioma que jamás he leído, pero mis esclavos aseguran que la lengua de Alah no forma parte de su idioma.

Sin embargo, la investigación me intrigaba y decidí proseguirla. Una de mis esclavas traídas desde Oriente identifico el idioma, asegura que se trata de turco selyucida, idioma hablado en Asia Menor; con el que tanto cristianos como musulmanes hemos mantenido encarnizadas luchas. Desconozco como un marinero ha llegado hasta allí, pero se de buena tinta que tanto genoveses como venecianos mantienen el comercio por la ruta de la seda que atraviesa el territorio.

Sin más os saluda atentamente Ahmed, que Alah guarde a vuestra familia por muchas generaciones».

Todos los presentes se quedaron con la boca abierta, jamás habían oído hablar de aquel pueblo de Asia Menor, ni entendían como aquel chico de cabello rubio escribía en su lengua.

—Gunter debió pertenecer a algún barco mercante que flotaron los venecianos y llegó hasta sus tierras —argumentó Alan—. Lo que no comprendo es porque solo habla y escribe en turco. Lo lógico sería que lo hiciese en su idioma materno, ya que estoy convencido de que no es turco.

Después de la noticia los monjes decidieron que había llegado el momento de darle el alta. La mayor parte de la ciudad se sintió desolada cuando se propago a los cuatro vientos que el idioma que hablaba el marinero errante era turco, por supuesto nadie había apostado por aquel pueblo desconocido en Escocia; por lo que la apuesta quedó sin ganador.

Tras las suplicas de su hija, Archibald decidió acoger al chico, pero solo hasta que fuese capaz de arreglárselas por sí mismo. Susanne y Malcom le enseñaron a hablar gaélico, y con el paso de las semanas comenzó a desenvolverse con facilidad, aunque le costaba bastante asimilar el idioma. Descubrieron que tenía buenas dotes para la carpintería, aquel debía ser su oficio en los barcos, en el tiempo que paso interno en el hospital intento

ayudar en la reconstrucción del ala oeste del monasterio.

Unos meses después mientras estaba tomando una jarra de cerveza junto a Malcom en la taberna de Los Delfines junto al embarcadero llegaron varios marineros procedentes de un barco de la Hansa.

Uno de ellos no le quitaba ojo a Gunter, y a Malcom le extrañó, pero lo más sorprendente era el interés que despertaba en él aquella conversación y las risas de la tripulación.

Al cabo de una hora el marinero se acercó a la mesa donde estaban sentados y le habló en su idioma.

—¿Lo conoces? —le preguntó Malcom en inglés.

—Aunque hace varios años que no le veo juraría que se trata de un viejo amigo llamado Karsten que se marchó de mi pueblo.

Al escuchar el nombre Gunter pareció reconocer el sonido.

—¿De dónde sois? —quisó saber Malcom.

—Somos marineros holandeses. Trabajamos en un barco de la liga Hanseática. Nuestra ruta es de Estocolmo a Ámsterdam, pero el capitán está ampliando el recorrido.

—Karsten soy Johan ¿no me recuerdas? —le dijo mirándole fijamente a los ojos.

—Ha perdido la memoria —intervinó Malcom—. Lo encontramos varado en una playa y solo habla turco.

—¡Turco! —exclamó el holandés en voz alta—. Ahora comprendo lo que sucede aquí. Desde hace años los holandeses comerciamos con Oriente y traemos las más bellas flores que puedas imaginar. Se llaman tulipanes y su comercio ha crecido como la espuma. En Holanda todas las casas las tienen plantadas en su jardín.

El holandés prosiguió hablando con Gunter repitiendo su nombre una y otra vez. Poco después se unieron varios marineros del barco al conocer la historia de aquel marinero errante.

Con el paso de las horas como si de un niño pequeño se tratase Gunter o mejor sería llamarlo Karsten, comenzó a repetir las palabras que sus compatriotas pronunciaban en holandés.

Malcom fue a buscar al médico del hospital y le explicó la historia.

—Eso solo tiene una explicación. Ha debido pasar bastante tiempo preso en Asia Menor —dijo el doctor—. Al caer del barco se golpearía la cabeza y al despertar solo hablaba el último idioma que recordaba antes de llegar a

Europa.

El prior, el alcalde y los miembros del consejo gremial fueron aquella noche a la taberna y vieron como el chico volvía recuperar su idioma mientras su amigo le hacía recordar parte de su infancia.

Dos días después el barco holandés zarpó con Gunter a bordo y agradeció a todos su ayuda.

—Me habéis hecho sentir en casa desde que llegue a vuestra tierra — explicó en voz alta, con su mejor gaélico—, pero debo volver a Holanda con mi familia. Mi oficio es carpintero, y mis compatriotas me han ofrecido un puesto en su barco.

Los Daghish y todos los presentes asintieron con una sonrisa, Gunter no apartaba la mirada de Susanne aunque sabía que estaba prometida.

—Volveré a Aberdeen siempre que pueda, y nunca podre agradecer lo suficiente que me hayáis salvado la vida.

Aquella tarde antes del ocaso el Volendam zarpo del puerto de Aberdeen de regreso a casa con Gunter a bordo; el holandés errante que un día llegó a sus tierras.

Capítulo XX

Poco tiempo antes de llegar la primavera una compañía de teatro ambulante había llegado a la ciudad, era un grupo itinerante que recorría el país sacando una sonrisa durante las fiestas patronales a jóvenes y adultos.

La función comenzaba con un teatro de marionetas. A la vuelta del trabajo Malcom se detuvo en la plaza principal y se quedó fascinado con aquella actuación.

No pudo reprimir su entusiasmo al ver el soberbio diseño de los muñecos de trapo que tanto le recordaban a las maderas que tallaba. Al acabar el espectáculo corrió desde el mercado central y fue a buscar a Mary a la tienda.

En aquellos momentos tan solo había una clienta comprando un rollo de tela para confeccionar una gruesa capa de lana, el invierno era duro en el noroeste de Escocia y cualquier ropa de abrigo era bienvenida con aquellas gélidas temperaturas.

Esperó en la calle hasta que la clienta se marchó y entró.

Mary se encontraba enrollando unos fardos de tela mientras buscaba en el estante el rojo escarlata que acababa de vender.

—Acaba de llegar a la ciudad una compañía de cómicos ambulantes —anunció Malcom—. Han instalado un pequeño espectáculo de marionetas en la plaza mayor y esta noche representaran una comedia ¿Te gustaría acompañarme?

Mary se quedó perpleja ante tal cantidad de información pero asintió sonriente cuando acabo de procesarla.

—Dentro de media hora llegara mi padre y me ayudara a cerrar. Pasare por tu casa y llevaremos a Charlotte y Jamie. Seguro que les encantara.

Malcom sabía que a su hermana pequeña le encantaría la función, pero anhelaba quedarse a solas con Mary una vez más.

Cuando caía la noche se dirigieron calle arriba hacia la plaza mayor.

En un pequeño escenario las marionetas representaban una obra en la que un campesino robaba las joyas de un señor; en represalia este salía corriendo tras ellos y les atizaba en la cabeza con un bate de madera mientras los niños reían sin parar.

Al final de la obra la historia daba un giro, los campesinos se revelaban contra el conde que perdía sus tierras a manos de la iglesia.

Al acabar la obra Malcom distinguió a uno de los actores que movía los hilos de las marionetas, era Tom Murdock, un aprendiz de carpintero que vivía dos calles más abajo hasta que se marchó de la ciudad.

Malcom se abrió paso entre los niños y fue a su encuentro.

—¡Tom Murdock! —exclamó— ¿Qué haces por aquí?

—Ya ves, amigo. La vida da muchas vueltas —respondió con una sonrisa y guardó las marionetas en una pequeña bolsa—. Busque trabajo en Edimburgo hasta que mis huesos acabaron en esta compañía.

—He venido con mi hermana y con mi prima —dijo señalando al otro lado del escenario— ¿Te apetece acompañarnos a la taberna?

—Esta noche estoy muy ocupado —contestó—. Tengo que... —incapaz de acabar la frase cruzó la mirada con Mary y se quedó sin palabras.

—¡Vamos! —insistió Malcom dándole una palmada en el hombro—. Por los viejos tiempos.

—Está bien —aceptó sin apartar los ojos de Mary—. Pero solo una cerveza. Esta noche tenemos actuación.

Malcom les presentó y se dirigieron a la taberna más cercana donde se sentaron en una destartalada mesa. Tom les explicó que compaginaba las marionetas con la función de teatro que se representaba aquella noche.

—¿De qué trata la obra? —preguntó Mary.

—Interpretamos los cuentos de Canterbury —respondió Tom con una cerveza en la mano—. Son breves historias de diversas temáticas.

Mary asintió levemente, no había oído hablar de la obra, pensaba que representarían Beowulf o las leyendas artúricas.

—En Inglaterra es un gran éxito —añadió el ver que todos guardaban silencio.

Aquella tarde reinaba un ambiente festivo en la taberna, la llegada de la compañía siempre era bienvenida. Algunos de los clientes eran compañeros de Tom, a la gente de Aberdeen le agradaba ver caras nuevas.

—¿Como conseguiste que te admitieran en la compañía? —quisó saber Malcom con sumo interés.

—No fue complicado. Los vi actuar una tarde y les dije que quería unirme a ellos.

—¿Así de fácil? —se extrañó Mary.

—Bueno... Ya sabes... Parece una vida con mucho glamour, pero tiene sus inconvenientes: si la recaudación no es buena no cobramos, y si el público no se divierte lanzan tomates y a veces piedras. Es un trabajo duro, la mayor

parte del tiempo apenas sobrevivimos.

Mary se fijó en que Tom no apartaba la mirada de ella ni un solo momento, lo cual no le desagradaba.

Era un chico guapo de cabello rubio e intensos ojos azules, y a diferencia de los hombres a los que conocía era atento, galante y sensible. Llevaba los ojos pintados para la siguiente actuación y transmitía un fuerte magnetismo que comenzaba a intimidarla.

—¿Vendréis a ver la función de esta noche? —le preguntó a Malcom.

—No me la perdería por nada del mundo —respondió Mary.

Malcom estaba tan entusiasmado con la representación de teatro que no se percató del flirteo que mantenía con su prima.

Tom se despidió besando su mano y realizó una genuflexión. Mary quedó encantada, no estaba acostumbrada a tantas galanterías.

Aquella noche media ciudad se agolpó en las inmediaciones de la plaza mayor frente al improvisado escenario que los comediantes habían construido en solo un día.

La obra se dividía en varios actos, representaban varios cuentos, lo que otorgaba a los actores un amplio abanico de posibilidades. Todos interpretaban más de un papel, en el entreacto se cambiaban de ropa y volvían a salir al escenario.

La compañía transformó la obra en una comedia, los asistentes solo querían divertirse, eran reacios a tediosas obras dramáticas que les recordaran sus duras vidas.

En el primer acto Tom aparecía vestido de un pícaro galán que enamoraba a la hija de un molinero y una noche desaparecía dejando la despensa vacía.

La muchedumbre aplaudió, vociferó, rió y en un par de ocasiones lanzaron restos de verduras al escenario.

Finalmente la obra fue un éxito, y el público irrumpió en una sonora ovación al acabar la función.

Malcom y Mary fueron a felicitar a Tom que iba vestido con una malla de color gris y un tupido sombrero verde. Lo encontraron en el recuadro formado por los carrmatos de la compañía.

—Ha sido espléndida —dijeron ambos al unisonó.

—Gracias —respondió Tom agradecido—. Me alegra que os haya gustado.

Un compañero de trabajo que pasaba por allí llamó a Malcom y Tom y Mary se quedaron un momento a solas.

—¿Volveremos a vernos? —le preguntó Tom a bocajarro, consciente de que solo dispondría de aquella posibilidad para demostrarle su interés por ella.

—Es posible —contestó Mary dejando una puerta abierta.

—Si todo va bien visitaremos a Aberdeen en verano —aseguró Tom con una sonrisa—, y volveré a buscarte.

En ese instante regresó Malcom sin que Mary pudiese contestar.

Tom se despidió y entró en el carromato, emprendían la marcha con las primeras luces del alba.

A la mañana siguiente Mary se despertó muy temprano, envolvió sus ropas en un hatillo y cerró la puerta de su habitación con sumo cuidado.

Al pasar junto a la habitación de su padre estuvo a punto de entrar y contárselo todo, pero sabía que jamás lo entendería. Bajó las escaleras y desayunó un par de huevos crudos.

Mary estaba a punto de realizar la mayor locura de su vida, había pasado toda la noche sin poder dormir, no podía apartar de su mente la función de teatro, y llegó al convencimiento de que era aquello lo que buscaba en la vida.

Se abrochó la capa y se bajó la capucha, hacia un intenso frío a primera hora de la mañana. Al llegar a la plaza encontró a los cómicos terminando de cargar sus enseres a punto de partir.

—¿Podrías decirme donde esta Tom? —le preguntó a un tipo que había interpretado al príncipe de Gales en la función.

Sin despegar los labios le señaló un pequeño carro al final de la fila.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer? —le preguntó Tom al pedirle que quería unirse a la compañía.

Ella asintió con seguridad.

Tom consultó con el director, y este accedió encantado. Por norma general las mujeres tenían prohibido actuar en las funciones, y los chicos jóvenes ejercían su papel en el escenario. Sin embargo, aquella compañía era una excepción.

Le indico que podía compartir el carromato con las mujeres de la compañía. Las chicas la recibieron con recelo, no les apetecía hacer espacio a una integrante más.

Antes de despuntar el alba partieron ante el inquietante silencio de la ciudad. Se dirigían a Glasgow donde ya habían cosechado un notable éxito el año anterior.

En un primer momento Mary pensó que todos los actores eran escoceses,

pero la compañía recorría la isla de un extremo al otro. Había actores de todas partes del país, incluso tenían previsto visitar Irlanda al año próximo.

A mediodía cuando se detuvieron para el almuerzo Mary continuaba imbuida por el ambiente festivo que se vivía en la compañía. Sin embargo, a media tarde se apoderó de ella una extraña melancolía. Le preocupaba lo que pensaría su padre y lo que sería de Jamie, ya que se había convertido en una segunda madre para él. Pero para su sorpresa en quien más pensaba era en Malcom; su primo siempre se mostraba respetuoso y amable con ella, la invitaba a salir cada vez que tenía ocasión y siempre que podía le echaba una mano en la tienda.

Aunque nunca había pensando en él como algo más que un familiar porque su corazón a pesar de todo seguía perteneciendo a Ryan, aquella tarde comprendió que se estaba enamorando de él.

Se levantó y fue a buscar a Tom que estaba dando de comer a los caballos.

—Lo siento, Tom pero creo que he cometido un error. Debo volver con mi familia.

Tom asintió resignado y no intentó persuadirla, en el fondo sabía que llevaba razón.

—Volveremos a vernos el próximo verano —respondió y la besó en la mejilla.

En el siguiente pueblo preguntó si alguien se dirigía a Aberdeen. Un herrero que debía llevar una armadura al castillo se ofreció a llevarla.

Antes de que fuera noche cerrada, Mary regresó a casa avergonzada y contó toda la historia a su padre que la abrazó.

Los Daghish habían pasado todo el día buscándola temiendo que los McAllyster la hubieran secuestrado.

Capítulo XXI

A primera hora de la mañana Alan Daglish se dirigió al barrio judío de la zona norte de la ciudad. Desde que su negocio comenzó a prosperar mantenía relaciones comerciales con los prestamistas judíos que se habían establecido en Aberdeen a imagen y semejanza de las grandes ciudades europeas.

Los judíos además de prestamistas actuaban como banqueros y algunos comerciantes depositaban sus ahorros en sus manos en lugar de tenerlos guardado en casa donde corrían el riesgo de ser robados.

Alan lo había estado meditando durante varias semanas, no le gustaba dejar sus ganancias en manos de nadie; pero tras informarse supo de primera mano que el dinero en manos de los judíos no corría ningún peligro; es más, le aseguraron que cualquier miembro de la comunidad judía lo repondría si los de Aberdeen no cumplían con el pago.

La decisión final la tomó Alan gracias a Ahmed, el comerciante de Al Ándalus, que le ofreció que sus pagos se hiciesen a través de los judíos, de manera que no tendría que llevar el dinero en metálico hasta Edimburgo cada vez que los barcos trajeran la mercancía; aquello le ocasionaba una gran pérdida de tiempo ya que tenía que viajar constantemente hasta la capital de Escocia y contratar una guardia personal que le protegiese de forajidos en los caminos.

Cuando Alan llegó los encontró trabajando desde primera hora de la mañana. Los judíos no eran bien recibidos en la ciudad ya que eran considerados unos usureros y cada vez que había una crisis (epidemia o hambruna) siempre eran señalados como los culpables.

A Alan le encantaba aquella suntuosa vivienda decorada con bellos tapices y orfebrería traída desde Oriente, visitar sus salas era como viajar al otro extremo del mundo sin salir de Escocia. La intención de los judíos era impresionar a sus visitantes y en la mayoría de los casos lo conseguían con creces.

Lo condujeron por un bello patio que le recordó a las viviendas que había visitado en Al Ándalus, con la diferencia de que apenas podían disfrutarlo por culpa de la constante lluvia.

—Estas son las ganancias del último mes —le dijo Alan al comerciante judío, un tipo enjuto de nariz ganchuda, penetrantes ojos negros y cabello

grasiento.

Uno de sus ayudantes condujo el dinero a la antesala y cuando acabaron de contarle le entregó a Alan un pagare al que denominaban letras de cambio. Era parecido al que utilizaban los genoveses en el resto de Europa.

—Ahora estamos trabajando con un nuevo sistema —le informó el judío—. Además de las letras de cambio intercambiamos el equivalente del oro en dinero.

—¿Y qué ventajas ofrece? —preguntó Alan interesado.

—El oro jamás pierde su valor —respondió el judío—. Al contrario puede incrementarlo. La diferencia estriba en que cobramos una pequeña comisión por el intercambio.

Alan supuso que la trampa debía estar en alguna parte, no iban a ofrecer un intercambio tan ventajoso sin ningún motivo.

—De momento continuaremos con las letras de cambio —contestó Alan mientras apuraba una taza de té.

Se levantó, le estrechó la mano y salió de la casa en dirección a la iglesia.

Mientras atravesaba los serpenteantes callejones de la zona norte pensó que los sacerdotes no estarían de acuerdo con que cerrara acuerdos los domingos, que era el día del Señor, pero Alan apenas tenía tiempo el resto de la semana y aquel era el único día que podía acudir al barrio judío.

Cuando llegó a la catedral el grueso de la población se agolpaba a sus puertas. Existían iglesias en los distritos más importantes de la ciudad, aunque la del priorato era la más importante y donde acudían más feligreses.

Tras saludar a algunos clientes se dirigió a la bancada que tenía asignada su familia donde lo esperaban Mary y el resto de los Daglish.

Alan siempre acudía con precaución al sermón dominical, los rateros de la ciudad aprovechaban cualquier descuido para robar la bolsa a los acaudalados comerciantes. Algunos eran conocidos por el sheriff, pero otros procedían de las poblaciones cercanas a Aberdeen y solo acudían a la ciudad para el acto religioso.

El sacerdote comenzó la homilía con un párrafo del antiguo testamento en el que se apelaba a la bondad de los feligreses en tiempos difíciles.

Un perro comenzó a ladrar y un monaguillo tuvo que salir corriendo tras él hasta expulsarlo del recinto.

Era habitual que perros y gatos se colaran durante la homilía, ya que debido a la gran afluencia las puertas permanecían abiertas, muchos ciudadanos tenían que escuchar la misa desde el pórtico de la iglesia.

Tras la breve interrupción el sacerdote impartió la comunión y se formó una gran cola delante del altar.

Luego prosiguió con un padre nuestro.

Mientras se oficiaba el responso uno de los estibadores del puerto entro gritando.

—¡Fuego! ¡Fuego! Hay un incendio en la ciudad.

Alan salió corriendo de la iglesia, y atravesó la calle que lo separaba de la plaza mayor en un abrir y cerrar de ojos. Cuando llegó a su vivienda contemplo horrorizado como las llamas se extendían desde los cimientos hasta la planta superior.

Intentó entrar por la puerta pero varias personas lo frenaron en seco. Tendido de rodillas comenzó a gritar de impotencia, en el interior de la casa estaba todo lo que poseía. En un instante todos sus sueños se desvanecieron.

La multitud corrió hacia el lugar de los hechos, en unos minutos la calle era un autentico hervidero.

Poco después lleo Mary que no había podido seguir la carrera de su padre. Rápidamente lo levantaron del suelo para que las llamas no pudieran alcanzarlo.

Las tejas del techo caían una tras otra y la multitud gritaba histérica. Se oía el crujir de las vigas y apenas se podía respirar, el humo se introducía en la garganta y los ojos.

—Formad una cadena —ordenó el sheriff mientras una gran hilera de personas transportaba cubos de agua de un pozo cercano para intentar apagar el incendio.

Mary se situó en una de las filas pasando de mano en mano los cubos de agua, a pesar del gran esfuerzo no dejaba de pensar en que aquello seria la ruina de la familia ¿Qué harían a partir de ahora? No podía regresar a las tierras altas, y menos después de lo ocurrido tras el secuestro de su prima. Sus sentimientos por Ryan habían cambiado.

El trabajo fue titánico, lanzaron cubos de agua durante horas sobre la fachada, les llevo toda la noche apagar las llamas. Era fundamental que el incendio no se propagara al resto de la ciudad.

Las llamas fueron remitiendo poco a poco. A primera hora de la mañana solo quedaban rescoldos que tardarían más tiempo en apagarse, pero controlaron el fuego.

Mary y Alan cayeron extenuados tras detener aquel coloso en llamas.

Alan levantó la cabeza y descubrió que de la casa no habían quedado ni los

cimientos, el incendio lo había destruido todo, las pérdidas habían sido incalculables.

Archibald lloró de impotencia, había pasado toda su infancia en aquella casa, pero sobre todo lo sentía por su hermano.

—No tengo pruebas —dijo Alan mirando a su hija con los ojos llenos de rabia—, pero estoy convencido de que el incendio no ha sido fortuito.

—Has peleado como un titán —afirmó su hermano poniendo una mano en su hombro—. Nadie podía haber hecho más por su negocio.

—¿Que haremos ahora, padre?

Alan no pudo responder a aquella pregunta. Podía reconstruir la casa con el dinero que tenía guardado y seguir luchando por aquel negocio que tanto amaba, pero había la posibilidad de marcharse a otra ciudad donde los gremios no ocasionaran tantos problemas. No obstante, había nacido allí y tenía un vínculo inexorable con aquella ciudad.

—No lo sé, cielo. De momento iremos a casa de tu tío.

Capítulo XXII

Brendan Mc Allyster paseaba de arriba debajo en su castillo de las tierras altas planeando vengar la afrenta sufrida a su hijo. Si algo tenía claro es que debía eliminar a Alan Darglish, desde que había regresado de tierra santa no paraba de inmiscuirse en sus asuntos. Esta vez no se conformaría con secuestrar a Mary, quería darles una lección que no olvidaran jamás.

Finalmente decidió que su clan atacara la ciudad. La empresa era arriesgada ya que si el conde de Aberdeen se oponía al ataque acabaría siendo una lucha de clanes. No obstante Brendan pensaba que nadie se interpondría en una lucha personal que nada tenía que ver con la ciudad.

Una fría mañana irrumpieron en las calles de Aberdeen los jinetes de los Mc Allyster provocando el pánico en toda la ciudad; su mayor baza era el ataque por sorpresa.

Los guardias del sheriff desbordados ante aquel vandalismo intentaron defender a los habitantes de la ciudad, pero los jinetes sabían bien donde atacar. Entraron al galope en la calle donde vivían los Darglish. Alan y Mary seguían hospedados en casa de su hermano mientras reconstruían la suya.

Mary había salido con Charlotte a comprar harina para amasar pan. Alan se asomó a la ventana de la habitación y reconoció los colores de los Mc Allyster. En aquel momento no sabía quien había incendiado su casa, si los integrantes del gremio o aquel clan de las tierras altas al que odiaba con toda su corazón. Desde el regreso de tierra santa se había ganado demasiados enemigos y su vida comenzaba a ser un infierno.

Uno de los jinetes lanzó una antorcha por la ventana de la casa, mientras el sheriff alertado por los ciudadanos comando a sus guardias en la lucha cuerpo a cuerpo contra el grueso del ejercito enviado a la ciudad. El padre de Ryan no había escatimado en gastos y junto a sus huestes había contratado varios mercenarios para obtener la victoria. Eran tantos que la guardia del castillo se veía impotente para detenerlos.

Archibald y su esposa lograron apagar el fuego con rapidez.

—Debemos luchar en la calle —le advirtió Alan—, si nos quedamos encerrados quemaran la casa.

Alan y Jofrey corrieron a por sus espadas mientras Archibald y Malcom

Daglish cogieron las suyas.

Nada más salir por la puerta Alan se agachó giro sobre sí mismo, y rebañó las patas de un caballo, el cuadrúpedo relincho y el jinete cayó de la montura.

Debido a su gran estatura Malcom saltó sobre otro de los jinetes que esperaba a las puertas de la casa y lo desmontó del caballo.

En ese instante se oyó un fuerte grito:

—¡Ahora! —gritó Archibald, y desde la planta superior de la casa su mujer y su hija vaciaron dos jofainas de aceite hirviendo sobre los asaltantes.

El resto de los jinetes vieron que sus caballos no podían maniobrar en aquella calle tan estrecha. Comprobando que aun eran mayoría el jefe de los mercenarios desmontó del caballo y sus hombres le fueron a la zaga. Pero la lucha continuaba siendo desigual, eran quince contra cuatro.

Desde las ventanas de las viviendas las mujeres alentaban a los guardias del sheriff que se batían con el ejército de los Mc Allyster en la plaza mayor, incapaz de llegar hasta la casa de los Daglish para prestarles ayuda.

Alan y Jofrey blandieron al aire sus espadas de cruzados para intentar amedrentar a los hombres de los Mc Allyster que no sabían que se enfrentaban con un par de cruzados curtidos en mil batallas, consiguiendo que un par de ellos diesen un paso atrás.

—¿Qué ocurre? —preguntó el jefe de los mercenarios— ¿Es que no sois capaces de desarmar a unos viejos?

Malcom fue el único que no se dio por aludido apenas había cumplido los veinte.

El grueso de los hombres asintieron, por muy buenos guerreros que fueran seguían siendo minoría. Como si de una división matemática se tratase cada uno se repartió cuatro hombres, en un primer momento la lucha fue igualada fueron capaces de detener la embestida del grupo. El único que parecía un poco más débil era Archibald, su hijo miraba con preocupación que las arremetidas contra su padre eran cada vez más intensas, llevaba mucho tiempo sin luchar cuerpo a cuerpo, y a pesar de su corpulencia los años no pasaban en vano.

En cuanto tenían el más mínimo respiro su familia le echaba una mano con sus oponentes, pero la situación era cada vez más complicada; Archibald jadeaba sin parar.

Jofrey blandió su espada con un rápido movimiento de cintura contra uno de sus atacantes que culminó besando el frío pavés de las calles de Aberdeen.

Alan se volvió y vio como uno de los atacantes hería a su hermano en el

hombro. La sangre empapó su camisa, parecía una herida fea, Archibald sintió un profundo dolor, se palpó el brazo sobre el que sostenía la espada y bajó la guardia, uno de los mercenarios aprovechó el momento para herirlo en la pierna. Sin fuerzas cayó de rodillas al suelo, Alan vio como otro atacante venia a rematarlo con su espada, se giró a la derecha y blandió su espada sobre su vientre, el tipo cayó de bruces al suelo.

En ese momento dejó al descubierto la retaguardia, y uno de los tres atacantes aprovechó el momento para herirlo en el costado y estuvo a punto de caer al suelo.

Cuando todo parecía perdido la caballería del conde de Aberdeen atravesó al galope las calles desde el puerto y en una rápida maniobra acorralaron a los Mc Allyster que salieron huyendo.

Archibald continuaba con la rodilla en tierra, y su hijo corrió a socorrerle, tenía una herida en el brazo y otra en la pierna aunque no eran demasiado profundas.

Alan permanecía con la mano en el costado, de su herida emanaba abundante sangre, pero se mantenía en pie viendo alejarse a los McAllyster.

—Esa herida no me gusta nada —le dijo el irlandés—. Entra en casa. Tiene que verte un medico.

Mary había visto a los Mc Allyster huyendo por las calles y corrió hacia la casa.

—¿Cómo se encuentra, padre? —preguntó postrada sobre el lecho donde descansaba.

—Solo es un rasguño —respondió con la voz sosegada—. Me he encontrado en situaciones peores.

Acto seguido llegó el médico y cauterizo la herida con la hoja de una daga al rojo vivo. Cuando termino de examinarlo, salió de la habitación y charló a solas con Archibald y Mary.

—La herida es profunda y ha perdido mucha sangre. Habrá que esperar a ver cómo pasa la noche, de momento no tiene demasiada fiebre.

Después examino las heridas de Archibald, pero dictaminó que eran simples rasguños.

—Es la segunda vez que me salvas la vida —le dijo Archibald a su hermano recordando como lo había salvado de morir ahogado en las frías aguas del Murray cuando eran niños—. Te debo una.

—No me debes nada —respondió Alan que continuaba consciente, aunque

cada vez más débil.

Mary volvió a la habitación con paños de agua fría y destapó la herida que se estaba volviendo negra. Las cataplasmas no conseguían detener la infección.

—No te vayas, Mary —le pidió su padre cuando acabo de limpiar la herida—. Necesito hablar contigo.

Mary se sentó a los pies de la cama, y lo miró preocupada. En el tiempo que llevaban juntos siempre se había mostrado reservado.

—Llevo muchos años en el campo de batalla. Muchos hombres han muerto en mis brazos, y reconozco cuando una herida es mortal —tragó saliva y respiró hondo—. Y esta lo es.

Mary le abrazó y comenzó a llorar entre tus brazos.

Alan estaba siendo cruelmente sincero, no quería darle falsas esperanzas ante lo que se avecinaba.

—Desde que regresé de tierra santa tenemos una conversación pendiente.

Mary fue a decir algo y Alan le hizo un gesto para que se callara.

—No sé qué te habrán contado tus abuelos sobre la relación con tu madre. Supongo que no demasiado. Seguro que lo habrán hecho para protegerte, pero debes conocer la verdad —añadió y comenzó a toser.

Mary le trajo un vaso de agua.

—Brendan McAllyster intento arrebatarme varias veces a tu madre, pero ella siempre lo rechazo —prosiguió explicando—. Pero una vez que viaje a Edimburgo se llevó a tu madre al castillo. Tú estabas en la granja de tus abuelos, y si la memoria no me falla apenas tenias un año.

—¿Brendan estaba enamorado de mi madre? —preguntó Mary con incertidumbre.

Alan hizo un ligero gesto con la cabeza.

—Cuando llegue a la granja los vecinos me contaron que los Mc Allyster se la llevaron sin que nadie se opusiese a ello. Aquella tarde cogí mi caballo y me dirigí al castillo. Tras una breve lucha me encerraron en las mazmorras y luego vi a tu madre. Brendan aseguro que jamás saldría de allí si no se casaba con él, pero ella se negó en rotundo.

Mary lo miraba atónita, jamás habría sospechado nada semejante.

—A la mañana siguiente utilizó un sucio truco para engañarla. Una semana antes habían capturado a un vulgar ratero, y los Mc Allyster decidieron ahorcarlo en público, aquel tipo al que tan solo pude ver un instante tenia la misma estatura que yo. Brendan hizo que me despojaran de mis ropas y lo

vistieron con ellas. Lo sacaron al patio con un saco en la cabeza y lo llevaron hasta el patíbulo —hizo una breve pausa, le costaba articular palabra—. Desde la torre donde estaba encerrada tu madre lo vio todo. Cuando acabó la ejecución estaba convencida de que era yo quien había muerto en la horca.

Mary soltó un grito ahogado y se tapó la cara con las manos.

—Aquel día lloró desconsoladamente —prosiguió contando Alan—. Desde mi celda oía sus aterradores gritos sin poder ayudarla. A última hora de la tarde los lamentos y las lágrimas cesaron y dieron paso a un silencio abrumador. Al día siguiente salió de la habitación y pidió dar un paseo a caballo. A Brendan le encantó su cambio de actitud y accedió al instante. Al regresar de su paseo a caballo, cuando todos comenzaban a mirarla con otros ojos, subió hasta la torre del homenaje y se lanzó al vacío.

Mary comenzó a llorar desconsolada mientras su padre intentaba reconfortarla meciendo su sedoso cabello.

—¡Se quitó la vida por culpa de Brendan Mc Allyster! —gritó Alan con las pocas fuerzas que le quedaban—. ¡Por eso no puedes casarte con su hijo! ¡Dios maldiga a todos los Mc Allyster de este mundo!

Mary intentó que no se incorporase para que la herida no se abriese.

—Cuando me soltaron vague errante por las tabernas de Avimore y Edimburgo sin encontrar consuelo. Luego tomé la decisión más difícil de mi vida, dejarte a cargo de tus abuelos —Alan respiró hondo y siguió hablando—. Un día en que estaba inmerso en una de las numerosas peleas en las que me involucre unos soldados que no hablaban nuestro idioma intervinieron y me salvaron la vida. Eran templarios. Fue en ese instante cuando sentí la llamada de Dios.

Mary continuaba escuchando sus palabras incapaz de articular palabra. Ahora comprendía porque había impedido su boda, en su interior comenzó a sentir un profundo odio como no lo había experimentado en toda su vida.

—Te aseguro, padre que jamás me casare con un Mc Allyster —dijo al fin—. Los odiare a muerte el resto de mi vida. Y si tú me lo permites permaneceré a tu lado luchando por nuestro negocio que pronto volveremos a abrir.

Alan sonrió agradecido.

—Antes de dejar este mundo solo quiero que me perdones por haberte abandonado durante tantos años —suplicó su padre—. Hace veinte años pensé que era la única solución, luego me arrepentí el resto de mi vida.

Mary asintió levemente y le dió un beso en la mejilla.

—No tengo nada que perdonarte —dijo mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

Por un momento Mary se había olvidado de la herida de su padre. No podía morir ahora que sabía cuanto la amaba.

De madrugada la fiebre reapareció con fuerza, una hora después Alan moría en brazos de su hija sin que nadie pudiese hacer nada por impedirlo.

Capítulo XXIII

George Hamilton se encontraba nervioso aquella mañana, las manos le temblaban y poseía un ligero tic en la mandíbula que había adquirido en los últimos años.

Un tipo alto y robusto con cara de pocos amigos le condujo por un mugriento y húmedo pasillo que daba acceso a unos desgastados peldaños. Los subió con gran esfuerzo, sus piernas se encontraban agarrotadas después de no moverlas en mucho tiempo.

Cuando llegó a la salida, se tapó los ojos con las manos y la luz de sol le deslumbró. Incapaz de mirar al frente, poco a poco su visión se fue acostumbrando a una nueva realidad, llevaba sin ver un amanecer más de diez años.

El carcelero le quitó los grilletes de los pies, y con un gesto instintivo bajo las manos y se masajeó los tobillos para que la circulación de la sangre volviera a correr por sus venas. Tenía los pies ennegrecidos, como el resto del cuerpo, pero se podía dar por satisfecho, durante diez años había soportado las frías mazmorras del castillo de Aberdeen, y lo que era aun más importante había evitado la horca.

Cualquier condenado por sus actos hubiera acabado en el patíbulo, pero él conocía el motivo por el que se había salvado.

El carcelero lo acompañó hasta la salida del castillo, abrió la verja y le dió un empujón.

—Estarás de vuelta en menos que canta un gallo —le dijo con desprecio y escupió en el suelo.

Hamilton lo miró con los ojos inyectados en sangre, había acumulado un enorme rencor durante el tiempo que llevaba encerrado en aquella oscura celda.

Sin saber adónde ir el fuerte viento azotó su rostro y volvió a sentir el inconfundible olor a salitre, si algo le apetecía en aquellos momentos era volver a ver la inmensidad del mar.

Bajó por la colina que daba acceso al castillo y bordeó las viviendas del barrio de pescadores que conocía desde su niñez. En poco más de diez minutos se plantó frente a la cala con la que tantas veces había soñado.

Se sentó sobre la áspera y gruesa arena y comenzó a recordar lo que le

había llevado a aquella situación:

«George Hamilton acudía todas las tardes a la iglesia de Glanstone en la zona meridional de la ciudad. Desde muy pequeño sentía unas profundas creencias religiosas. Era huérfano, sus padres habían naufragado en el barco que les trajo desde Gales, solo se salvaron él y su hermana agarrados a unas pequeñas tablas hasta que un barco llegó a socorrerlos.

El padre Murphy lo trato bien desde el principio, lo había acogido en su iglesia como monaguillo mientras a su hermana la ingresaban en un convento. El niño disfrutaba del sermón de los domingos, ayudaba al sacerdote en sus numerosas obligaciones y soñaba algún día con ocupar su lugar en el pulpito.

Cuando George creció comenzó a ganarse la vida como marinero, y sacó a su hermana del convento, ambos se fueron a vivir a una pequeña casa del barrio de pescadores.

Un día de lluvia que regresaba de su dura jornada laboral, se topó por accidente con una insólita escena: el hijo del conde de Aberdeen discutía acaloradamente con la hija del mayordomo del gremio. El chico la empujó contra una viga de madera y su cráneo se clavó en un enorme gancho. La calle estaba desierta nadie había visto lo ocurrido excepto George que soltó un grito ahogado. Al oír el sonido el hijo del conde se volvió y al verlo agazapado sobre una esquina salió huyendo de la escena del crimen.

George Hamilton fue a socorrer a la hija del mayordomo, pero cuando llegó yacía en el suelo bajo un charco de sangre. En ese instante apareció el padre Murphy que regresaba de officiar un responso en la casa de un moribundo. Sus miradas se cruzaron un instante y George salió corriendo.

Al día siguiente Hamilton fue arrestado por el asesinato de la hija del mayordomo, y aunque juro y perjuro que no había sido él quien había cometido el crimen nadie le creyó.

Cuando todos pensaban que sería ahorcado en la plaza mayor apareció en la ciudad un abogado del rey Eduardo que consiguió que su pena fuera conmutada por diez años de prisión».

Cuando acabó de recordar el peor momento de su vida comenzó a sentir frío, el sol del atardecer se perdía por el horizonte y las olas golpeaban con fuerza sobre los acantilados.

George se dirigió a la ciudad y pidió limosna en el mercadillo sin que nadie lo reconociera, habían pasado tantos años y su aspecto estaba tan

demacrado que nadie se percató de su presencia. Luego averiguó que su hermana se había marchado a vivir a Dundee.

Con lo que había sacado con las propinas se dirigió a Los dos Leones, se sentó al fondo de la taberna y devoró un estofado de buey.

Malcom Daglish estaba sentado con sus amigos cerca de la mesa de Hamilton, en un par de ocasiones giro la cabeza, aquel rostro le resultaba familiar. Un rato después recordó que era el chico al que su padre contrató durante un breve periodo de tiempo para trabajar en el almacén. Aunque les separaban ocho años, ambos habían jugado juntos en alguna ocasión.

—No puedo creer lo que ven mis ojos —dijo Malcom tras acercarse a su mesa.

Hamilton lo observó con la mirada perdida, en un primer instante no lo reconoció, los años en prisión le habían hecho olvidar muchas caras.

—El pequeño de los Daglish —respondió al fin.

Malcom se sentó en la mesa, siempre le había caído bien George. Los Daglish consideraban que lo habían encarcelado injustamente.

—¿Cómo te encuentras?

—Todo lo bien que se puede estar después de diez años encerrado. Acabo de salir esta mañana.

Malcom afirmó con la cabeza, no quería ni imaginar los amargos momentos que habría pasado.

—¿Conoces algún lugar donde pueda encontrar trabajo?

—Mi prima está reconstruyendo la casa —contestó con una sonrisa—. Puede que necesiten algún obrero.

—¿Queda muy lejos? —le preguntó Hamilton mientras apuraba una jarra de cerveza.

—Es la casa que se encuentra frente a la mía, la de mis abuelos. Se quemó en un incendio hace un par de meses.

—Gracias, Malcom —dijo y se levantó de la mesa—. Siempre fuiste un buen chico.

Hamilton salió del abarrotado local y enfiló la calle que subía del puerto, tras atravesar dos calles llegó a la plaza mayor donde se encontraba la catedral. Durante un instante no supo que calle tomar; en la plaza mayor desembocaban tres calles paralelas. Al final tomó la correcta.

Cuando llegó encontró a los albañiles construyendo los establos y la planta alta.

La primera planta ya estaba terminada, y la tienda abierta. Mary lo había

planificado todo para abrir la tienda lo antes posible. Su padre le aseguró antes de morir que si conseguía abrir la tienda en poco tiempo la gente regresaría, pero si las obras se demoraban perdería la clientela.

Alan lo había dejado todo bien planificado, había invertido parte de sus ganancias en los prestamistas judíos de la ciudad. No se fiaba de guardar el dinero en casa, por fortuna tomo la decisión correcta, el incendio lo habría arrasado todo.

Después del incendio Alan llevó las letras de cambio y los judíos desembolsaron el dinero que había depositado en sus manos.

George Hamilton entró en la tienda a última hora de la tarde. Las clientas lo miraron de forma despectiva, su aspecto era deplorable, necesitaba un baño y ropa limpia.

—Alguien me comentó que necesitan obreros para la construcción —dijo tras esperar a que se fuera la última clienta.

Mary lo miró de arriba abajo, había algo que no le gustaba, no solo era su aspecto físico, poseía una mirada turbia y desafiante.

—La plantilla está completa —afirmó intentando no aparentar miedo en la voz.

George asintió un par de veces y ladeó la cabeza enojado. Sabía que sería difícil que lo contrataran después de estar en prisión.

Cruzó la puerta, pero un instante después se volvió.

—Es su primo Malcom quien me envía —insistió probando suerte por última vez.

Mary dudó durante unos instantes, seguía sin gustarle su aspecto, pero confiaba plenamente en Malcom.

—Espere un momento. Hablare con el capataz.

George Hamilton espero en la calle, mientras Mary se dirigía a la parte trasera de la casa. Tras una breve charla los obreros le confirmaron que necesitaban más mano de obra.

Hamilton hizo una breve mueca de satisfacción cuando Mary le dijo que empezaría al día siguiente. Alargó la mano y ella se la apretó casi sin rozarla.

Los primeros días le costó retomar el trabajo, sus músculos estaban débiles y tenían que acostumbrarse al duro ejercicio.

Una tarde después de acabar el trabajo se cruzó con el padre Murphy, lo reconoció de inmediato, solo tenía el cabello mas plateado; sin embargo, el sacerdote no se percato de su presencia. Las venas de su cuello se tensaron y

sus ojos se inyectaron en sangre, creía que no volvería a verle. Sabía que fue él quien lo delato a las autoridades sin tener pruebas.

El martes por la tarde el padre Murphy acabó su homilía entre los escasos asistentes al sermón. Apenas se podían contar con los dedos de una mano los feligreses que acudían a misa entresemana.

Luego escuchó en confesión a una anciana atormentada por sus pecados que acudía a la iglesia a diario y a un estibador que había herido a su jefe en la cara durante una pelea.

El reverendo les dió la bendición, los acompañó hasta la puerta, y cerró con fuerza el portón. Cada día le costaba más trabajo bajar aquel grueso tablón que atrancaba la puerta de madera; su espalda ya no era la de antaño y el esfuerzo le pasaba factura.

Luego fue hasta el altar, cogió la biblia y apagó las velas consumidas por el paso de los días. Cuando entró en la sacristía se despojó de la sotana y la colgó sobre un gancho.

En ese momento un fuerte golpe sacudió su cabeza y cayó inerte al suelo. Se oyeron pasos y alguien salió huyendo a la carrera por la puerta trasera.

Dos días después los guardias fueron hasta la casa de Mary, y detuvieron a George Hamilton por la muerte del sacerdote. El sheriff ató cabos y supó que había sido él. Aquella vez nadie lo defendió, Hamilton fue sentenciado a morir decapitado por el verdugo en la plaza mayor.

La tarde antes de su ejecución confesó como había escapado de la horca diez años antes.

—Yo no maté a la hija del mayordomo —le aseguró al capellán de la prisión que muy a su pesar había acudido a darle la extremaunción.

—¿Y quién lo hizo, hijo mío? —le preguntó el sacerdote intrigado.

—El hijo del conde de Shiring —afirmó aunque sabía que al sacerdote le costaría creer su confesión—. Aquella lluviosa tarde vi como la mataba —hizo una breve pausa y trago saliva antes de continuar—. Pero el conde me ofreció una considerable suma de dinero mientras permaneciera en prisión si me declaraba culpable.

—Pero eso es una locura.

—Lo sé, padre. Pero mi hermana estaba enferma y nos moríamos de hambre. Con ese dinero mi hermana ha podido sobrevivir todos estos años.

Desde el patio se oía como construían el patíbulo para el día siguiente.

—¿Y por qué lo cuentas ahora? —le interrogó el capellán.

—Desde hace meses el dinero dejó de llegar y quiero abandonar este mundo en paz con Dios.

Aquella acusación era muy grave, la joven que había muerto era la hija del miembro más influyente entre los gremios de la ciudad.

—Hare saber tus palabras al mayordomo —dijo el sacerdote poco antes de despedirse.

Hamilton fue ejecutado al día siguiente entre el clamor popular, la multitud se agolpaba frente al patíbulo ansiosa por impartir justicia.

Capítulo XXIV

Malcom y Mary decidieron formalizar su relación. Los padres de Malcom estaban encantados de que Mary pasara a formar parte de la familia, ya que siempre la habían tratado como una hija. Susanne también se alegró aunque hubiesen tenido sus diferencias en el pasado, y los niños estaban encantados.

A mediados de agosto Mary contrato a la hija de los Morgan —una avispada chica que a veces la ayudaba en la tienda— para que se hiciese cargo del negocio durante su ausencia.

Malcom, Mary, Susanne y su futuro marido Howard habían decidido viajar hasta las tierras altas para disfrutar de los juegos de las Highlands.

Una celebración que según algunos databa del siglo XI cuando el rey Malcom III realizo una competición en la que los aspirantes a ser sus mensajeros debían competir por subir a lo alto de una montaña. Sin embargo, para otros su origen provenía de las competiciones que se organizaban entre las aldeas celtas para encontrar a sus mejores guerreros.

Una soleada mañana los cuatro montaron en el carronato de Howard y se dirigieron al emplazamiento donde se celebraban los juegos. El trayecto era largo, les llevaría casi una semana llegar hasta allí. Malcom siempre había querido ver la competición y persuadió a Mary y a su hermana para que le acompañaran. En realidad hubiera preferido ir solo con Mary, pero sus padres se hubieran negado en rotundo, sin embargo, al ir con su hermana cuya boda estaba próxima accedieron.

Durante el trayecto se alojaron en numerosas posadas que encontraron por el camino. Al finalizar la semana llegaron a su destino.

En una amplia pradera donde se disponían numerosas tiendas de campaña, un mercado y una posada se congregaba una enorme multitud que aglutinaba a los clanes que competían entre sí. Howard había acondicionado el interior del carro para pasar allí varios días.

Pasearon entre el gentío que inundaba la fiesta, atravesaron el mercadillo donde había puestos de comida ambulante y artículos de artesanía entre ellos algunos que vendían tallas de la celebración atlética.

Al final del mercadillo se encontraba el recinto donde se celebraban los Juegos, estaba precintado por unas cuerdas para que la multitud no invadiera

el terreno de juego; en un lateral se disponía una pequeña tribuna donde los jueces puntuaban la actuación de los atletas.

Pero no todo eran competiciones atléticas la música no podía faltar y las bandas de gaitas acompañaban los juegos. Por la tarde se celebraban encuentros entre los gaiteros, los había de bandas y de solos. Junto a las gaitas destacaban los bailes en sus diferentes modalidades: de escocés clásico y de cuadrado.

Mientras Mary paseaba temió encontrarse con los McAllyster; no era un clan con mucha tradición atlética, pero solían participar para no desprestigiar su apellido.

No obstante el día transcurrió sin que se cruzara con ninguno de ellos. Los recientes acontecimientos del ataque a Aberdeen les llevaron a no querer mostrarse en público.

Aquella mañana se celebraban dos pruebas:

La primera comenzó con el lanzamiento de troncos que creaba tanta expectación. Los competidores agarraban un tronco de pino de siete metros de longitud y ochenta kilos de peso y cogiendo carrerilla lo lanzaban para que el tronco cayera de forma perpendicular por el otro extremo. Según la tradición esta prueba tenía su origen en la necesidad de tender puentes improvisados para cruzar los barrancos de las Highlands. El vencedor fue un tipo aguerrido de tupida barba del clan de los Mc Cloud.

La segunda prueba era sin lugar a dudas la más popular, consistía en dos equipos que tiraban de una cuerda en direcciones opuestas hasta que uno de ellos arrastraba al otro hasta una marca central. Aquel día era la gran final, el clan de los Fraser se enfrentaba a los Mc Guilty. Mary se quedó impresionada al ver más de treinta personas tirando con todas sus fuerzas de cada extremo.

La gente vociferaba por su favorito y reía a tumba abierta cada vez que algún participante caía al suelo y era arrastrado por su equipo. Finalmente vencieron los Fraser, llevaban ganando cuatro años consecutivos y comenzaban a crear recelo entre los otros clanes.

A media tarde fueron a comer algo al mercadillo, les sirvieron una fuente de ternera ahumada, grandes jarras de cerveza, y unos panecillos especiados.

Al acabar la jornada muchos visitantes dormían la borrachera en el suelo, los que permanecían en pie se congregaban alrededor de las hogueras donde los cuenta cuentos se convertían en los auténticos protagonistas.

Los Daglish se sentaron frente a una gran lumbre donde un tipo de largas patillas y enmarañado cabello pelirrojo contaba una leyenda.

—Se que algunos de vosotros la conocéis —dijo el cuenta cuentos—, pero para los que la escucháis por primera vez hoy os contare la leyenda de Rowalda, la princesa hechicera.

«Hace cientos de años existía un reino mas allá de los Cárpatos donde vivía una princesa prometida a un apuesto príncipe de una tierra lejana. Desde muy pequeños sus padres habían firmado una alianza entre ambos reinos que se sellaría con su matrimonio. Al poco tiempo comenzaron una correspondencia de cartas de amor.

Un día el hijo del chambelán de palacio (que al mismo tiempo era hermano del rey) se puso muy enfermo, y ninguno de los médicos de la corte fue capaz de dictaminar su dolencia. El rey afligido al ver a su hermano en aquellas dolorosas circunstancias ordenó que acudieran los mejores médicos desde los confines más remotos de su reino, pero todo fue en vano, el niño empeoró y acabó falleciendo una tarde ante la incredulidad de sus padres.

La princesa lloró desconsolada a los pies de la cama del pequeño, su madre era su mejor amiga. Lejos de darse por vencida aquella noche acudió a la habitación donde reposaba el cuerpo antes de que lo enterraran al día siguiente. La princesa había sido criada por un ama de llaves que era curandera y en secreto había aprendido todos los remedios que conocía.

Entró por la puerta, se sentó sobre la mullida cama y preparó un brebaje con diversas hierbas que el pequeño ingirió. Pasó toda la noche postrada a los pies de la cama hasta que el sueño le venció y cayó rendida.

A la mañana siguiente escuchó unos leves gemidos, abrió los ojos y vio como el niño lloraba desconsolado.

La madre alarmada por el llanto, entró en la habitación y sin poder creer lo que sus ojos veían cogió al niño en brazos exultante de felicidad. Uno por uno fueron llegando todos los miembros de la corte. Los médicos no salían de su asombro, todos habían dictaminado que estaba clínicamente muerto. Lo que no sabían es que el niño había entrado un estado catatónico en el que el pulso era tan débil que parecía que estaba muerto; pero el tónico de la princesa había conseguido revitalizarlo.

El rey y el chambelán miraron atónitos a la princesa que explicó lo que había hecho para salvarle la vida, los padres la abrazaron y se lo agradecieron.

Todos en el palacio estaban radiantes de felicidad, salvo el máximo inquisidor que con sus penetrantes ojos negros comenzó a mirar a la princesa

con un profundo odio.

Una semana después a pesar de la oposición de su padre, todos los miembros de la corte influidos por el inquisidor y con el respaldo de los médicos la acusaron de brujería; nadie se explicaba como el niño había vuelto a la vida.

El rey falleció un mes después y el inquisidor consiguió que la princesa fuese condenada a muerte.

La noche antes de cumplir el veredicto sus más fieles servidores organizaron una fuga desde las mazmorras de palacio. Al día siguiente se dictaminó un orden de búsqueda y captura condenado a muerte a todo el que la ayudara.

La princesa pasó semanas huyendo con un sequito de dos doncellas y el capitán de la guardia. Se escondían durante el día y viajaban por la noche para que nadie les reconociese. A la tercera semana viéndose acorralados por los soldados del inquisidor no les quedo mas escapatoria que atravesar el desierto de arena que se extendía al sur del reino bajo un sol abrasador.

Tras una semana de travesía las provisiones se acabaron y el sequito pereció de inanición, todos se sacrificaron para que la princesa se salvara. Un par de días después el agua se acabó y la princesa comenzó a sufrir alucinaciones. Tras vagar sin rumbo una mañana consiguió ver con suma claridad un paraje de hierba fresca con un riachuelo que la atravesaba. La princesa pensó que aquel era otro más de los espejismos que llevaba días repitiéndose en su cabeza, pero sin poder evitarlo se lanzó al agua desesperada. Un instante después sintió como su cuerpo se estremecía por el frio agua de su caudal; entonces entendió que había escapado de las fauces del desierto. Pasó toda la mañana tumbada sobre la orilla recobrando fuerzas y se alimento de los frutos de un cerezo. Luego emprendió la marcha. Tras varios días sin divisar a ninguna persona encontró una pequeña aldea donde le dieron cobijo.

Poco a poco se fue adaptando a las costumbres de sus habitantes. Una mañana cuando fue a realizar la colada junto al resto de mujeres de la aldea sintió como la tierra temblaba a sus pies, un grupo de caballeros apareció de la nada y rodeó al grupo de mujeres. La princesa temió que se trataran de hombres enviados por el inquisidor, pero sus uniformes eran diferentes a los de su ejército. Luego comprendió que aquella aldea pertenecía a un reino vecino.

De uno de los caballos bajo un apuesto joven que enseguida se fijo en su

belleza. El grupo decidió pasar allí la noche, se encontraban lejos de su castillo, y regresarían al día siguiente. Aquella noche el apuesto joven, le habló de un majestuoso palacio repleto de fuentes y suntuosos jardines a los pies de una hermosa ciudad donde la gente vivía sin preocupaciones. Por la mañana la invitó a que conociera su ciudad. La princesa accedió sin desvelar su identidad, seguía temiendo que la noticia hubiera llegado al reino vecino y la estuvieran buscando.

Cuando llegó a la ciudad descubrió que todos los habitantes del reino rendían pleitesía a aquel apuesto joven; sin ni siquiera sospecharlo había conocido a su príncipe. Para su asombro el la invito a alojarse en su palacio. Con el paso de los días ambos comenzaron a intimar hasta que la princesa se enamoró. Una tarde cuando ambos descansaban bajo la copa de un roble él le confesó que continuaba enamorado de otra mujer; ella comenzó a llorar y se encerró en su habitación.

Al día siguiente el príncipe se disculpo por haberle dado falsas esperanzas y le enseñó las cartas de amor que se escribía con su prometida. Sin salir de su asombro la princesa reconoció cada palabra que había escrito al príncipe con el que esta prometida desde que era una niña, y acabó confesando que era a ella quien le había enviado aquellas cartas.

En un primer momento el príncipe no la creyó, pero cuando le recito de memoria cada frase que había escrito de su puño y letra acabó reconociendo que a quien había rescatado de aquella aldea era a su amada princesa.

La noticia llegó a todos los rincones del reino, y su padre organizó la más fastuosa de las bodas. Poco después de casarse ella le confesó la verdadera historia de como había llegado hasta su reino. El príncipe se conmovió cuando supo que la habían acusado de brujería; sin embargo, no le dio la más mínima importancia.

Pero su cólera estalló cuando supo que el inquisidor la había condenado a muerte. A la mañana siguiente convoco a sus huestes. Aquella afrenta sufrida por su esposa no podía ser perdonada, y reunió a su ejército para invadir el reino vecino.

La princesa lejos de pretender un baño de sangre convenció al príncipe para que perdonara la vida de todos los ciudadanos y solo apresara al inquisidor y sus secuaces. Un mes después las huestes del príncipe entraron triunfantes por las puertas de la ciudad y la princesa recuperó el trono que le pertenecía por nacimiento».

Tras oír la historia todos se marcharon a dormir, al día siguiente acudieron a uno de los bailes que se celebraban en los juegos, a Malcom no se le daba demasiado bien bailar y Mary y Susanne estallaron en carcajadas al ver sus torpes intentos por aprender.

A la mañana siguiente regresaron a Aberdeen después de haber disfrutado de aquel viaje.

Capítulo XXV

A la vuelta del viaje de las Highlands Mary pasaba todas las tardes con Malcom. Se había enamorado de él de una forma muy diferente a como lo había hecho con Ryan. A diferencia del Mc Allyster que siempre estaba fanfarroneando y la exhibía como un trofeo que hubiese ganado en una feria, Malcom era cariñoso y atento, atributos de los que carecía por completo Ryan.

La boda de Susanne y Howard se había retrasado por culpa del secuestro y la muerte de Alan. Finalmente se programó para la primera quincena de octubre. En la familia comenzaron los preparativos, la novia estaba entusiasmada, y Mary se acordaba de la vez que estuvo a punto de casarse.

Una tarde mientras paseaban por la orilla de la playa Malcom le pidió a Mary que se casara con ella. Mary sabía lo que Malcom sentía por ella, pero no pensaba que le pidiera matrimonio estando tan próxima la boda de su hermana. Ella accedió encantada. Cuando llegaron a casa se lo contaron a sus padres y la noticia fue bien recibida por todos los miembros de la familia.

Un par de días después Malcom recogió a Mary tras cerrar la tienda y pasearon calle abajo.

—Llevo todo el día dándole vueltas a un asunto —le dijo Malcom mientras dejaban atrás el obispado—. Aunque no se qué te parecerá.

Mary frunció el ceño, nunca se había dirigido a ella de aquel modo.

—Había pensado que podíamos casarnos el mismo día que Susanne y Howard.

Ella lo miró desconcertada tratando de asimilar sus palabras.

—¡Una boda conjunta! —exclamó—. Pero...

—Piénsalo un momento —la interrumpió Malcom—. Una boda doble sería el acontecimiento del año en Aberdeen.

—¿Y que opinara Susanne? Es su gran su día. Pensara que queremos restarle protagonismo.

—No, si se lo proponemos como es debido —contestó Malcom—. Celebrar dos bodas el mismo día es algo inaudito. Todo Aberdeen acudirá al enlace.

Mary no sabía si aquello era una locura o la mejor idea que había oído jamás. Sin lugar a dudas sería la boda del año y nadie querría perdérsela.

—De acuerdo, Malcom —repuso Mary con una sonrisa—, pero serás tú quien se lo explique a tu hermana.

Al regresar a casa encontraron a la madre de Malcom recogiendo huevos en el gallinero, Charlotte y Jamie estaban jugando en el patio, y Susanne se encontraba en la sala principal bordando una manta frente a la lumbre.

—Tengo que hablar contigo —le dijo Malcom a Susanne después de darle un beso en la mejilla. Ella se sorprendió de encontrarlo tan zalamero.

Malcom le contó la propuesta mientras Mary iba al patio a comprobar cómo estaban los niños.

Al principio Susanne pensó igual que Mary, aquel era el día más importante de su vida y no quería compartirlo con nadie. No obstante, cuando Malcom la convenció de que una boda conjunta sería la celebración más importante del año comenzó a considerar la propuesta.

—Tendré que consultarlo con Howard —respondió haciéndose la interesante, aunque Malcom sabía de sobra que ya había tomado una decisión, y Howard haría lo que ella quisiera.

Al día siguiente la noticia se hizo oficial, su madre se mostro perpleja aunque acabo reconociendo que era una buena idea. A su padre la noticia le entusiasmo, ya que en lugar de sufragar dos bodas solo correría con los gastos de una.

El diez de octubre llegó el gran día, todo estaba preparado para el enlace. El obispo se mostró dispuesto a officiar la ceremonia. Archibald era un destacado comerciante de la ciudad por lo que la iglesia no puso ningún impedimento.

Asomada a la ventana de su casa —que al fin había finalizado la reconstrucción—, Mary recordó el día en que estuvo a punto de casarse. Era difícil asimilar que en solo dos años su vida hubiese dado un giro de trescientos sesenta grados; pero lo más importante es que estaba exultante de felicidad.

Recordó la figura de sus abuelos, no había vuelto a saber nada de ellos, quizá hubiesen fallecido. Mary comprendía que no hubiesen querido contarle nada de su pasado para protegerla, pero no podía perdonarles que pretendieran casarla con un McAllyster.

Una ráfaga de aire frío entro por la ventana y se puso la capa sobre los hombros. En aquellos instantes solo podía pensar en cómo sería su vida al lado de Malcom, estaba convencida de que al fin había hallado la felicidad. Su futuro parecía halagüeño, continuaba al frente del comercio de tejidos con el asesoramiento de su tío Archibald mientras Malcom trabajaba a destajo en

los astilleros.

Luego bajó a desayunar y la hija de los Morgan —su aprendiz de confianza en la tienda— la ayudó a vestirse. Su tía que hacía lo propio con Susanne, acudió a última hora a dar el visto bueno al atuendo de su sobrina.

Mary vestía un largo traje de muselina blanca y llevaba el cabello recogido por un elegante moño adornado por una corona de guirnaldas. Una espectacular capa de seda blanca realzaba aun más su figura.

Aquel día Jofrey, el irlandés, que tras la muerte de su padre ingresó de forma permanente en la hueste de Robert Bruce en su lucha contra los ingleses regresó para la boda.

Tras relatarle las últimas noticias sobre la guerra, Mary salió por la puerta de su brazo a la hora acordada; Jamie iba tras ellos con un ramo de flores. El irlandés ejercía como padrino por la falta de su padre, y Archibald lo hacía de su hija.

A la misma hora salió Susanne de su casa acompañada de su padre y ambas se encontraron en la calle. Charlotte iba detrás ella con otro ramo de flores, los niños se sonrieron nada más verse.

Las dos novias enfilaron la calle que conducía al priorato acompañadas por sus padrinos y familiares. Al llegar a la plaza mayor vieron como la multitud se agolpaba a las puertas de la catedral.

Malcom y Howard esperaban nerviosos junto al pórtico de entrada. Al ver como se acercaban se les dibujo una sonrisa de oreja a oreja; las novias estaban radiantes.

Los padrinos las soltaron del brazo a los pies de la escalinata y los novios tomaron a sus respectivas parejas. Ambos avanzaron por la nave central hasta llegar a los pies del altar.

La catedral estaba abarrotada como en las grandes ocasiones y la multitud se agolpaba en la puerta principal, nadie quería perderse la boda del año.

El obispo de Aberdeen celebró una larga misa ante el fervor de los creyentes.

Primero le llegó el turno a Susanne que aceptó con convicción a Howard como legítimo esposo. Luego llegó el turno de su prima.

—Mary Daglish ¿aceptas a Malcom Daglish como tu legítimo esposo?

—Sí, quiero —contestó ella exultante de felicidad.

—Y tú, Malcom ¿aceptas a Mary como tu esposa hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto.

—Si hay alguien que se oponga a esta unión que hable ahora o calle para siempre —añadió el obispo.

Al escuchar aquellas palabras Mary recordó como su padre irrumpió en su boda dos años atrás. Se volvió hacia los presentes y miró nerviosa en derredor.

Malcom sacó el anillo, se lo colocó en el dedo índice y ambos se besaron apasionadamente.

Las dos parejas abandonaron la iglesia ante el aplauso de los presentes. A la salida se dirigieron a la posada que celebraba las bodas en la ciudad.

El convite se alargó hasta altas horas de la madrugada. Las dos parejas bailaron, cantaron y rieron felices durante el festejo.

Cuando todo acabó Mary estaba rutilante de felicidad, no podía creer que su sueño al fin se había hecho realidad.

EPILOGO

Con el paso de los años los escoceses fueron recuperando las fortalezas inglesas en su territorio, pero la lucha contra los ingleses no fue tan fácil como ellos esperaban. En 1310 el nuevo rey inglés cansado de los problemas que le causaban los rebeldes, mandó una expedición al norte y consiguió controlar durante un tiempo la zona.

Aquello fue un duro golpe para Bruce, después de todo lo que había luchado por reconquistar los territorios, pero nadie le había dicho que fuera a ser fácil, y siguió luchando hasta el final.

Decidió tomarse un respiro y con sus caballeros analizó la situación, los ingleses todavía dominaban varios castillos a lo largo de la geografía escocesa. En una estrategia de desgaste comenzó conquistando los más alejados del dominio inglés hasta llegar a las zonas más próximas de la frontera con Inglaterra que estaban mejor protegidos.

Su estrategia surgió efecto y de norte a sur fue tomando uno por uno los diferentes castillos en poder de los ingleses.

Pero cuando la victoria parecía definitiva los ingleses frenaron su avance en el castillo de Stirling gobernando por Mowbray, el más importante de la zona.

Entonces llegó la batalla definitiva, los ingleses enviaron un ejército de tres mil caballeros y veinte mil infantes para enfrentarse a un ejército de seis mil quinientos escoceses.

La infantería de Bruce ante el anuncio del enorme ejército de los ingleses se preparó para la batalla pertrechando una defensa compuesta por largas picas taladas días atrás.

Bruce dispuso la vanguardia mandada por su lugarteniente, mientras el comandaba la retaguardia compuesta por la caballería que tan importante papel había jugado en la guerra. Muchos formaban parte de la nobleza mientras otros pertenecían a la naciente burguesía.

Más decisiva aun fue la participación de un grupo de templarios que tras la desaparición de la orden del Temple huyeron de Francia comandado por Pierre de Aumont, el Gran Maestro regional de Auvernia quien mostró su apoyo a Jacques de Molay hasta que fue quemado en la hoguera. Los templarios juraron mantener viva la orden del temple y vengar a su gran maestro.

Aumont con varios caballeros huyo hasta Escocia, y fue nombrado el nuevo gran maestre en la isla de Mull. Bruce los recompensaría más tarde creando «La orden del Cardo».

Ante el fracaso de la infantería, la caballería inglesa lanzó el grueso de sus tropas contra el centro de la vanguardia escocesa. Bruce al comprobar cómo se complicaba la batalla mandó su flanco izquierdo contra la caballería, y consiguió detener el ataque.

Tras el fracaso inicial los ingleses se replegaron en su campamento y al día siguiente tuvo lugar la batalla decisiva.

El rey ingles Eduardo II ordenó una carga contra los escoceses, pero el fracaso fue estrepitoso, buena parte de la caballería se estrello contra las largas picas de los escoceses que resistieron con bravura.

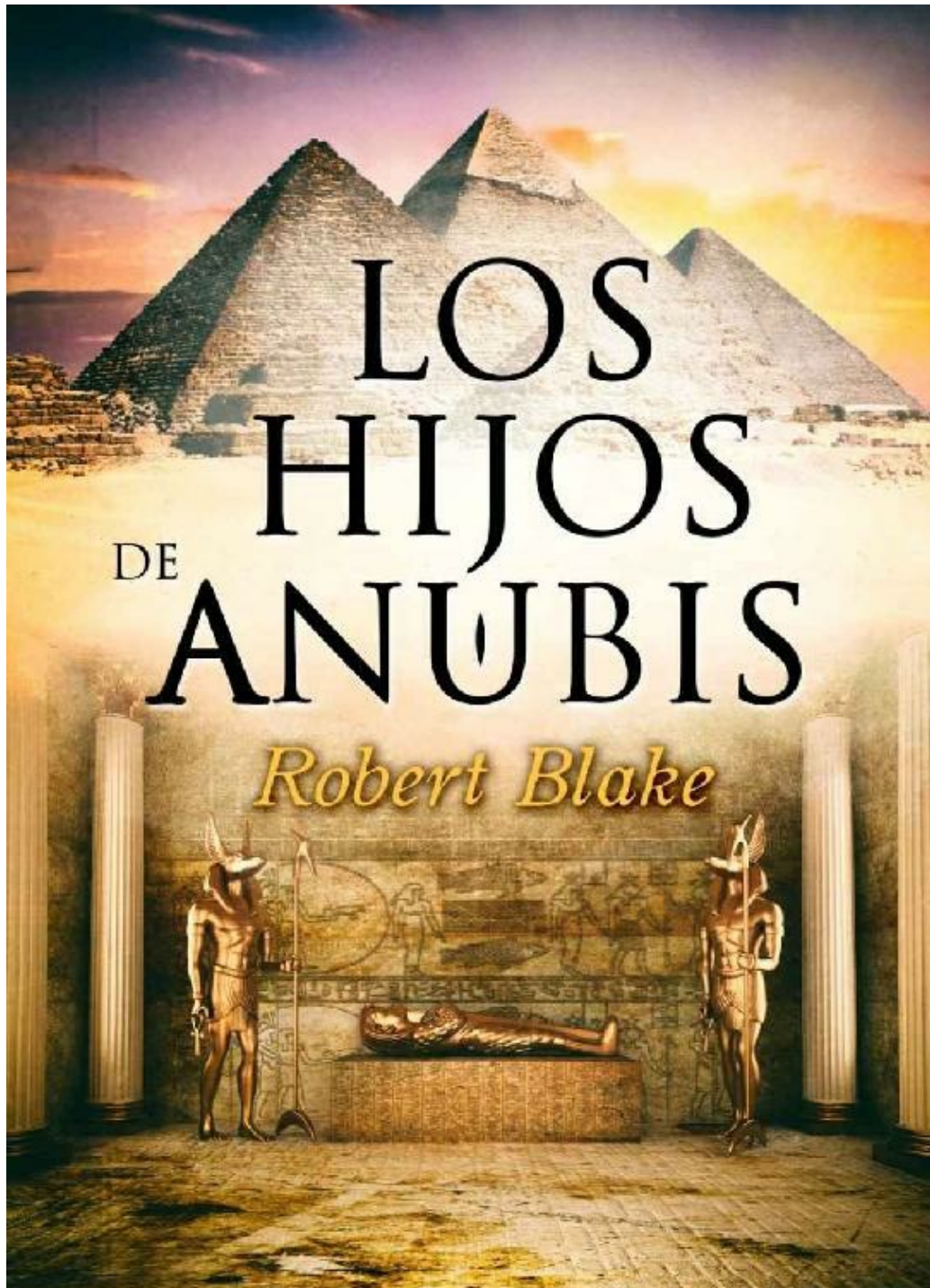
Ante el descalabro los caballeros ingleses huyeron a pie hacia sus posiciones de retaguardia mientras eran perseguidos por la infantería escocesa que acabo realizando una masacre con ellos.

El rey Eduardo desesperado ante la situación mandó que sus arqueros dispararan contra los escoceses, pero fueron anulados rápidamente por la caballería donde estaba incluido Jofrey y el resto de caballeros templarios.

La intervención final de la retaguardia escocesa provocó el desplome total del ejército ingles. El rey tuvo que huir del campo de batalla y regresar rápidamente a Inglaterra.

Con aquella victoria Bruce garantizó la independencia de Escocia.

Otras novelas de Robert Blake



LOS
HIJOS
DE
ANUBIS

Robert Blake

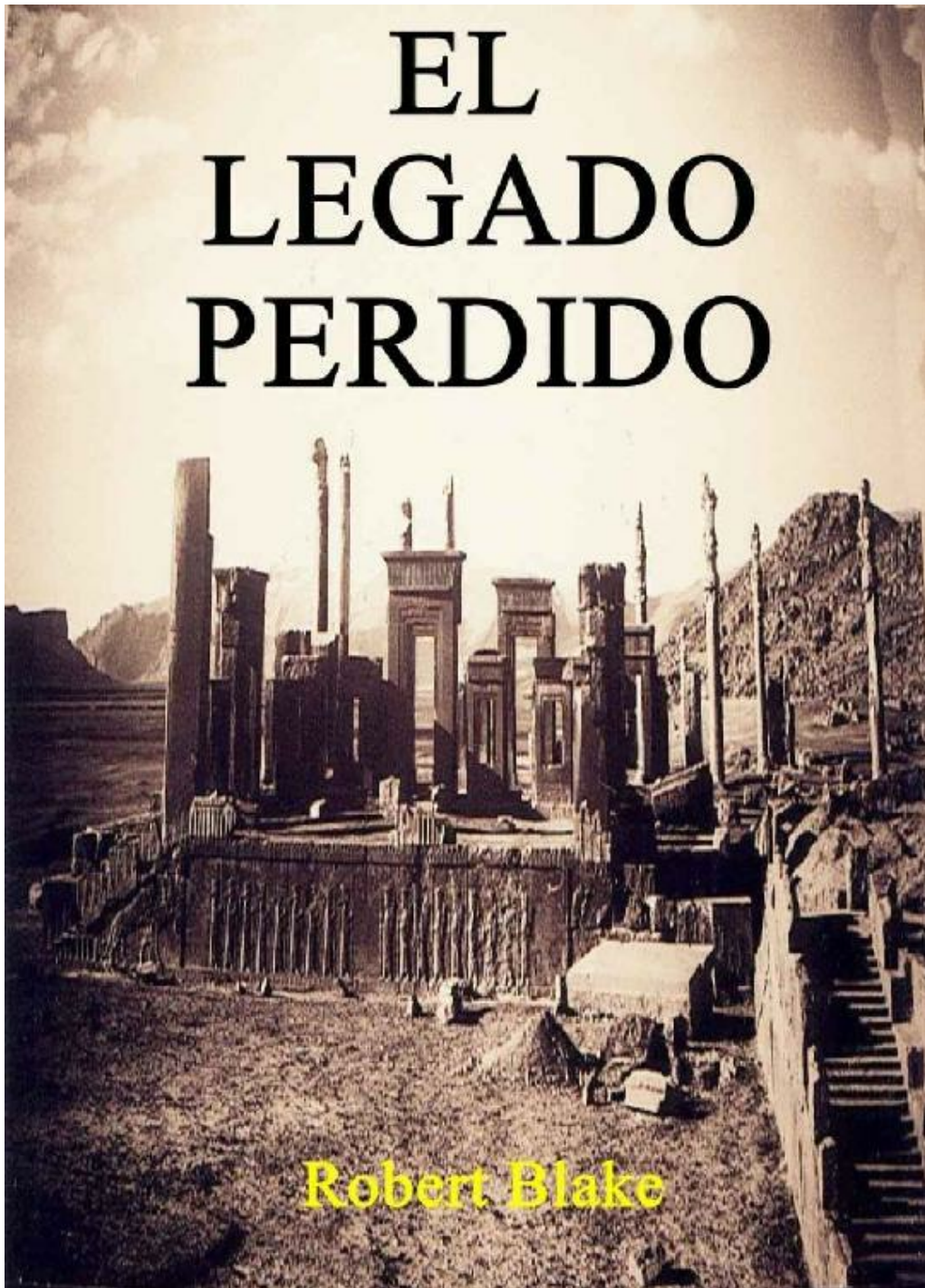
[Los hijos de Anubis](#)

[https://leer.amazon.es/kp/embed?](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B072HSJ812&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp)

[asin=B072HSJ812&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B072HSJ812&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp)

Una trepidante aventura de suspense y fantasía en el misterioso Egipto

EL LEGADO PERDIDO



[El legado perdido](#)

https://www.amazon.es/El-Legado-Perdido-Aventuras-Hist%C3%B3rica-ebook/dp/B06X91RWG8/ref=sr_1_3?s=books&ie=UTF8&qid=1487262326&sr=1-3

Una apasionante aventura de intriga, romance y acción que te atrapara desde la primera pagina



[Las aventuras del Capitán Brugel](#)

<https://www.amazon.es/dp/B075FQP57C>

Vive junto al Capitán Brugel, un veterano mercenario de los tercios de Flandes, persecuciones, naufragios, batallas e infinidad de aventuras que te harán vibrar en cada capítulo.



Las Brumas
del **Tamesis**

Robert Blake

Las brumas del Tamesis

[https://leer.amazon.es/kp/embed?](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B01NBQ80P1&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_WaJA)

[asin=B01NBQ80P1&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_WaJA](https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B01NBQ80P1&preview=newtab&linkCode=kpe&ref_=cm_sw_r_kb_dp_WaJA)

Una apasionante historia de intriga y pasión que te conducirá al corazón del siglo XIX